ALISSA BRONTË



PACTO OSCURO

PACTO OSCURO

ALISSA BRONTË

Alissa Brontë

Pacto Oscuro

Pactos Oscuros II

Copyright © Alissa Brontë 2026

Publicado de manera independiente

1ª Edición junio 2026

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código penal).

Nota de la autora:

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

Para quienes han perdido a alguien y aun así han seguido caminando.

Para quienes saben que hay promesas que pesan más que la sangre, heridas que no se ven y personas que bajan a tu infierno para recordarte que todavía queda algo por salvar.

Y para todos los que alguna vez tuvieron miedo de confiar… y lo hicieron de todos modos.

Contenido

PACTO OSCURO
DEDICATORIA
Prólogo La Despedida
Capítulo 1 El Último Mensaje
Capítulo 2: Bajo Fuego
Capítulo 3 En terreno peligroso
Capítulo 4 La Pesadilla
Capítulo 5: La Parada
Capítulo 6 Huacán
Capítulo 7 La Tormenta
Capítulo 8 Descifrando el Silencio
Capítulo 9 Sombras y ecos
Capítulo 10 Bajo el manto de la noche
Capítulo 11 La Mirada de las Montañas
Capítulo 12 Conexiones y Sombras
Capítulo 13 El Peso de la Noche
Capítulo 14 Ecos en la penumbra
Capítulo 15 Un Respiro
Capítulo 16 Contra el Agua y el Fuego
Capítulo 17 Peligro al Acecho
Capítulo 18 Pacto Oscuro
Capítulo 19 Verdades en la Oscuridad
Capítulo 20 Un Respiro en el Camino
Capítulo 21 ¿Algo como qué?
Capítulo 22 El Precio de la Quietud
Capítulo 23 Sombras en el Camino

Capítulo 24 Ares ha regresado
Capítulo 25 Secretos entre sombras
Capítulo 26 Un destino oculto
Capítulo 27 Ecos del Pasado
Capítulo 28 Cruce de caminos
Capítulo 29 El Precio de la Traición
Capítulo 30 Caza Nocturna
Capítulo 31 La Última Batalla
Capítulo 32 Retorno del Infierno
Epílogo Despertar en el Infierno
FIN
Si te apetece un smalltonw con segundas oportunidades, esta podría ser tu próxima lectura:
Prólogo
1 Summer ha vuelto
Liam
SOBRE MÍ
AGRADECIMIENTOS

Prólogo La Despedida

El rugido del helicóptero desgarra el aire cálido de la tarde africana, mezclándose con el susurro lejano de la sabana. Desde las alturas, el campamento se reduce a un puñado de tiendas polvorientas, tan solo sombras que se alargan bajo un sol implacable.

Todo se hace cada vez más pequeño bajo nosotros, incluidas las personas y los recuerdos que dejaré atrás. Este lugar ha sido un infierno, pero también un hogar.

El humo de las fogatas todavía flota en el aire, mezclado con el aroma de tierra seca y sudor, lo que hace difícil no pensar en Javier y Elena, en lo que han vivido aquí, en lo que hemos sobrevivido juntos. Este lugar marcó nuestras vidas de formas que ninguno podrá olvidar.

Y cuando todo parecía en calma, llegó la llamada: breve, urgente.

—Benítez, te necesito en Kabul. No puedo explicarte nada ahora. —La voz de Rodrigo sonaba tensa, al borde del miedo—. Te enviaré las coordenadas. Solo… no confíes en nadie. Ni siquiera en los nuestros.

—¿De qué demonios hablas?

—No puedo decir mucho más por esta línea. Solo… confía en mí. Te enviaré las
coordenadas de dónde podemos encontrarnos. Y, Benítez, ven rápido. No sé cuánto tiempo más puedo mantenerme a salvo...

Esas palabras me persiguen desde el momento en que las escuché. Rebotan en mi cabeza al ritmo de las hélices del helicóptero, un maldito eco que no puedo silenciar. «No confíes en nadie». Su advertencia pesa más que todo el equipo que llevo conmigo.

El calor del desierto africano es abrasador, aunque no lo bastante como para sofocar el frío que se ha instalado en mi pecho

desde esa llamada. Rodrigo no era alguien que hablara con miedo. Si estaba asustado, eso solo significa que lo que me espera en Kabul va a ser peor de lo que pueda imaginar.

Cierro los ojos, intentando contener la ansiedad que me recorre como un lento veneno. He sobrevivido a muchas cosas, pero algo me dice que esto será diferente. Este no es un favor cualquiera. Esto huele a peligro. A sangre. A respuestas que podrían cambiarlo todo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, el paisaje africano ha desaparecido engullido por el horizonte. El rugido del helicóptero, ese sonido que siempre me acompañó en otras misiones, ahora se siente como una despedida final.

Lo único que me queda claro es que Kabul me espera y que las respuestas, esas jodidas respuestas, a veces son peores que las preguntas.

«No confíes en nadie», susurra mi conciencia una última vez.

Capítulo 1 El Último Mensaje

Benítez

El helicóptero aterriza en la base militar de Kabul al amanecer. El rugido de las hélices corta el aire con la misma precisión de siempre: como si perforara mi cráneo. El aire caliente me golpea como un puño en el estómago. Es el tipo de calor que te hace sentir que te estás asfixiando con cada bocanada. Las semanas de calor africano parecen una broma ahora que estoy aquí, recordándome que el infierno tiene muchas formas, y este lugar es una de ellas.

Kabul, este maldito agujero que nunca deja de sangrar, me recibe con la misma amargura de siempre: caótica, sucia, rodeada de gente que sigue su rutina entre polvo, ruido y edificios que parecen tener la suerte de mantenerse todavía en pie.

El jeep que me asignan es viejo, con las ventanas manchadas y los neumáticos gastados. Me da igual. Solo lo necesito para llegar hasta el lugar que me indicó Rodrigo. No he venido a hacer turismo ni para disfrutar de las vistas. Aquí, todo lo que importa es sobrevivir.

Las calles de la ciudad están atiborradas de vehículos oxidados que luchan por avanzar entre los atascos, mientras el polvo rojizo cubre todo como una capa no tan invisible. La gente aquí no se detiene, no importa lo duro que golpee el sol.

Conduzco hacia el lugar que Rodrigo me indicó. Las calles de la ciudad parecen laberintos, cada rincón tiene algo que te hace pensar que la muerte está a la vuelta de la esquina. El viento levanta polvo en el aire, las caras impasibles de los lugareños, el ruido constante de las motos que pasan rozando el jeep. No soy nuevo en esto, y cada uno de estos detalles se graba en mi mente. Algo en mi instinto me dice que este lugar, este maldito lugar, es más peligroso de lo que parece.

Las coordenadas que me envió Rodrigo me guían a un barrio pobre, rodeado de caos. Un entramado de calles, edificios en ruinas y ruido incesante. Es el tipo de lugar donde no puedes confiar en nadie, ni en las paredes ni en las sombras. Y eso ya me dice que algo anda mal. Algo no huele bien.

Llego al final de la calle donde se encuentra una tienda pequeña, abandonada casi por completo, en una esquina olvidada por la ciudad. El sitio parece fuera de lugar. No hay señal alguna, ni siquiera el usual bullicio de los mercados.

«Una vez aquí, no hay vuelta atrás».

Entro con cautela, manteniendo la mano cerca de la culata del arma. Doy un vistazo rápido a los alrededores en busca de alguna señal de vida humana. No la hay. Todo está en silencio, el tipo de silencio que dice más de lo que quisiera escuchar. Al fondo, en la penumbra, lo veo. Rodrigo. No me sorprende, por desgracia, aunque verlo ahí, sin vida sobre el charco que ha formado su propia sangre, me golpea como una patada en los putos cojones.

Su cuerpo está tendido en el suelo, su rostro pálido y el charco de sangre sigue extendiéndose por el piso. Un tiro limpio en la cabeza, ejecución pura y dura. No tengo la menor duda sobre eso.

Mientras me arrodillo junto al cuerpo de Rodrigo, el aire se siente pesado, cargado de polvo y muerte. Su sangre, todavía tibia, mancha la arena bajo él. Intento apartar la vista, pero no puedo. Su rostro, rígido y aún con una mueca de dolor, parece estar mirándome, diciéndome algo que no logro descifrar. Todo en mi interior grita que debería haber llegado antes, que esto no debería haber pasado.

Reviso sus bolsillos, no porque espere encontrar algo valioso, sino porque sé que es lo que él habría hecho por mí. Lo primero que encuentro es una mancha de sangre que ha empapado uno de los compartimentos de su chaqueta. Mi mano, casi por instinto, se dirige al bolsillo interno. Siento algo duro y pequeño, algo que no pertenece a una chaqueta militar estándar. Al sacarlo, me doy cuenta de lo que es: un USB.

Lo giro entre mis dedos, inspeccionándolo con rapidez. Es sencillo, sin marcas ni identificaciones. Rodrigo había sido cuidadoso,

como siempre. Pero si lo llevaba escondido ahí, tenía que ser importante. Crucial. Mi estómago se revuelve con una mezcla de rabia y preocupación. Esto no es casualidad. Rodrigo no llevaba nada sin un propósito, y el hecho de que lo escondiera en su bolsillo interno me dice que sabía que estaban tras él. Que esto es por lo que murió.

Miro el dispositivo por un momento antes de guardarlo rápidamente en el bolsillo de mi chaleco. No hay tiempo para inspeccionarlo aquí. El lugar no es seguro, y el sonido distante de disparos me recuerda que estoy en territorio hostil. Pero algo en ese USB, algo en la forma en que lo encontré, me dice que contiene respuestas. Respuestas que pueden costar vidas. Respuestas que probablemente expliquen por qué Rodrigo ya no está aquí.

Me levanto, lanzándole una última mirada al cuerpo de mi amigo. «Te vengaré», murmuro para mí mismo, aunque las palabras se sienten huecas. Rodrigo no necesita promesas, necesita que actúe. Y lo haré. Pero antes, tengo que salir de aquí con vida... y averiguar qué demonios estaba investigando.

¿Por qué? ¿Por qué este lugar? Algo no cuadra, y mi mente empieza a funcionar. Si esto es obra de alguien cercano a él, si esto fue una venganza o algo más personal, entonces estoy en medio de una mierda mucho más grande de lo que creía.

Escucho pasos fuera, acercándose. No soy el único aquí. Me pongo en posición y espero, ocultándome entre las sombras. La puerta se abre despacio y una figura femenina entra con pasos cautelosos. Su silueta es delgada, y su andar cauteloso me dice que no está aquí para atacarme. Aunque eso no significa que no sea una amenaza.

La observo en silencio. Sus ojos se clavan en el cuerpo de Rodrigo y, por un momento, parece congelarse. Su respiración se vuelve irregular y sus hombros tiemblan como si el aire que la rodea se hubiera vuelto demasiado denso para soportarlo. Poco a poco, cae de rodillas junto al cadáver, con las manos temblorosas apretando algo contra su pecho.

No se da cuenta de mi presencia. Todo en ella está enfocado en Rodrigo. Esa imagen es suficiente para que mi instinto me grite

que no está aquí por casualidad.

Salgo de las sombras como una exhalación, me coloco tras ella con el arma apuntada directamente a su cabeza.

—No te muevas —ordeno, mi voz es firme y cortante.

Ella gira la cabeza hacia mí, despacio, como si cada movimiento le costara un esfuerzo monumental. Sus ojos están llenos de algo que no puedo identificar: rabia, miedo, dolor, impotencia… tal vez una mezcla de todas.

—¿Quién demonios eres? —demando, sin bajar el arma.

—¿Quién... quién coño eres tú? —pregunta a su vez, su voz suena ronca, casi inaudible. No hay desafío en su tono, solo una mezcla de incredulidad y desesperación.

—Eso no importa. Levántate. ¡Ahora! —digo más alto de la cuenta.

Por un momento parece dudar, pero obedece. Sus movimientos son lentos, controlados, como si supiera que cualquier gesto repentino puede costarle la vida.

Cuando se pone de pie, mis ojos captan un destello en su cuello. ¿Es lo que ha estado sosteniendo con fuerza momentos antes? La fina cadena me resulta familiar. El calor en mi pecho se intensifica, y mi mente trabaja a toda velocidad. Ese tipo de cadena no es cualquiera. La reconozco.

Me acerco un paso, manteniendo el arma firme.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando hacia su cuello con un gesto de mi cabeza.

Ella no responde, pero sus ojos siguen los míos y lleva una mano temblorosa a la chapa, como si quisiera protegerla.

—¡Te he preguntado qué cojones es eso! —gruño, esta vez acercándome lo suficiente como para que la punta del arma presione con fuerza sobre su piel. Con un movimiento rápido, uso el cañón para apartar la cadena y sacar la chapa hacia la luz.

El nombre grabado en el metal me golpea como un puñetazo:



Mi cuerpo se tensa, pero mi arma comienza a bajar, poco a poco. Esto no tiene sentido. Me llevo las manos a la cabeza y me aparto de ella un par de pasos.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, mi voz resuena más baja, pero no menos peligrosa.

—Era de él —responde, sus palabras cargadas de una mezcla de dolor y rabia—. Rodrigo me la envió.

Esa respuesta no me tranquiliza. Que Rodrigo se la enviara a ella significa dos cosas. La primera, que sabía que podía morir y no quería que su cuerpo fuera identificado, por lo que la misión o no era legal o era una misión encubierta. Una misión de las que el gobierno no se hace cargo si algo sale mal. La segunda, que esa mujer era tan importante para mi amigo como para confiarle su chapa, pero ¿por qué? ¿Qué significaba esta mujer para mi amigo? ¿Acaso... puede ser que sea su mujer?

Mi mano se desliza hacia mi propio cuello. Bajo mi camisa, mi chapa militar cuelga del mismo modo. La saco despacio, mostrándosela.

—¿Lo ves? —digo, señalando la inscripción en el metal.



—¿La misma frase? «No olvides lo que dejamos atrás». —Ella parpadea, confundida, mientras sus ojos se mueven desde mi chapa a la de Rodrigo. Por un momento, su respiración parece estabilizarse, aunque su cuerpo todavía está tenso, como un animal atrapado—. ¿Qué significa? —pregunta, su voz tiembla un poco, normal dadas las circunstancias.

—Significa que él confiaba en mí. Ahora, dime por qué confiaba en ti.

—¿Entonces no has sido tú? —vuelve a la carga.

—Ya estaba así cuando llegué... Dime, ¿qué significa él para ti?

Ella no responde de inmediato. En lugar de eso, cruza los brazos y me mira con una mezcla de desafío y miedo.

—Él... —comienza a decir, pero se detiene, puedo ver cómo cambia de idea sobre lo que iba a decir, eso hace que lo que sea que vaya a decir me intrigue más—. Él... él lo era todo para mí —revela al fin.

Su voz tiembla, pero lo que dice me golpea como una bala. «Lo era todo para mí». Esa frase lo explica todo y, al mismo tiempo, no dice nada.

—Entonces estamos en el mismo bando —susurro más para mí que para ella.

—¿Qué... qué quieres decir? —interroga de nuevo—. ¿Quién demonios eres?

—Eso ahora no es importante —señalo.

—Pues yo creo que sí —afirma con más seguridad.

Respiro hondo, intentando procesar lo que acaba de pasar. No tengo tiempo para esto, no ahora.

—No hay tiempo para discutirlo —afirmo tajante.

El sonido de un motor acercándose interrumpe cualquier pregunta que quisiera hacer. Y no son pocas, eso seguro. Por instinto, alzo el arma y miro hacia la puerta entreabierta, mientras la mujer retrocede, confundida y asustada.

—Tenemos que irnos. Ahora —gruño, agarrándola del brazo.

—¿Qué? ¿Adónde? —pregunta, todavía aferrándose a la chapa de Rodrigo como si su vida dependiera de ello.

—A cualquier lugar que no sea este maldito sitio.

No espero a que responda. La guío hacia la salida, manteniéndome atento a cualquier movimiento sospechoso. Fuera, el calor del sol ya es insoportable, pero no me detengo. El jeep está a unos metros, y cada paso se siente como un maldito kilómetro con el peso de las preguntas que ella no responde.

La empujo al asiento del copiloto, y subo al asiento del piloto, arrancando el motor justo cuando un coche negro dobla la esquina a toda velocidad. No hace falta ser un genio para saber que no vienen a darnos la bienvenida.

—¿Qué está pasando? —pregunta ella, su voz es una mezcla de miedo y rabia.

—Cierra la boca y agárrate —ordeno, pisando el acelerador.

—No... no podemos dejarlo ahí —susurra, aunque no hace falta que grite para saber a qué se refiere, sus ojos hablan por sí mismos.

—No podemos hacer otra cosa.

El jeep salta sobre los baches de la calle mientras miro por el retrovisor. El coche negro nos sigue, ganando terreno rápidamente. Ella, con el ceño fruncido, parece debatirse entre preguntarme algo o simplemente gritarme.

—¿Ellos… lo mataron? —interroga con la voz cargada de incertidumbre.

—¿Qué crees tú? —respondo con un tono más duro del que pretendía. Mis manos aprietan el volante, intentando mantener la

calma mientras esquivo a un grupo de niños que corretea en medio de la calle.

El jeep da un giro brusco y pierdo de vista al coche negro por unos segundos. Ella sigue observándome, sus ojos están llenos de preguntas que no tengo tiempo de responder.

—¿Quién demonios eres? —pregunta de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Alguien que tiene más preguntas que respuestas. Así que, por ahora, cállate y déjame sacarnos de aquí. Vivos.

El jeep toma un último desvío antes de que el motor comience a protestar. Necesito un plan, pero lo único que sé con certeza es que Rodrigo me envió aquí por una razón. Y ahora esa razón está sentada a mi lado, aferrándose a una chapa que probablemente guarda más secretos de los que está dispuesta a revelar.

«¿En qué coño estabas metido, Rodrigo?».

Capítulo 2: Bajo Fuego

Valeria

El calor en Kabul es abrasador, incluso cuando el sol comienza a ponerse. La ciudad tiene su propio ritmo, una especie de caos ordenado donde la vida sigue adelante a pesar de todo. Llevo varias semanas aquí, tratando de encontrar a mi hermano. Supe, desde que me llegó su identificación militar, que no andaba en algo limpio.

No ha sido fácil moverse en un lugar en el que cada rostro parece esconder algo, pero es lo que debía hacer. Y la pista que me ha llevado a esa tienda no ha sido más que la confirmación de algo que imaginaba, ¿qué podría esperar de un lugar en el que la ley es tan solo una palabra vacía?

No sé en qué andaba metido Rodrigo, ni quién es ese hombre que parece tan unido a él. Y eso me escama porque si fueran tan cercanos, ¿por qué no tengo ni la más remota idea de quién es?

El jeep avanza por las calles polvorientas como una bala, esquivando motos y vehículos oxidados que parecen surgir de la nada. El hombre está al volante, su mandíbula apretada mientras gira en cada esquina como si el diablo nos persiguiera. Tal vez lo hace.

Me sujeto con fuerza al borde del asiento, noto mi respiración agitada mientras intento procesar lo que acaba de pasar. El cadáver de Rodrigo, el hombre que me ha sacado a rastras de la tienda, el arma que todavía lleva en la mano. Todo se mezcla en mi cabeza como un torbellino del que no puedo escapar.

—¿Vas a decirme qué está pasando? —pregunto, mi voz suena más insegura de lo que me gusta.

—Más tarde —responde, sin mirarme.

—No es suficiente.

Antes de que pueda insistir, un sonido agudo corta el aire. Al principio no me doy cuenta de lo que es, hasta que el cristal de la luna trasera del jeep estalla en mil pedazos. Nos están disparando.

—¡Agáchate! —me grita, girando el volante con fuerza.

El jeep derrapa, siento que vamos a volcar, sin embargo, logra mantener el control. Me encojo todo lo que puedo, cubriéndome la cabeza con las manos mientras los disparos siguen resonando a nuestro alrededor.

—¿Quiénes son? —grito, intentando hacerme oír sobre el ruido.

—No lo sé, pero no son amigos.

Me levanto lo justo para poder mirar por el retrovisor, veo las luces de una camioneta que nos pisa los talones. En la parte trasera hay tres hombres, todos armados.

—¡Están justo detrás de nosotros! —grito.

—Dime algo que no sepa —gruñe a la vez que acelera.

El jeep ruge mientras gana velocidad, pero las calles de Kabul no son precisamente ideales para una persecución. Cada bache, cada curva cerrada nos acerca más al desastre. Parece que es un callejón sin salida: o me revientan la cabeza con una bala o contra una pared.

—¡Coge esto! —ordena el hombre a la vez que me lanza una pistola.

—¿Una Glock? ¿No tienes algo más... imponente? —pregunto.

No dejo de mirar los AK-47 que llevan los que nos persiguen y el arma que me ha dado...

—¿Tienes alguna pega...?

—¿Pega? Para nada, no es como si estuviéramos en desventaja, soldado —digo.

—¿Sabes usarla o no? —insiste.

La miro como si fuera un objeto extraño, pero mis manos ya la han tomado antes de que pueda decir nada. Rodrigo me había enseñado a disparar, aunque nunca pensé que tendría que usar esas lecciones.

—Apunta a los neumáticos —ordena.

—¿Y si fallo? —pregunto, estoy nerviosa. Una cosa es disparar a una diana en un entorno controlado y otra muy diferente... esta.

—Entonces nos matan. Así que no falles.

—Sin presión —murmuro.

Me asomo por la ventana, intentando estabilizar mi respiración mientras levanto el arma. El viento golpea mi cara con fuerza, y cada bache en la carretera hace que el jeep se tambalee como si fuera a volcarse. Y yo me tambaleo junto a él.

Apunto al vehículo que nos sigue, enfocándome en los neumáticos traseros.

—¡Más rápido! —grito, sintiendo el calor del metal en mis manos.

Benítez no responde, pero pisa el acelerador justo cuando disparo. La bala impacta en el asfalto, levantando una nube de polvo.

—¡Mierda!

—Concéntrate —gruñe, girando con brusquedad para esquivar una barricada improvisada.

Lo intento de nuevo, esta vez conteniendo la respiración. La bala atraviesa el neumático trasero derecho de la camioneta, haciendo que se desestabilice. Los hombres en la parte trasera comienzan a gritar mientras intentan mantenerse en pie.

—¡Buen tiro! —afirma, su tono apenas deja entrever un rastro de aprobación.

—¡Gracias! —respondo, aunque el miedo todavía se aferra a mi pecho.

El vehículo que nos sigue se desvía hacia un lado, chocando contra un poste de luz y deteniéndose en seco.

—¿Ahora qué? —pregunto, todavía aferrando la pistola con fuerza.

—Ahora encontramos un lugar donde escondernos.

El jeep se detiene por fin en un callejón oscuro, lejos del caos de la persecución. El soldado apaga el motor y se gira hacia mí, sus ojos son tan oscuros como penetrantes. A pesar de su oscuridad puedo ver, con facilidad, todas las preguntas que pasan por ellos. Muchas son idénticas a las que me muero por hacer... morir, eso me recuerda el cuerpo sin vida de mi hermano. Un sollozo me sacude con fuerza, no puedo mantenerlo a raya por más tiempo.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza, mis manos siguen temblando.

—No, no estoy bien. ¿Quiénes eran? ¿Por qué Rodrigo...? —Aunque no puedo acabar la frase.

—No lo sé —admite, pasándose una mano por el pelo—, pero esto no es una coincidencia. Rodrigo sabía algo. Algo importante.

Mi mirada baja hacia la pistola en mis manos, todavía caliente por los disparos. Rodrigo. Su nombre resuena en mi cabeza, junto con las palabras grabadas en la chapa que llevo alrededor del cuello.

«No olvides lo que dejamos atrás.» Y, sin poder evitarlo, me pregunto si ese hombre frente a mí era lo que no debía olvidar mi hermano o lo que dejó atrás.

Benítez

No puedo consolarla, sé por su mirada que sufre, que la muerte de Rodrigo junto con lo que acabamos de vivir la tiene en estado de shock, pero no puedo consolarla. Salgo del vehículo furioso, revisando los alrededores en busca de alguna otra señal de peligro. Mi cabeza va a mil, estoy a punto de perder la cordura, pero no puedo. En estos momentos mantenerme cuerdo es lo único que me ayudará a ponerla a salvo y a descubrir qué le sucedió a Rodrigo.

—Quédate aquí —ordeno.

—Ni lo sueñes —responde a la vez que salta del jeep y se coloca a mi lado.

—Presta atención —digo acercándome a ella más de lo que debería. Es una mujer menuda y no debería imponerme con mi físico, pero necesito un momento de paz para pensar en el próximo paso—. No tengo claro quién eres ni por qué De la Torre te pidió que vinieras, pero ten clara una cosa: él confiaba en mí y, si quieres sobrevivir, será mejor que hagas lo mismo.

—Rodrigo confiaba demasiado en la gente equivocada —suelta.

Su arrojo incluso en esta situación me confunde. La miro de nuevo, esta vez prestando atención. Es menuda, pero fuerte, me ha dejado claro que sabe disparar lo que afianza la opción de que esa mujer estaba relacionada íntimamente con Rodrigo. ¿Por qué nunca mencionó nada al respecto? ¿Temía que la usaran contra él? Tiene el cabello oscuro y los ojos de un tono entre verde y gris poco común. Pero, lo que más me llama la atención es... que nada parece sorprenderla, es como... si esperase encontrar la escena que nos esperaba.

—¿Y tú? —replico—. ¿Eres la persona correcta?

No responde, en lugar de eso vuelve al jeep dejándome con la palabra en la boca y miles de preguntas retumbando en mi cabeza.

Capítulo 3 En terreno peligroso

Benítez

Subo al coche, arranco y el motor del jeep ruge mientras nos alejamos por las calles de Kabul que se transforman en un caos familiar de tráfico pesado, peatones imprudentes y polvo rojizo. Conduzco en silencio, aunque mi mente está en constante alerta. La mujer que está sentada a mi lado es un enigma, uno que no puedo permitirme ignorar. Hay algo en sus ojos que me dice que sabe más de lo que deja entrever, pero no estoy seguro de qué es.

Miro de reojo a la mujer. Su expresión es dura, la mandíbula apretada, los ojos fijos en el camino. Aunque no ha dicho mucho, su presencia me pone en alerta. No es habitual que alguien se cruce en mi camino de esta forma, y menos en una situación tan delicada.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —pregunta tras un rato, su voz es apenas audible.

—A un lugar donde no nos encuentren —respondo sin mirarla.

La tensión entre nosotros es palpable. Puedo sentir su mirada fija en mí, buscando algo: respuestas, tal vez un atisbo de humanidad. Pero no tengo tiempo para eso. Cada cruce, cada calle puede ser una emboscada, y mi atención está en sobrevivir, no en tranquilizarla.

—¿Quién eres? —insiste, esta vez con más firmeza.

—El que te sacó viva de allí. Con eso debería bastarte.

—Por ahora —La escucho exhalar con frustración, pero no insiste. Es lo suficientemente lista como para saber que no va a obtener más de mí. No todavía.

Las calles de Kabul son un laberinto de polvo y desconfianza. A cada giro, mi mente calcula posibles rutas de escape. Conozco esta ciudad lo bastante como para saber dónde esconderme, pero nunca lo suficiente como para sentirme seguro.

—Lo que dije antes no era cierto. Rodrigo no confiaba en cualquiera —afirma, rompiendo el silencio—. Así que supongo que eres de fiar.

Esa frase me golpea más fuerte de lo que esperaba. No sé si lo dice para justificarse o para provocar una reacción, pero no respondo, sigo impasible.

—¿Lo conocías bien? —insisto.

—Mejor que tú, eso seguro.

La forma en la que lo dice, con esa mezcla de rabia y dolor, me hace girar la cabeza un segundo. Hay algo en ella que no puedo descifrar y eso me molesta. Regreso la mirada al frente antes de que se dé cuenta de que la miro.

—No tienes idea de lo que sé —es todo lo que digo. Ella esboza una media sonrisa, pero es un gesto triste. Espero a que diga algo, pero no lo hace—. Mira, no sé quién eres ni qué relación tenías con Rodrigo, pero si estás aquí, significa que estabas metida en algo grande. Algo que lo mató.

—¿Y tú? —pregunta con tono afilado—. ¿Por qué estás aquí? ¿No significa eso lo mismo?

La lógica de su pregunta me deja sin respuesta. No digo nada más hasta que detengo el vehículo.

El motor del jeep ruge una última vez, agotado, antes de apagarse. La carretera de tierra ha terminado, y frente a nosotros se alza el refugio: una casa de adobe medio derruida que conocía demasiado bien. No es el lugar más seguro, pero es lo único que tengo.

—Baja —digo, sin mirarla.

Ella no responde, aunque obedece. Sus movimientos son torpes, y su respiración aún es irregular. No puedo culparla. Acabamos de salir de una persecución que casi nos mata, y ahora estamos atrapados juntos en medio de la nada.

Miro a mi alrededor, con el arma lista. Estoy seguro de que no nos han seguido, pero eso no significa que estemos fuera de peligro. Aquí, el enemigo siempre está más cerca de lo que parece.

—¿Es esto a lo que llamas seguro? —pregunta, su tono está cargado de sarcasmo.

La observo un segundo, no parece el tipo de mujer por la que Rodrigo perdería la cabeza.

—Seguro es no estar muerto. Esto es lo segundo mejor —digo con el mismo tono que ella.

Su expresión me deja claro que mi tono no la impresiona, pero no tiene tiempo para discutir. Empujo la puerta de la casa y entro primero, revisando cada rincón. Vacío, como esperaba.

—Entra.

Ella me sigue, me doy cuenta de que camina justo detrás de mí, pisando donde yo piso. Sus ojos recorren el lugar con desconfianza. El interior es tan precario como parece por fuera: paredes desnudas, un par de muebles viejos y una mesa cubierta de polvo. No hay lujo, pero tampoco lo necesitamos.

Cierro la puerta y se deja caer en una silla desvencijada. Deja escapar un suspiro cargado de muchas cosas que reconozco: agotamiento, miedo, dolor, impotencia, rabia...

—No es el Ritz, pero servirá —comento, intentando romper un poco la tensión.

—No esperaba nada diferente —responde, su tono es seco—. ¿Al menos es seguro? —pregunta, mirando alrededor con escepticismo.

—Tan seguro como puede ser en Kabul —respondo.

Saco un mapa de un cajón y lo extiendo sobre la mesa. Mientras lo reviso, puedo sentir sus ojos clavados en mí.

—¿Qué estamos buscando? —pregunta al fin.

—Un lugar donde encontrar respuestas.

—¿Y qué hay de mí?

La pregunta me pilla desprevenido. Levanto la vista y la encuentro con la mirada fija en mí y en el mapa, sus ojos no se achantan como esperaba.

—¿Qué hay de ti? —repito, quitándole importancia al hecho de que ella estaba también ahí.

—Rodrigo confió en ti. Confió en mí. Si estamos aquí, juntos, debe haber una razón, ¿verdad? Ambos sabemos que él no dejaba nada al azar.

Su lógica es innegable, pero no puedo permitirme confiar en ella. No todavía.

—Si él confiaba en ti —digo al fin—, eso significa que tienes algo que necesito. Y si es así, mejor que me lo des cuanto antes.

—No tengo nada, solo la chapa, ya te lo he dicho.

La oscuridad se traga la poca luz que hay, la tensión en la habitación parece hacerse más pesada. Por mi cabeza no dejan de dar vueltas tres cosas: Rodrigo, la chapa y esa maldita frase.

—No olvides lo que dejamos atrás —murmuro en voz baja, sin darme cuenta de que lo he dicho en alto hasta que su mirada se agranda.

A pesar de la oscuridad puedo ver sus enormes ojos iluminarse como un faro. Está claro que sabe más de lo que dice.

—¿Qué significa eso?

—¿No deberías saberlo? —espeto, esbozando una media sonrisa.

Ella me observa, sus ojos llenos de desafío, pero también de miedo. No sé si es miedo hacia mí o hacia lo que acaba de suceder, pero eso no cambia nada. Necesito respuestas, y las necesito ahora.

—¿Quién eres realmente? ¿Y qué coño estabas haciendo en esa tienda? —insisto, esta vez girándome para enfrentarla directamente.

Aprieta los labios, como si estuviera considerando si hablar o no. Su silencio es irritante, pero no voy a presionarla demasiado. Todavía.

—Ya te lo dije. Vine aquí por él —responde finalmente, su voz firme pero cargada de una tristeza palpable—. Rodrigo era… importante para mí.

Esa respuesta no me dice nada. Lo que necesito saber es por qué apareció justo cuando yo estaba allí, y qué papel juega en todo esto.

—Eso no es suficiente. ¿Cómo supiste que estaría en ese lugar? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia ella.

No tengo una respuesta para eso. Lo único que sé es que Rodrigo estaba en algo grande, algo lo suficientemente peligroso como para costarle la vida. Y ahora, su muerte me ha arrastrado a mí, y a esta mujer, a un lío del que apenas empezamos a entender.

—¿Tienes idea de en qué estaba metido? —pregunto, cambiando de táctica.

Ella niega con la cabeza, pero sus ojos me dicen que está mintiendo. —No sé a qué estás jugando, plomo —la llamo para dejarle claro que para mí solo es un sobrepeso—, pero...

—¿Plomo? —pregunta alzando una ceja.

—¿Te molesta? —interrogo.

—No, creo que queda bien con soldadito marinero... —canturrea la canción de Fito.

Eso hace que esboce una leve sonrisa sin querer.

—Por lo menos eres un plomo listo —añado.

—No estoy jugando a nada, soldadito.

—Entonces tenemos que hablar de lo que sabes —afirmo, manteniendo mi mirada fija en la de ella. Ese color de ojos tan poco frecuente...

—¿Qué te hace pensar que sé algo? —pregunta, acercándose un paso, aunque mantiene las distancias.

—Porque si de verdad Rodrigo te ha metido en esto es porque tienes algo que darme o decirme y no, plomo, no es su identificación. A no ser que todo esto —digo con un gesto amplio de las manos, señalándonos a ambos—, no tenga que ver con Rodrigo.

—Claro que tiene que ver con él, soldadito, no todo gira en torno a ti —bufa cruzando los brazos.

Nos observamos en silencio, una vez más en esa danza de desconfianza y necesidad. Está claro que ninguno de los dos quiere mostrar todas sus cartas, pero también sabemos que necesitamos trabajar juntos, al menos por ahora.

Finalmente, ella suspira, como si cediera un poco.

—Rodrigo me contactó hace un par de semanas —admite y aunque sé que no dirá toda la verdad, al menos es un comienzo—.

No dijo nada, y eso fue lo que me puso alerta.

—¿Te puso alerta que no te dijera nada?

—Sí, cada vez que ha pasado por algo... se queda callado, es como... si solo llamara para escuchar mi voz, nada más.

—Parece que de verdad lo conoces bien.

—Te lo he dicho mil veces.

La vuelvo a mirar y dejo escapar el aire, sabe cosas que Rodrigo no contaría a cualquiera.

—Está bien, ¿qué crees que le sucedía?

—Creo que dio con algo... espera— dice cogiendo la mochila y sacando algo a toda prisa.

El contenido de su mochila cae y puedo ver que tiene una grabadora, una pequeña libreta y muchos papeles doblados sobre sí mismos. Mis ojos se clavan en la grabadora. En este mundo, nadie lleva algo así sin un propósito. La libreta y los papeles parecen inofensivos, pero en manos equivocadas, unos simples papeles pueden ser letales. El aire entre nosotros se tensa como un cable a punto de romperse.

—¿Quién demonios eres? —rujo acercándome a ella furioso.

Y me esquiva, para mi sorpresa, y se pone en guardia. Observo su postura y la encuentro tan familiar...

—No te acerques —ordena.

—¿Quién demonios eres, plomo? ¿Eres una puta periodista?

—¿Y si lo fuera? —se encara.

—Sigues viva solo porque eres la mujer de Rodrigo, pero si lo has traicionado...

—¿La... la mujer de Rodrigo? —interroga confusa.

Aprovecho su descuido, me acerco a ella y la apreso girándola para sostenerla por las muñecas, como una vulgar prisionera. La llevo contra mí, sintiendo cómo su respiración se acelera. Sus muñecas, atrapadas con solo una de mis manos, son frágiles, me hace darme cuenta de que se las podría partir sin esfuerzo, sin embargo, no tiembla. A pesar de estar atrapada, mantiene la barbilla alta, desafiándome incluso ahora que lo tiene todo en contra.

—Calma, soldadito —susurra.

—¿Todavía tienes ganas de guerra, plomo? Poco avispada para ser periodista... esta batalla la tienes perdida.

—Yo...

—De lo que digas dependerá que sigas, o no, con vida —amenazo.

—No soy la mujer de Rodrigo.

—Vale, no eres su tipo de todas formas —bufo.

—Soy periodista de investigación —confiesa.

—¿Y qué mierda quieres? Lo acosabas?

—Pero no es ese el motivo por el que vine aquí, soldadito.

—¿Entonces?

—Soy... soy Valeria De la Torre, la hermana de Rodrigo.

Capítulo 4 La Pesadilla

Valeria

Siento como su agarre afloja. No tenía que haberle provocado tanto. Me guste o no, es la única persona que puede ayudarme en estos momentos. Mi pecho sube y baja alterado; soy consciente de la fuerza de ese hombre y, aunque estaba acostumbrada a mi hermano, él es mucho más grande. Más peligroso.

Retrocede un paso, pero su mirada sigue fija en mí, como si intentara decidir si puede confiar o no. Aún siento el calor de su mano en mis muñecas, el peso de su control. Por un segundo, parece dudar, y en esa duda percibo algo que me inquieta más que su fuerza: humanidad.

—Rodrigo nunca mencionó que tuviera una hermana —murmura, su voz grave pero con una nota de incredulidad.

—No se lo decía a cualquiera. Es... era muy protector. —Mi respuesta suena más dura de lo que pretendía, pero estoy demasiado agotada para preocuparme por suavizarla.

Él asiente, muy despacio, todavía desconfiado. Camina hacia la mesa donde están sus cosas y toma su arma. La guarda con movimientos precisos, casi rituales. En contraste, yo sigo en la misma posición, sin moverme. Mis piernas todavía tiemblan un poco, aunque trato de ocultarlo.

—Abrígate. No vamos a prender fuego aquí —ordena de repente, rompiendo el silencio. Su tono es firme, como si la decisión ya estuviera tomada.

—¿Por qué no? —pregunto, aún sin moverme.

—El humo se ve desde lejos. No quiero darles una señal de bienvenida. —Se inclina sobre su mochila y saca una lata de comida en conserva. Me la lanza sin aviso, y la atrapo con torpeza.

—Gracias por el banquete. ¿Vas a cenar o solo vas a vigilar? —ironizo, aún tratando de entender quién es este hombre.

Él me lanza una mirada que corta cualquier intento de conversación. Es un muro, y no pienso malgastar energía

golpeándolo.

Me siento en una esquina del refugio, con la lata aún en la mano, y lo observo mientras organiza su equipo con una eficiencia inquietante. Todo en él grita ejército: sus movimientos calculados, su postura rígida, incluso la manera en la que examina cada rincón de la habitación, como si esperara que algo o alguien saliera de las sombras.

—¿Te puedo preguntar algo? —me atrevo a decir rompiendo el silencio.

—No prometo responder —avisa sin ni siquiera mirarme.

—¿Cuál es tu nombre?

Eso lo hace detenerse. Se queda quieto por un momento, como si estuviera considerando si vale la pena o no darme esa información. Tras unos segundos se gira hacia mí.

—Benítez. Sargento Andrés Benítez.

Asiento dejando que el nombre se asiente en mi mente. Benítez. No parece mucho, pero al menos ahora no tengo que seguir llamándolo soldadito.

—¿Contenta? —pregunta, con una sonrisa apenas perceptible.

—Me conformo. —Intento devolverle el sarcasmo, pero estoy demasiado cansada para sostener el tono.

Benítez

El silencio se instala entre nosotros. Aún puedo sentir la tensión colgando en el aire, como una cuerda demasiado estirada que amenaza con romperse en cualquier momento. Valeria se frota las muñecas, y aunque intenta mantener la compostura, el temblor de sus manos la delata. Me apoyo contra la mesa, observándola desde la distancia. No estoy seguro de si debería disculparme o tan solo dejar que el tiempo alivie la situación.

—¿Te duele? —pregunto tras un rato, rompiendo el silencio.

—No, pero no ha sido precisamente cómodo. —Levanta una ceja, sus labios se tuercen en algo que no llega a ser una sonrisa.

Hay un desafío silencioso en su mirada, pero también algo más suave, como si quisiera acercarse, pero no supiera cómo.

—Mala costumbre. —Me encojo de hombros. No es una excusa, pero tampoco voy a dar más explicaciones.

Ella suelta un suspiro largo, deja caer los brazos a los costados y se desliza despacio hasta sentarse en el suelo, con la espalda contra la pared. Sus ojos gris verdosos me estudian con una mezcla de cansancio y curiosidad.

—Rodrigo te mencionó alguna vez. —Sus palabras me toman por sorpresa. No esperaba que empezara a hablar de él tan pronto, y mucho menos después de la tensión que acabamos de pasar.

—¿Ah, sí? ¿Qué dijo? —Mi tono es más brusco de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo.

—No mucho. Siempre fue reservado sobre su trabajo. Pero dijo que eras alguien en quien confiaba, aunque nunca me explicó por qué. —Hace una pausa, como si estuviera eligiendo con cuidado las palabras—. Yo... no sé por qué confiaba tanto en ti, pero estoy aquí porque confío en él. Y porque creo que sabía que algo iba a salir mal.

Me acerco un poco, lo suficiente para que mi sombra caiga sobre ella, pero no tanto como para invadir su espacio. Mi mente trabaja a toda velocidad, intentando procesar lo que acaba de decir. Rodrigo siempre fue de pocas palabras, pero eso no significa que no dejara cosas sin decir.

—¿Qué fue lo que te dijo? ¿Por qué estás aquí? —insisto. Valeria baja la mirada hacia el suelo, como si estuviera reuniendo fuerzas para hablar. Cuando finalmente lo hace, su voz es baja, casi un susurro.

—Me llamó hace unas semanas. Fue... raro. No dijo mucho... —Levanta la vista hacia mí, y sus ojos están llenos de algo que no puedo descifrar—. Nunca había sonado así antes. Era como si supiera que no iba a salir de esta. Sonó... a despedida.

Las palabras se clavan en mi pecho como una bala. Puedo imaginar perfectamente a Rodrigo haciendo esa llamada, su voz cargada de la misma calma tensa que siempre tenía en los

momentos más jodidos. Pero algo en su tono, en la manera en que ella lo describe, me dice que esta vez fue diferente.

—Cuando me llegó esa carta y vi lo que contenía... me quedó claro que Rodrigo sabía que algo muy malo podría sucederle. Sé que no habría querido que viniera...

—Y aun así, aquí estás —digo, más para mí mismo que para ella.

—Rodrigo es mi hermano. No podía dejar de venir. —Hace una pausa, y algo en su expresión cambia, endureciéndose—. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? Que esto iba a acabar así. ¿Por eso estás aquí?

No respondo de inmediato. La verdad es que no lo sé. Lo único que sé es que Rodrigo me necesitaba, y yo fallé. Pero no voy a decirle eso.

—Estoy aquí porque Rodrigo lo pidió. —Es lo único que puedo ofrecerle.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero esta vez es menos pesado. Hay algo en esa conversación, en el intercambio de verdades a medias, que parece aliviar la tensión. Por un momento, somos dos personas intentando darle sentido a la misma pérdida.

Regreso a la mesa, tomo la mochila, rebusco en busca de la manta y se la arrojo sin avisar. Tiene buenos reflejos y la atrapa al vuelo. Sus ojos se clavan en los míos.

—Intenta descansar, Plomo. Mañana será peor. —Es lo más cercano a un gesto de reconciliación que puedo ofrecerle.

Ella no dice nada, pero suelta un pequeño suspiro mientras se envuelve en la manta. Yo regreso a mi puesto junto a la puerta, con el arma descansando sobre mis piernas. El refugio queda en silencio una vez más, pero esta vez el peso es diferente.

Mientras sus ojos empiezan a cerrarse, mi mente regresa al fuego. A aquella misión fallida. A lo que dejamos atrás.

«Fuego. Calor abrasador, rugido de llamas, gritos. El aire es irrespirable, humo y cenizas que raspan mi garganta con cada aliento. Corro, pero no sé hacia dónde. Las sombras de los edificios derrumbados se mezclan con figuras que caen, rostros que se pierden en el caos.

La radio escupe una orden entre interferencias: avance autorizado. La voz del comandante Hale llega fría, tajante, demasiado limpia para el infierno que nos rodea.

—¡Ares! —La voz de Rodrigo atraviesa el rugido como un cuchillo.

Me giro hacia él, pero apenas puedo verlo entre el humo y las llamas que nos rodean. Está luchando, su rifle en alto mientras dispara hacia algo que no alcanzo a distinguir. Avanza con determinación, como siempre, pero hay algo distinto esta vez.

—¡Ares! ¡Atrás! —grito, aunque mi voz se pierde en el estruendo.

El suelo tiembla bajo mis pies, los escombros vuelan por los aires. Una explosión me lanza hacia atrás, golpeando mi espalda contra algo sólido. Mi visión se nubla, pero consigo levantarme. Rodrigo sigue ahí, en pie, aunque su silueta parece más distante con cada segundo.

—¡Ares, corre! —grita. Sin embargo, sus palabras no tienen sentido. No puedo dejarlo.

Mis pies se mueven, pero es como si el suelo me atrapara, como si algo invisible me sujetara las piernas y me obligara a quedarme quieto. Él se da la vuelta, su rifle apuntando hacia un enemigo que no puedo ver.

De repente, lo veo. Una figura en las sombras, con un arma levantada. Todo sucede en un segundo. El disparo resuena como un trueno y Rodrigo cae al suelo, su cuerpo doblándose de una manera antinatural.

—¡No! —grito, pero no puedo moverme. El fuego me rodea, las llamas lamiendo mi piel mientras trato de llegar a él.

Rodrigo levanta la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos. Hay algo en su mirada que me destroza más que el disparo: resignación.

—No olvides lo que dejamos atrás —susurra, y su voz se pierde en el rugido de las llamas.

Las llamas lo consumen. Su cuerpo desaparece, y lo único que queda es el eco de sus palabras y la chapa que ahora está en mi

mano. Las letras grabadas en el metal brillan con una claridad que me resulta insoportable:

«No olvides lo que dejamos atrás».

El fuego se vuelve más intenso, más cercano. Me envuelve, quemando todo a mi alrededor, y siento que me estoy desmoronando junto con él. El grito que escapa de mi garganta es tan desgarrador como el fuego que acabo de dejar atrás. Me despierto con el pecho subiendo y bajando sin control, como si todavía estuviera intentando escapar de esas llamas».

Una mano toca mi hombro. Ligera, temblorosa.

—Andrés... soy yo, Andrés... —La voz es la de Valeria, pero en mi estado no la reconozco al principio.

Reacciono por instinto. Giro con brusquedad, apresándola por las muñecas y empujándola contra la pared. Mi respiración es un torbellino, y mi mente sigue atrapada en aquella misión.

—¡Suéltame! —grita, su voz cargada de miedo.

Parpadeo, tratando de arrancarme del recuerdo. Su rostro se hace más claro, y las sombras de mi pesadilla comienzan a disiparse. Ya no estoy allí. No hay fuego. Rodrigo no está...

La suelto de golpe y retrocedo, dejando que mis manos caigan pesadamente a mis costados. Ella me mira, sus ojos brillantes con una mezcla de rabia, miedo y algo más: compasión.

—Benítez… —dice, con el tono más suave que le he escuchado nunca.

No respondo. Solo giro hacia la pared, apoyando una mano contra ella mientras trato de calmar la tormenta que todavía ruge dentro de mí.

Valeria no se aleja. En lugar de eso, da un paso hacia mí, despacio, como si estuviera acercándose a un animal herido.

—Sé lo que es —murmura.

Sus palabras me hacen girar la cabeza hacia ella, pero no la interrumpo.

—Mi hermano… Rodrigo… también tenía esas noches. Despertaba gritando, empapado en sudor, y durante un rato no estaba aquí. No estaba conmigo. Estaba atrapado en algún lugar al que yo no podía

llegar. —Su voz tiembla, pero no se detiene—. Esto no se supera, pero no tienes que enfrentarlo solo.

Su mano se levanta, lentamente, y la coloca sobre mi brazo. Es un gesto simple, casi insignificante, pero algo en su toque me hace sentir que el peso que llevo no es tan insoportable.

—No necesitas hablar, Benítez. Solo respira.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras y su tono suave penetren a través del caos en mi mente. Mi frente se apoya contra la de ella, sin que ninguno de los dos lo planee. Solo sucede. El contacto es extraño, incómodo al principio, pero poco a poco siento que mi respiración se estabiliza.

—No tienes que cargar con todo —susurra Valeria.

El calor de su aliento me golpea suavemente, y aunque no lo diga en voz alta, algo dentro de mí quiere creerle.

El momento se prolonga más de lo que esperaba, pero finalmente me aparto, despacio, como si temiera romper algo delicado.

—Gracias —digo, apenas un susurro.

Valeria asiente, sus ojos buscándome como si quisiera decir algo más, pero al final, guarda silencio. Se retira a su rincón sin decir nada más, y yo vuelvo a sentarme junto a la mesa.

El mapa frente a mí sigue siendo un borrón, pero por primera vez en mucho tiempo, las llamas empiezan a apagarse.

Capítulo 5: La Parada

Benítez

El sol ya está alto cuando volvemos a ponernos en marcha. El refugio ha cumplido su propósito, pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que movernos. No tenemos alternativa.

La carretera está desierta, salvo por algún que otro vehículo oxidado abandonado en los arcenes. Valeria guarda silencio, mirando por la ventana con una expresión pensativa.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta al fin.

—A por provisiones.

—¿Significa que vamos a exponernos?

—Significa que, si no queremos morir de hambre, tendremos que arriesgarnos.

Llegamos a un pequeño mercado en las afueras de la ciudad. Es un lugar discreto, lleno de tenderetes hechos con lonas y maderas viejas. El aire huele a especias rancias y sudor, con un toque de humedad que no logra disipar el calor sofocante del mediodía. Hay hombres, mujeres y niños deambulando entre los puestos, muchos de ellos con miradas cautelosas. Un niño pequeño corre descalzo entre los puestos, su risa momentánea rompe el murmullo tenso de los comerciantes, mientras una mujer mayor intenta regatear el precio de unas frutas marchitas.

Bajamos del jeep, y mi mirada escanea sin descanso el entorno.

—Quédate cerca de mí —ordeno.

—¿Y qué hago si alguien nos reconoce?

—Si sigues poniendo esa cara, seguro que nos miran. Haz como si no fuera la primera vez que estás aquí...

—Para tu información, es la primera vez que estoy aquí...

—Pero ellos no tienen por qué saberlo, ¿verdad?

Valeria resopla, pero obedece. Caminamos entre los puestos, y mi mirada escanea sin descanso el entorno. Los ojos de los comerciantes se posan en nosotros por un momento antes de

desviarse. Puedo sentir cómo las miradas pesan sobre nosotros, una curiosidad disfrazada de indiferencia. Aquí, ser extranjero no es raro, pero tampoco pasa desapercibido.

Compramos agua, algo de comida enlatada y unos paquetes de galletas que, estoy seguro, llevan caducadas meses. El hombre que vende las latas de conservas tiene una sonrisa hueca, mostrando dientes amarillentos mientras pasa los productos por el mostrador improvisado. Cada movimiento suyo es lento, como si midiera cuánto tiempo puede mantenernos aquí. Todo el tiempo mi mano permanece cerca del arma que llevo en el cinturón.

Cuando nos giramos para volver al jeep, un hombre se interpone en nuestro camino. Es alto, con barba y ojos oscuros que parecen perforarme.

—¿Buscando algo en particular, amigo? —pregunta, su tono parece amable, pero va cargado de intención.

—No, gracias —respondo, intentando esquivarlo.

—¿Está seguro? —insiste, dando un paso hacia nosotros. Por un momento, ladea la cabeza y puedo ver el destello de un cuchillo que lleva colgando del cinturón.

Valeria me mira, y puedo ver el pánico que comienza a formarse en sus ojos. Coloco una mano sobre su hombro y la acerco a mí tratando de darle tranquilidad a la vez que envío un mensaje claro a ese hombre: ella es mía.

—Seguro, tan solo estamos de paso —afirmo, mi voz no titubea.

El hombre sonríe, aunque sus ojos permanecen fríos.

—Espero que encuentren lo que buscan.

—Gracias —asiento con la cabeza y él se aparta para dejarnos despejado el camino. Aun así, puedo sentir su mirada clavada en nuestras espaldas mientras nos alejamos. Juro que sus ojos queman mi nuca, un recordatorio de que nada en este lugar es gratuito.

Cuando estamos a unos pasos del jeep, un alboroto capta mi atención. Giro la cabeza y veo cómo una mujer tropieza con uno de los puestos, derribando una mesa llena de frutas podridas. Antes de que pueda reaccionar, un hombre corpulento la alcanza y, sin mediar palabra, la abofetea con fuerza, haciéndola caer al suelo. La mujer

intenta protegerse levantando las manos, pero el hombre no se detiene. Le grita en un idioma que no entiendo, mientras la arrastra por el suelo tirándole del brazo. La violencia es rápida, cruda, y me recuerda por qué este lugar no es seguro.

—No mires —ordeno a Valeria, pero sé que es inútil. Sus ojos están fijos en la escena, abiertos como platos.

La mujer lanza un grito desgarrador cuando el hombre la empuja contra un carrito de madera, rompiendo parte de la estructura. Algunas personas se detienen a mirar, pero nadie interviene. El miedo es palpable en el aire.

—Benítez... —susurra Valeria, y siento cómo su mano busca mi brazo, aferrándose con fuerza.

—Cálmate. —La miro de reojo, tratando de mantener mi propia compostura—. Esto no es asunto nuestro.

—¿Cómo puedes decir eso? —replica, su voz cargada de indignación y desesperación—. ¡Tenemos que hacer algo!

—No podemos. —Mi tono es seco, cortante—. ¿Quieres acabar igual que ella? Estamos muy lejos de España, y solos —dejo claro.

Valeria tiembla, y puedo sentir cómo su respiración se acelera. Sus ojos están llenos de impotencia, y su cuerpo se presiona más contra el mío. No digo nada más, porque sé que mis palabras no aliviarán el peso que siente al ver algo así. Pero aquí, no hay héroes. Solo supervivientes.

—Tenemos que irnos. Ahora. —Mi tono no deja lugar a discusión. La guío hacia el jeep, manteniendo una mano firme en su brazo. Al llegar, abro la puerta del copiloto y prácticamente la meto dentro antes de rodear el vehículo para subirme al asiento del conductor.

De vuelta en el jeep, rompe el silencio.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo sé, pero no me gusta.

—¿Crees que sabe algo?

—Creo que deberíamos movernos antes de que decida averiguarlo.

Enciendo el motor y nos alejamos del mercado. Por el retrovisor, veo al hombre quedarse en la entrada del mercado, con los brazos cruzados y su mirada fija en nosotros hasta que giramos la esquina. La sensación de que estamos siendo observados no me abandona, y sé que no es cosa mía. Hay algo en el aire que me advierte de que las cosas están a punto de ponerse peor, mucho peor. El chirrido del motor del jeep acompaña mis pensamientos, como un recordatorio de que nuestra huida no será fácil.

Capítulo 6 Huacán

Valeria

La escena me ha dejado mal cuerpo. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo sin hablar, perdida en el traqueteo del vehículo y con los dientes apretados. Esa joven… Sigue pareciendo todo tan injusto, tan desequilibrado… una lucha de poder que nunca va a verse igualada. Reprimo las lágrimas que llevan queriendo salir desde hace horas. No soy ninguna ingenua, sé bien cómo es el mundo, aun así me jode presenciarlo y no poder hacer nada.

Parpadeo y es cuando soy consciente de que la luz del atardecer se filtra por la ventanilla del jeep mientras avanzamos por un terreno cada vez más árido. Los restos de Kabul se desdibujan en el horizonte, dejando atrás su bullicio apagado y su constante sensación de peligro. Ahora el paisaje está dominado por montañas que parecen observarnos desde la distancia, imponentes y silenciosas. El aire se siente diferente aquí, cargado de polvo y promesas inciertas.

—¿Cuánto falta? —pregunto, aunque sé que la respuesta no me traerá consuelo.

—Horas. Tal vez más, dependiendo de cómo esté el camino —responde Benítez, su voz neutral, casi distante.

El motor del jeep es el único sonido constante, un recordatorio de que seguimos en movimiento, alejándonos de algo que ni siquiera entiendo del todo. Lo miro de reojo. Su mandíbula está tensa, su mirada fija en el camino, pero puedo ver el peso de algo más en sus ojos, algo que no está dispuesto a compartir.

—¿Siempre fuiste así de callado? —pregunto, intentando romper el silencio.

—Depende de la compañía —responde sin mirarme.

—Vaya, qué halagador —murmuro.

Él suelta un sonido que podría ser una risa breve, aunque no estoy segura. Decido no insistir. Algo en su postura me dice que,

aunque no lo admita, está tan agotado como yo.

—Rodrigo solía hablar de ti —suelto, cambiando de táctica. Su cuerpo se tensa, pero no aparta los ojos del camino.

—Ah, ¿sí? —inquiere a su vez con un tono que intenta sonar indiferente.

—Sí. No mucho, pero lo suficiente como para saber que eras importante para él. Siempre decía que eras el tipo de persona a la que querrías tener a tu lado si las cosas se ponían feas.

—¿Eso decía? —murmura, más para sí mismo que para mí. Hay una nota de amargura en su voz que no sé cómo interpretar.

El jeep se sacude al pasar por un bache, y ambos nos agarramos a los bordes de nuestros asientos. La carretera, si es que se puede llamar así, se ha vuelto más traicionera, con piedras sueltas y desniveles que nos obligan a reducir la velocidad.

—¿Dónde aprendiste a conducir así? —pregunto, intentando aliviar la tensión.

—En lugares donde conducir mal significa morir rápido.

—Eso es... reconfortante.

Él no responde, pero puedo ver una leve curva en la comisura de sus labios. Es un pequeño triunfo, aunque no estoy segura de por qué me importa.

—¿Tienes hambre?

Asiento, lo cierto es que no recuerdo cuándo me llevé algo a la boca por última vez… hace horas, eso seguro.

Detiene el vehículo y puedo escuchar el sonido de agua correr. Baja primero y revisa los alrededores con su arma en la mano antes de indicarme que baje con un gesto de su mano. Ser periodista de investigación tiene sus riesgos, es cierto, pero nada se compara a esta pesadilla sin fin que estoy viviendo desde que puse un pie en esa maldita trastienda y me topé con mi hermano sin vida en el suelo.

El recuerdo me estremece, llevo mis manos alrededor de mi cintura y dejo escapar unas lágrimas. Es extraño, verlo así me dolió tanto que me dejó en un estado de shock del que aún no he salido. Siento tanta pena, frustración e impotencia que no puedo describirlo.

—Sígueme, hay un riachuelo donde podemos lavarnos un poco y reponer fuerzas —ordena.

Empiezo a darme cuenta de que es su forma natural de hablar, que me recuerde a Rodrigo en tantas cosas no me lo pone fácil, estoy tentada de acercarme a él y darle un abrazo para ver si algo de mi hermano sigue impreso en ese hombre extraño.

La luz del sol apenas ilumina lo suficiente, pero lo bastante para ver que el agua es cristalina, clara, refrescante. Un contraste sorprendente con el entorno árido que se cuela hasta por los poros de la piel.

Me inclino y me lavo la cara, quiero que se lleve los restos de mis lágrimas. Siento un alivio inmediato del agua fría contra mi piel.

—Puedes llorar —decreta. Para él todo es una orden, me queda claro.

—¿Sabes? —susurro—. Duele tanto que no puedo llorar, ¿no es extraño? —confieso con la pena llenando mis palabras.

—En realidad no —afirma.

Lo observo cuando se quita la camiseta de manga corta que lleva. Está de espaldas a mí y a pesar de que la oscuridad empieza a tragarlo sin piedad, puedo ver la cantidad de marcas y cicatrices que tiene en ella. Es un mapa grabado en piel de su vida.

—¿Por qué lo haces? —pregunto de repente, no me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que mi voz ha roto el silencio que nos envuelve.

—¿Hacer qué? —responde, girándose hacia mí.

Si su espalda es un mapa de experiencias grabadas sobre su piel, su pecho no se queda atrás. Reconozco algunas de las cicatrices como de disparo, mi hermano tenía algunas. Se seca un poco el pelo con la camiseta antes de volver a cubrirse y fija la mirada en mí. Hay algo en su forma de mirar que me hace sentir avergonzada.

—Meterte en lugares como este. Podrías estar en cualquier otro sitio, haciendo cualquier otra cosa, pero elegiste esto —replico.

Se toma un momento para responder, parece sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué lo haces tú?

Supongo que es justo que pregunte, aunque no me haya dado una respuesta. Cierro los ojos y trato de encontrar las palabras correctas.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Hay historias que necesitan ser contadas, cosas que la gente necesita saber. Y porque... porque no puedo quedarme quieta mientras el mundo se desmorona a mi alrededor.

Él asiente lentamente, como si estuviera considerando mis palabras. No dice nada más, pero puedo ver que algo en él ha cambiado, aunque sea un poco.

Se sienta a mi lado y saca un poco de algo que hay en una de las latas que compramos y me lo da. Ni lo miro, me lo llevo a la boca y lo trago, necesito reponer fuerzas. Después me tira un paquete de galletas del que tomo algunas y de la misma manera mecánica las trago.

—Yo tampoco podía quedarme sin hacer nada mientras todo se iba a la mierda —confiesa sin venir a cuento.

Se levanta y se dirige hacia el jeep. Lo sigo sin preguntar, tengo claro que el descanso ha pasado y que dormir un rato está sobrevalorado.

El paisaje comienza a transformarse. Las montañas se acercan aunque no parece que vayamos a dejar el desierto atrás.

—Estamos cerca de Huacán —anuncia Benítez, señalando un punto en el mapa que tiene desplegado sobre su pierna.

—¿Qué esperamos encontrar allí? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Respuestas. Aunque lo más seguro es que surjan más preguntas.

Su respuesta no es precisamente tranquilizadora, pero al menos es honesta. Respiro hondo, intentando prepararme para lo que sea que venga después.

El jeep se detiene de repente, y Benítez apaga el motor. Miro a mi alrededor, confundida, hasta que veo lo que él ve.

—Vamos a dormir un poco, llevamos muchas horas sin hacerlo, creo que este lugar es tranquilo, no sé cuándo será la próxima vez que podamos permitirnos el lujo de dormir.

—Sí, parece que tanto comer como dormir o ducharme —digo oliendo con disimulo mi camiseta—, se han convertido en un lujo de la noche a la mañana.

—Descansa.

Y, con esa nueva orden, me reclino en el asiento y dejo que el cansancio venza una batalla ganada de por sí.

Capítulo 7 La Tormenta

Valeria

Abro los ojos, el aire fuera parece resoplar con fuerza y colarse por las rendijas del viejo vehículo. Giro la cabeza hacia él, busco alguna señal de sosiego en su rostro; no la encuentro. Aunque parece dormido, sus manos siguen firmes sobre el arma, como si cualquier ruido pudiera devolverlo a la realidad de un salto. ¿Cómo puede alguien vivir así? Siempre alerta, siempre preparado para atacar o defenderse. «Muriendo joven», resuena la voz de mi hermano en mi cabeza, una de sus recurrentes bromas sobre la vida que llevaba. La certeza de que Rodrigo ya no está cae sobre mí con una fuerza aplastante, derribando la frágil barrera que intento mantener.

Un sollozo escapa de mi garganta antes de que pueda contenerlo. Es un sonido involuntario, un lamento ahogado que rasga la quietud de la noche. Y, de repente, como impulsado por un resorte, él se despierta.

En cuestión de segundos, sus manos se mueven con una precisión que me asusta. Su cuerpo se abalanza sobre el mío, bajando el asiento con fuerza. Todo su peso me inmoviliza mientras con una mano agarra su arma y la otra me cubre, como si esperara un ataque inminente.

—¡¿Qué pasa?! —gruñe, su voz baja pero cargada de alarma. Sus ojos están alertas, buscando amenazas invisibles en la penumbra. Su respiración es rápida, agitada, y su pecho sube y baja contra el mío con cada latido frenético.

—No... no lo sé —respondo con esfuerzo, aturdida por lo que acaba de ocurrir. Estoy atrapada bajo su cuerpo, incapaz de moverme, y mi propia respiración se acelera al contagiarme de su tensión.

Él mira en todas las direcciones, buscando algún indicio de peligro, pero la noche permanece en calma, tan solo rota, de vez en cuando, por el sonido del viento y de nuestras respiraciones entrecortadas.

Sus ojos regresan a los míos, y en ellos veo el momento exacto en el que se da cuenta de que no hay ninguna amenaza, que es algo muy diferente: lágrimas silenciosas que surcan mi rostro empapando mi piel.

—Es por Rodrigo, ¿verdad? —murmura, su voz es mucho más suave ahora, casi un suspiro, mientras relaja su postura. Sin embargo, no se aparta.

La mención de su nombre me rompe por completo, y las lágrimas que he estado conteniendo encuentran una grieta por la que seguir su camino. No puedo hablar, solo asiento. No sé qué responder.

—No es bueno retenerlo todo dentro, te carcome... —musita una vez más, no es normal escuchar ese tono en él, un tono ronco y suave que de una manera extraña me consuela.

—¿Qué puedo decir? ¿Que estoy rota por dentro? ¿Que siento que dentro tengo un agujero negro que me devora?

—Llora, llora todo lo que necesites. Si ese agujero negro intenta tragarte, juro que lo desgarraré con mis propias manos.

Sus palabras quedan suspendidas en el escaso aire que hay entre nosotros, como una promesa y un desafío al mismo tiempo. Por un instante, me aferro a su mirada buscando algo que pueda sostenerme en este caos que revuelve mi interior. Hay un calor extraño en sus ojos, un fuego que parece consumirse en silencio pero que, de alguna manera, me ofrece refugio.

Sin darme cuenta, mi mano se mueve por su cuenta, rozando la suya que sigue sobre mí, protegiéndome de manera inconsciente, en un gesto que no sé si busca consuelo o conexión. Él no la aparta, pero su mirada se endurece devolviéndome a la realidad, mostrándome a ese hombre que no se permite flaquear.

Esa aparente calma que había entre nosotros no dura mucho más. El peso de su cuerpo se retira lentamente, dejando en su lugar

un vacío extraño. Benítez se reincorpora, alerta como siempre, con la mirada fija en el horizonte.

—Intenta descansar un poco más —ordena.

Es complicado volver a dormirme, así que dejo que mi mente vague sin rumbo por el paisaje que pasa a toda velocidad por la ventanilla. El sol del desierto empieza a levantarse en el horizonte, tiñendo todo de tonos dorados y anaranjados. La arena parece interminable, extendiéndose como un océano seco bajo un cielo que comienza a aclararse. Desde el jeep, solo veo dunas y más dunas, y cada tanto, una roca que sobresale como un centinela olvidado. La belleza del paisaje es irreal, casi hipnótica, pero también intimidante. Este lugar no perdona.

—¿Cómo se llama? —rompo el silencio.

—¿El qué? —pregunta girando la cabeza hacia mí.

—Este desierto que parece no tener fin…

—Su nombre es Dasht-e-Margo.

—Dasht-e-Margo —repito en voz baja—. ¿Qué significa?

—El desierto de la muerte.

—¿El desierto de la muerte? ¿Por qué?

—Por eso —responde, señalando hacia la distancia con un gesto de la cabeza. Un muro marrón rojizo comienza a levantarse, avanzando hacia nosotros con una velocidad inquietante.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Sí. Una tormenta de arena. Y no, no podemos dejarla atrás. Créeme, tampoco querrías saber lo que pasa si te alcanza.

Mis labios se quedan secos, y no solo por la arena que empieza a filtrarse en el aire. La velocidad con la que el muro de polvo se acerca es sobrecogedora, como si tuviera vida propia y estuviera decidida a devorarnos.

Benítez pisa el acelerador, y el jeep salta sobre la arena con un esfuerzo que parece casi humano. El viento empieza a aumentar, llevando consigo pequeñas partículas que golpean los cristales como si fueran alfileres.

—No podemos seguir conduciendo mucho más tiempo —dice Benítez, rompiendo el silencio mientras sujeta con fuerza el volante.

El motor del jeep parece gemir cada vez que una duna se vuelve más empinada, y los primeros signos de una tormenta de arena comienzan a dibujarse en el horizonte.

—¿Hay algún lugar cercano donde podamos refugiarnos? —indago, con la voz cargada de ansiedad.

—Una cueva. La vi en el mapa antes de salir del refugio. No está lejos, pero debemos apresurarnos.

El jeep avanza como si su propia existencia dependiera de ello. El viento ruge ahora con fuerza, y la arena comienza a filtrarse por las rendijas del vehículo, llenando el aire de un polvo que araña la garganta. Benítez mantiene la mirada fija en el horizonte, sus manos firmes en el volante.

Al fin, la silueta de una formación rocosa aparece frente a nosotros. Es un alivio ver algo sólido en medio del caos que nos rodea. Benítez detiene el jeep con brusquedad y me mira.

—¡Corre! —ordena mientras agarra su mochila y su arma.

No necesito que me lo diga dos veces. La tormenta está casi sobre nosotros cuando saltamos del vehículo y nos lanzamos hacia la cueva. La arena nos golpea como si fuera vidrio, y cada paso se siente como una lucha contra una fuerza invisible. El viento nos golpea con una fuerza brutal, y la arena se cuela por cada resquicio de la ropa, arañándome la piel como si fueran pequeñas y afiladas cuchillas.

La tormenta se ha intensificado con una rapidez que parece de película, transformando todo a nuestro alrededor en un remolino caótico en el que no se ve más allá de unos centímetros.

—¡La cueva está cerca! —grita Benítez, aunque su voz se pierde en el rugido ensordecedor del viento.

No puedo responder, la bufanda que he improvisado para protegerme apenas sirve de algo; la arena se filtra por cada hueco, llenando mi boca y mis ojos de polvo. Mis piernas tiemblan, apenas puedo mantenerme en pie, avanzar se ha convertido en una lucha titánica para mí.

—¡Joder, Valeria! ¡No te detengas! —grita con desespero, tomándome del brazo con fuerza.

Asiento, pero dudo de que haya visto el gesto, solo es que no puedo hablar…. La sensación de desorientación es absoluta. Cada segundo es un nuevo desafío que merma las pocas fuerzas que me quedan; esquivar las rocas que lanza el viento que se sienten como proyectiles, mantener el equilibrio en ese terreno irregular y, sobre todo, tratar de mantener el ritmo que me impone Benítez que avanza con una determinación implacable.

Ahora, viéndolo así, me creo que sea capaz de luchar contra el agujero que siento dentro y ganar la batalla…

Un trueno seco retumba en la distancia, ¿es posible? Las nubes que nos cubren son de arena…

—¡Es el sonido de rocas chocando entre sí! —grita.

Caigo de rodillas al tropezar con una de gran tamaño, la arena, caliente, quema en mis manos al contacto.

—¡Levántate! —Su voz se siente como un ancla en medio del caos. Antes de reaccionar, sus manos se cuelan bajo mis brazos y me obliga a ponerme en pie.

—¡No puedo...! —empiezo a decir, pero él me corta con un gesto brusco.

—¡Sí puedes! ¡Vamos!

Avanzamos a trompicones, el camino se me hace interminable, ¿había tanta distancia hasta la puta cueva?

—Vamos, Plomo, la entrada está ahí, ¿lo ves? —indica con su mano.

Entrecierro más los ojos y diviso una abertura oscura en la roca, apenas visible con este tiempo hostil.

Llegar hasta la entrada ha sido una misión casi imposible. Ha sido como si el viento doblara su intensidad para impedirnos escapar de ella. Benítez se detiene y con su cuerpo me cubre para ayudarme a deslizar mi cuerpo agotado al interior. Una vez dentro, nos dejamos caer contra las paredes de la cueva, jadeando en busca del aire que hemos perdido, tosiendo sin parar y cubiertos de arena de pies a cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz ronca.

—Creo que sí... —respondo, aunque estoy lejos de estar segura. Todo mi cuerpo tiembla y mi garganta arde por toda la

arena que he tragado—. Aunque estoy segura de que he tragado tanta como que me da para hacer un castillo de arena…

Benítez esboza una leve sonrisa que le ilumina la mirada, creo que es la primera vez que veo esa expresión en él. Parece que lo sucedido unas horas antes ha hecho que algo entre nosotros cambie. Tal vez ha empezado a confiar en mí, aunque sea solo un poco…

Enciende una pequeña linterna que ha sacado de su mochila e ilumina el interior del refugio.

Las paredes son de roca áspera, húmedas en algunos puntos, y el suelo está cubierto de grava y pequeños charcos. El espacio es más grande de lo que me esperaba desde fuera, aun así, la sensación de encierro es abrumadora; es lo bastante profunda como para ofrecernos protección. El rugido de la tormenta afuera es ensordecedor, aunque aquí dentro, al menos, podemos respirar.

—No podemos quedarnos cerca de la entrada —afirma poniéndose en movimiento. La linterna proyecta sombras largas y fantasmales mientras avanzamos—. Si la tormenta lanza algo contra las rocas, podríamos quedar sepultados.

Lo sigo, aunque mis piernas no estén por la labor. Cada paso hacia el interior de la cueva parece llevarnos más lejos de la tormenta, pero también nos sume en una opresiva oscuridad. El único sonido ahora es el eco de nuestras respiraciones y un goteo constante.

—¿Seguro que esto es… seguro? —pregunto.

—Nada es seguro. Pero es mejor que estar ahí fuera.

De repente, la linterna ilumina algo que hizo que ambos nos detengamos en seco: una gran grieta en el suelo como si la cueva se hubiera partido en dos en algún momento. No es muy ancha, pero la caída parece interminable.

—¿Y ahora qué? —interrogo mirándole asustada.

Él evalúa la grieta con la mirada, calculando la distancia. Sin decir una palabra, retrocede unos pasos y toma impulso para saltar. Contengo el aliento el interminable segundo que tarda en aterrizar en el otro lado. Cae con seguridad y se gira de inmediato extendiendo una mano hacia mí.

—Tu turno.

—¿Es coña, no? ¿Pretendes que haga lo que acabas de hacer tú?

—O saltas o voy a volver a cruzar, cogerte de un puñado y lanzarte yo mismo, tú decides —dice rotundo.

—No estoy segura de poder hacerlo —confieso por fin.

—No hay otra opción, Valeria. Ven. No voy a dejar que te caigas, confía en mí.

Miro la grieta, luego a él que me espera con su mano extendida. Mi cabeza va a toda prisa, y antes de darle más vueltas doy unos pasos atrás.

—Supongo que este va a ser mi salto de fe —murmuro, y corro. Corro con las pocas fuerzas que me quedan, y me lanzo. El salto parece eterno, pero en cuanto siento los dedos de él cerrándose alrededor de mi brazo vuelvo a respirar; sé que lo he conseguido.

Tira de mí tan fuerte que ambos caemos al suelo. El golpe contra este es duro, sobre todo para él que ha amortiguado el golpe con su cuerpo. Jadea al vaciarse de aire.

—Eso estuvo cerca... —murmuro, todavía temblando sobre su firme cuerpo.

—Demasiado cerca —susurra sin dejar de mirarme a los ojos.

Hay algo en sus palabras que provoca un escalofrío en mí, o quizás sea que la adrenalina se está evaporando…

—Continuemos —pide y me levanto con dificultad, ahora me tiemblan las piernas más que antes.

Seguimos avanzando, hasta que por fin encontramos un espacio más amplio, donde el suelo es más estable. Benítez deja caer su mochila al suelo y saca una manta térmica, extendiéndola para los dos nos sentemos.

—Siempre llevas de todo ahí dentro, ¿eh?

—En cuanto hagamos una parada, voy a prepararte una mochila a ti también… solo por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—Por si acaso nos separamos. Ahora descansa lo que puedas. La tormenta puede durar horas.

No discuto, ni me planteo nada más, estoy agotada y me dejo caer sobre la pared. Él revisa su mochila, supongo que en busca de algo para comer, quizás el ruido insistente de mi estómago le ha dado una pista de que estoy hambrienta.

Lo observo, me doy cuenta de que sus ojos no tienen exactamente el mismo color, uno es más oscuro que el otro. Parece cansado, como yo. Y cubierto de polvo, es la primera vez que lo veo tan… humano. Aun así, su determinación por seguir adelante no ha cambiado.

—Gracias —digo en voz baja.

Él levanta la vista, sorprendido por mis palabras.

—¿Por qué?

—Por no dejarme atrás.

No responde de inmediato, tras un rato sin dejar de mirarme, asiente y vuelve a su tarea.

—¿Qué sigue ahora? —pregunto, tratando de recuperar la compostura.

—Esperar. No podemos salir hasta que pase la tormenta. —Se sienta contra la pared, su rostro medio cubierto por un pañuelo que lo hace volver a parecer intimidante.

—¿Cuánto tiempo puede durar esto?

—Horas. Quizás toda la noche.

Sus palabras son desalentadoras, pero no tengo energía para quejarme. Me siento frente a él, abrazando mis rodillas para mantener el calor. La arena todavía está en mi cabello, en mi ropa, en mi piel. No importa cuánto intente limpiarla, parece estar en todas partes.

—Rodrigo solía decir que el desierto lo devora todo —murmura, más para sí mismo que para mí.

Levanto la mirada y, por un momento, algo en sus ojos cambia. No es compasión, pero tampoco es la dureza que suelo ver en él.

—¿Cómo era? —pregunto, mi voz es más suave de lo habitual —. Cuando estaba fuera de casa…

—¿Tu hermano? —Sonríe. —Era el tipo de persona que siempre encontraba la manera de salir adelante. Podía estar en

medio del caos y aun así encontrar algo bueno. Pero también llevaba mucho dentro...

—Cosas que no decía, que solo se veían en sus ojos — termino la frase por él.

Benítez asiente, como si entendiera exactamente a qué me refiero. El silencio entre nosotros no es incómodo. Es como si, por primera vez, compartiéramos algo más que la necesidad de sobrevivir.

—Él me hablaba de ti, ¿sabes? —añado después de un rato.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué decía? —pregunta, aunque su tono es cauteloso.

—Que eras el mejor en lo que hacías. Pero también que eras una de las personas más tercas que había conocido.

Él deja escapar una risa breve, casi inaudible.

—Eso suena como Rodrigo.

La tormenta sigue rugiendo afuera, pero aquí dentro, la conversación parece crear un pequeño refugio propio. Por primera vez desde que esto comenzó, siento que no estoy sola, que estoy a salvo. Al menos por ahora.

Capítulo 8 Descifrando el Silencio

Benítez

El silencio en la cueva es denso, apenas roto por el sonido de nuestras respiraciones. La tormenta afuera sigue aullando, aunque el sonido llega amortiguado, como si la roca nos protegiera de la amenaza del desierto.

Siento el peso del USB en mi bolsillo interno, como si estuviera quemándome. Saber lo que contiene me ha mantenido alerta desde el momento en que lo encontré en las cosas de Rodrigo, pero la pregunta ahora es si debería compartirlo con ella.

Valeria está sentada a unos metros de mí, con la manta térmica alrededor de sus hombros. Sus ojos no dejan de observarme, como si intentara leer en mi expresión algo que no estoy dispuesto a mostrar.

—¿Qué pasa? —pregunta, rompiendo el silencio.

Levanto la mirada hacia ella. Parece agotada, pero hay algo en su tono que no puedo ignorar. No es preocupación, ni siquiera curiosidad. Es ese mismo sentimiento que tengo yo, ese que me impide rendirme, no está en mi sangre y en la suya tampoco. Me debato unos segundos más, pero tiene derecho a saberlo, después de todo era su hermano.

—Encontré algo que ocultaba Rodrigo —respondo, mi voz baja pero directa.

Sus ojos se agrandan y, por un momento, parece que el aire entre nosotros se detiene.

—¿Qué cosa? —pregunta, inclinándose hacia adelante.

Saco el USB de mi bolsillo y lo sostengo entre los dedos. Es un objeto insignificante a simple vista, pero ella sabe tan bien como yo que su contenido podría ser todo menos inofensivo.

—Esto —digo, y aunque mi tono es neutral, sé que mis palabras llevan un peso que ella no puede ignorar.

Extiende la mano para tomarlo, pero no lo suelto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunta, su voz cargada de incredulidad y su mirada llena de rabia contenida.

—Porque no confiaba en ti —revelo sin rodeos.

La verdad la golpea, lo veo en su expresión que cambia de manera radical: su mandíbula se tensa, sus ojos se oscurecen y, por un segundo, estoy convencido de que va a gritarme algo o golpearme. Sin embargo, en lugar de eso, me mira, esperando que continúe.

—¿Y ahora? —indaga, su tono menos cargado de ira y más de curiosidad.

—Ahora, las cosas han cambiado, Plomo —admito.

El USB pasa de mis dedos a los suyos. Valeria lo examina por un segundo antes de levantar la mirada hacia mí. Hay algo diferente en sus ojos, una mezcla de desconfianza y determinación que no puedo ignorar.

Saco la tablet de mi mochila y ella me devuelve el USB sin decir nada. Lo conecto sin hablar, mis movimientos son rápidos y eficaces, estoy acostumbrado a este tipo de situaciones. La pantalla se ilumina, y el dispositivo comienza a leer los datos.

—Espero que tengas paciencia —digo, observándola mientras los archivos comienzan a desencriptarse.

—Siempre he tenido paciencia, Benítez —responde sin apartar los ojos de la pantalla—. Es la primera regla de un periodista de investigación —añade.

El silencio regresa mientras ambos observamos los datos aparecer poco a poco. Fragmentos de nombres, fechas y transacciones comienzan a tomar forma. Mis ojos van de la pantalla a su rostro, buscando alguna señal de lo que está pensando. Entonces, uno de los nombres destaca, y no puedo evitar leerlo en voz alta.

—Murad.

—¿Quién es Murad? —pregunta, frunciendo el ceño mientras sigue el texto con la mirada.

—Un contacto local. Trabajé con él en mis primeras misiones aquí. Siempre pensé que había algo extraño en él, pero nunca tuve

pruebas. Parece que Rodrigo las encontró.
Valeria se queda en silencio, procesando la información. Luego, señala un fragmento de texto en la pantalla.

—Espera. Esto… esto me resulta familiar. Me recuerda… a lo que estaba investigando.

Levanto una ceja, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Ella comienza a hablar a toda hostia, explicando cómo ha estado siguiendo una pista en su última investigación: una red de tráfico de armas, financiamiento ilícito y conexiones que llegaban a niveles que incluso ella no había anticipado. A medida que habla, las piezas comienzan a encajar, y la conexión entre nuestras investigaciones se vuelve innegable.

—Esto no es una coincidencia —digo, tras sopesar su información durante un segundo, cerrando la carpeta en la pantalla.

—No. Rodrigo sabía más de lo que nos dejó ver —responde, sus ojos clavados en la tablet como si esta pudiera darle las respuestas que necesita.

—Deja de mirarla como si fuera a responderte sola —murmuro, observándola desde mi posición. Mi tono no es duro, pero tampoco amable. Ella alza la mirada y arquea una ceja, desafiándome.

—¿Qué propones? ¿Que me siente a esperar mientras las piezas caen del cielo? —espeta, con la mandíbula tensa.

Sus palabras me descolocan, pero las ignoro. Me cruzo de brazos y apoyo la espalda contra la pared rugosa. Rodrigo también tenía esa misma terquedad. Siempre se enfrentaba al mundo como si su moral fuera la única brújula que importara.

—Rodrigo no podía quedarse quieto ante las injusticias —comento en voz baja, más para mí que para ella. Sus ojos vuelven a la pantalla, pero puedo sentir su atención en mis palabras—. Siempre iba directo al fuego, como si pensara que con eso bastaría para salvar al mundo. Tal vez… tal vez lo hacía por mí. Por limpiar nuestros nombres.

Las palabras me salen sin pensarlas, y al instante deseo tragármelas. No es momento para sentimentalismos. No con ella

mirándome como si intentara descifrar algo más que los archivos en la pantalla.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta, sus cejas fruncidas mientras se incorpora un poco más.

No respondo. En lugar de eso, fijo mi atención en la pantalla, donde otro archivo comienza a desencriptarse. Valeria toma aire, como si fuera a decir algo más, pero se detiene. El silencio vuelve a caer entre nosotros, pero no es incómodo. Es como si ambos entendiéramos que algunas cosas no necesitan ser explicadas en este momento.

—Mira esto —dice de repente, señalando algo en la pantalla. Su tono vuelve a ser profesional, aunque su voz está cargada de tensión.

Mi mirada se centra en el nombre que parpadea en el archivo abierto.

—Murad.

—De nuevo.

Valeria guarda silencio por un momento, sus dedos tamborilean contra el suelo antes de que algo en su expresión cambie. Abre su mochila, sacando otro USB que parece haber estado esperando el momento adecuado.

—Esto… quizás sea útil —dice, conectándolo al dispositivo.

—¿Qué es? —pregunto, inclinándome hacia adelante, aunque mantengo una distancia prudente.

—Todo lo que tengo de mi investigación. Antes de venir aquí, no podía encontrar el núcleo, solo eran datos sin aparente relación, hasta ahora. Todo encaja a la perfección.

El dispositivo procesa los nuevos datos, y en cuestión de segundos, aparecen más nombres y conexiones. Mi mente trabaja rápido, tratando de identificar patrones, pero es ella quien habla primero.

—Rodrigo estaba tan cerca… —murmura, deslizando un dedo por la pantalla—. Estos nombres, estas transacciones… hay similitudes con lo que yo estaba investigando.

—¿Cómo cuáles?

Ella señala una conexión específica entre un empresario y un líder local que conozco demasiado bien.

—Este tipo… aparece en los dos casos —explica, su voz ganando fuerza a medida que une los puntos—. Y no es el único. Parece que ambas redes operan de manera conjunta, o al menos comparten ciertos contactos.

Mi mandíbula se tensa mientras estudio los datos. Cada detalle confirma lo que ya sospechaba, pero también añade un peso nuevo al asunto. Rodrigo no solo estaba investigando. Estaba en el centro de algo mucho más grande.

—Esto es un puto nido de víboras —farfullo, cerrando los ojos por un momento.

—¿Qué pasó realmente en F14? —pregunta de repente, y su voz suena tan directa que casi me hace retroceder.

La pregunta flota en el aire, cargada de significados que no estoy preparado para abordar. La cueva parece más pequeña de repente, el eco de sus palabras chocando contra las paredes.

—Eso no importa ahora —digo, apartando la vista.

—¡¿No importa?!

—¡Rodrigo murió por esto! ¡¿Y me dices que no importa?!

Su voz es más fuerte, pero no grita. Sabe que tenemos que mantenernos discretos, incluso aquí dentro. Aun así, el reproche en sus palabras me golpea como un puñetazo.

—Lo que importa ahora es mantenernos vivos y asegurarnos de que esta información no caiga en las manos equivocadas —respondo, mi tono firme, pero no tan frío como me gustaría.

—Siempre encuentras una forma de evitar las cosas, ¿no? —espeta, cruzando los brazos mientras me lanza una mirada que podría perforar el acero—. Por eso te largaste al fin del mundo y lo dejaste solo…

Y ahí está, el golpe mortal que me deja sin aliento. No respondo. En lugar de eso, me dejo caer contra la pared, observando cómo el eco de la tormenta comienza a disminuir. Ella también parece notarlo, porque sus hombros se relajan algo, aunque su mirada no pierde ese brillo desafiante.

—Deberíamos descansar un poco —murmuro, sacando otra manta térmica de mi mochila y extendiéndosela.

—¿Cómo puedes dormir después de esto? —pregunta, aunque no hay reproche en su tono.

—Fácil. Si no descansamos, estamos muertos. Así que elige, Plomo. O intentas dormir, o nos quedamos despiertos y dejamos que el agotamiento nos mate antes que ellos… Sean quienes sean.

Valeria no responde, pero toma la manta y se acomoda en un rincón de la cueva. Yo hago lo mismo, aunque mantengo mi arma cerca y mis pensamientos aún más.

No entiendo por qué me importa tanto su opinión, por qué siento que decepcionarla sería peor que cualquier otra cosa. Pero aquí estoy, observándola mientras intenta encontrar comodidad en medio de la roca fría. «Porque es su hermana y se lo debes».

El sonido de la tormenta se disipa poco a poco, dejando en su lugar un silencio que no sé si encuentro reconfortante o inquietante. Cierro los ojos, pero sé que esta noche no será fácil para ninguno de los dos. La tensión entre nosotros es palpable, pero no tengo tiempo de darle importancia y me obligo a hacerme el dormido cuando escucho su primer sollozo.

Valeria

No quiero llorar, no ahora, no es el momento. Tampoco puedo dormir, lo miro de vez en cuando, de nuevo la sensación de que nunca descansa en profundidad me encoge el pecho, porque puedo ver en él el reflejo de mi hermano, su misma vida, sus mismos miedos…

Justo cuando empiezo a acostumbrarme a la penumbra de la cueva, escucho un sonido lejano. No estoy segura de si es el eco del viento o algo más. Me giro hacia Benítez, que está inmóvil, aunque con la cabeza ladeada como un depredador al acecho.

El eco de un motor llega hasta nosotros, tenue pero inconfundible.

Asiente y sin mover la cabeza, levanta una mano para indicarme que guarde silencio. Él se pone de pie sin hacer el más mínimo ruido, algo que a priori me parece imposible con la envergadura de ese hombre…

—Quédate aquí —ordena en un susurro—. Alguien se está acercando.

Pegado a la pared rocosa de la cueva, avanza hacia la entrada. El corazón me da un vuelco cuando escucho el ruido de sus rápidos pasos y luego el golpe seco de la caída, ha vuelto a saltar por la grieta.

El tiempo se detiene, sin embargo, mi corazón late a mil por hora. No se escucha nada, no veo apenas nada, aquí dentro todo parece suspendido en una dimensión paralela que me tiene ajena a todo.

Cuando la tensión es tan fuerte que temo que me va a romper, me pongo en pie y es en ese instante en el que escucho de nuevo el salto. Antes de respirar de nuevo, lo tengo frente a mí. Mis piernas tiemblan.

—Tenemos compañía —suelta mientras se agacha para tomar la mochila y revisa el arma.

—¿Quiénes son? ¿Vienen a por nosotros? ¿Saben que estamos aquí?

—No lo sé, y no quiero averiguarlo. Son dos, han bajado de un todoterreno. No parecen simples turistas, ese vehículo está preparado para enfrentar este tipo de tormentas. No me gustan, parecen mercenarios. O tal vez solo son saqueadores, pero, repito, no voy a quedarme aquí para averiguarlo.

Noto cómo mi expresión cambia de la incertidumbre a la alarma.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Nos adentramos más en la cueva. Ahora.

Me empuja con suavidad hacia el interior tras asegurarse de que llevamos todo. Caminamos en silencio, lo cierto es que no me atrevo a decir nada. Me concentro en nuestras respiraciones y el sonido de nuestras pisadas resonando amortiguadas por el suelo rígido.

—¿Crees que nos han seguido? —pregunto en un susurro.

—Es posible.

El aire se vuelve más frío a medida que avanzamos, y la luz de la linterna proyecta sombras inquietantes en las paredes. Me detengo en un recodo, apagando la linterna para dejarnos en completa oscuridad.

—No te muevas —demanda, su voz es apenas un murmullo.

—¿Qué vas a hacer? —inquiero.

—Asegurarme de que no nos encuentren.

Y, de pronto, su cuerpo se coloca sobre el mío. Un escudo de carne y hueso me protege de todo lo demás.

A pesar de no haber luz puedo ver sus ojos que me miran con fijeza. Su pecho roza contra el mío cada vez que toma aire, y no sé por qué creo que lo hace con una frecuencia mayor a la que debería.

La tensión es palpable, apenas un muro de medio centímetro entre ambos. Una de sus manos está junto a mi cadera, aunque no me roza puedo sentir el calor de su cercanía, la otra por encima de mi cabeza. Me doy cuenta de lo imponente que es. Me recuerda a un oso Grizzly, me lo puedo imaginar sacando los colmillos y desgarrando al que trate de hacerme daño.

—No tengas miedo —musita acercando su boca a mi oreja. El escalofrío que me recorre es nuevo e inesperado—. Te prometí que te protegería y lo haré. Aunque me cueste la vida.

Sus palabras me dejan sin aliento, sé que lo ha dicho de verdad, sé que si tuviera que arriesgar su vida por la mía lo haría sin pensar y… mi corazón late de nuevo a mil.

Por fin, el sonido del motor vuelve a romper el silencio. Los hombres se van, llevándose con ellos la amenaza inmediata.

—Se han ido —dice, encendiendo de nuevo la linterna y alejándose de mí, el frío que me envuelve es… polar.

—¿Cómo…?

—He escuchado el ruido del motor al alejarse —contesta la pregunta antes de que la termine.

—¿Crees que volverán?

—Es posible. Por eso no podemos quedarnos aquí mucho más tiempo.

Me dejo caer contra la pared, permitiéndome un momento para procesar todo lo que acaba de pasar. Benítez sigue mirándome, su expresión es una mezcla de incertidumbre y curiosidad.

—Murad es la clave de todo esto —afirmo sin dudas.

Él asiente, y por primera vez, veo algo en sus ojos que no había visto antes, esa expresión de un jugador que sabe que tiene las de ganar.

—Lo encontraremos —dice, su voz es firme, rotunda, no me deja espacio para dudar.

Y, aunque odie admitirlo, sé que tiene razón.

Capítulo 9 Sombras y ecos

Benítez

El eco de nuestras pisadas resuena en la cueva, mezclándose con los ruidos apagados del viento que todavía azota la entrada. La linterna que llevo en una mano ilumina el espacio delante de nosotros, proyectando sombras inquietantes en las paredes rocosas. El aire aquí dentro es denso, cargado de humedad y un extraño olor metálico.

—No me gusta esto —dice Valeria desde atrás. Su voz es apenas un susurro, pero rebota en las paredes con una fuerza que me pone los nervios de punta.

—No tiene por qué gustarte —respondo, sin mirarla. Mi atención está fija en el camino delante de nosotros. Hay grietas en el suelo que podrían convertirse en trampas mortales si no estamos atentos.

Ella no responde, pero escucho cómo ajusta su mochila al hombro, su incomodidad evidente incluso en sus movimientos. No la culpo. Este lugar tiene algo que eriza la piel, una sensación que me recuerda a la primera vez que puse un pie en una zona de guerra.

El viento silba, y por un momento, suena como un lamento humano. Aprieto la mandíbula, enfocándome en el camino.

—¿Qué buscas exactamente? —pregunta después de un rato.

—Algo que no debería estar aquí —respondo, sin detenerme.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, si lo encontramos, lo sabremos.

Ella deja escapar un bufido bajo, pero no insiste. Agradezco el silencio. Necesito estar alerta.

El túnel se estrecha, obligándonos a avanzar en fila india. La luz de mi linterna alcanza una abertura más adelante, una sala natural que parece lo suficientemente amplia como para ofrecernos algo de descanso. Me detengo en la entrada, escaneando el lugar con cuidado.

—¿Qué ves? —pregunta Valeria detrás de mí.

—Nada... aún.

Avanzo, inspeccionando cada rincón. Las paredes están cubiertas de marcas, líneas irregulares que parecen haber sido hechas con herramientas primitivas. Me acerco, pasando la linterna por encima. No entiendo lo que significan, pero hay algo en ellas que me resulta inquietante.

—¿Qué demonios...? —murmura Valeria, ahora a mi lado.

—Son símbolos. Probablemente tribales —respondo.

—No se ven tan antiguos —replica, pasando los dedos por encima de los trazos.

Tiene razón. Las marcas parecen recientes, como si alguien hubiera estado aquí no hace mucho. Eso no me gusta. No me gusta nada.

—Sigamos.

Doy un paso hacia el centro de la sala y algo cruje bajo mi bota. Bajo la luz de la linterna, descubro un casquillo de bala oxidado. Lo recojo, girándolo entre los dedos.

—¿Qué es eso? —pregunta Valeria, inclinándose para mirar.

—Evidencia de que no somos los primeros en usar esta cueva como refugio.

El peso de la posibilidad se instala en mi pecho. Si alguien estuvo aquí antes, ¿por qué lo dejaron? Y, más importante, ¿quiénes eran?

Dejo caer el casquillo al suelo y continúo avanzando. Hay algo más en esta sala, algo que no puedo ignorar. En el centro, rodeado de piedras dispuestas en un círculo, hay una especie de altar improvisado. Encima, una lata vacía, restos de cenizas y una caja metálica oxidada.

—Esto no es tribal —digo, señalando el altar.

—Parece... reciente.

Asiento, estudiando el lugar. Esto no es casualidad. Alguien usó este lugar, y no hace mucho.

Me acerco al altar. La caja llama mi atención de inmediato. Es pequeña, con bordes desgastados y un candado oxidado que parece haber estado ahí desde hace años. Paso los dedos por la tapa, y entonces lo noto: una inscripción grabada en la superficie.

«No olvides lo que dejamos atrás».

El aire parece detenerse. Esa frase… No puede ser una coincidencia. Miro a Valeria, que también ha leído las palabras.

—Rodrigo. Esto tiene que estar relacionado con él —susurra, sus ojos fijos en la caja.

No digo nada. La adrenalina se acumula en mi pecho, pero no tengo tiempo para procesarla. Un ruido detrás de nosotros me hace girarme con rapidez, la linterna temblando en mi mano. Valeria se queda inmóvil, su rostro pálido mientras mira hacia el túnel por donde entramos.

—¿Lo oíste? —susurra.

—Sí.

Apago la linterna y saco mi arma. El silencio de la cueva ahora es opresivo. Espero, escuchando, mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad.

Otro sonido, esta vez más claro: pasos.

Mierda.

—Muévete hacia el altar —ordeno en voz baja. Valeria obedece, sus movimientos lentos y cautelosos.

Me coloco frente a ella, el arma apuntando hacia el túnel. Si alguien nos sigue, no pienso esperar para saber sus intenciones.

Los pasos se detienen. El silencio que sigue es peor que cualquier sonido.

—¿Hay alguien ahí? —grita Valeria, su voz resonando con una valentía que no sabía que tenía.

—Cállate —siseo, sin bajar el arma.

Entonces, algo se mueve en la oscuridad, pero no en la dirección por la que entramos. El ruido viene de otro lado, una abertura en la pared que no habíamos visto antes. Giro hacia el sonido, encendiendo la linterna, pero no hay nada.

—Esto no me gusta nada —dice Valeria, su voz temblando.

—A mí tampoco.

Retrocedemos hacia el altar, manteniendo la vista en ambos túneles. No sé quién o qué está aquí con nosotros, pero no pienso esperar a descubrirlo.

—Tenemos que salir de aquí —dice Valeria.

—No hasta que sepamos qué está pasando.

—¿Estás loco? ¡Esto es una trampa!

No puedo negar que tiene razón, pero algo me dice que este lugar tiene más respuestas de las que parece.

—Dame cinco minutos —le digo, encendiendo de nuevo la linterna—. Si algo pasa —digo mientras meto la caja en su mochila —, corre. No te detengas, no mires atrás, corre hasta el jeep, ¿entendido, Plomo?

Ella no parece convencida, pero asiente. La figura aparece antes de que pueda procesar más. Alta, con una linterna que ilumina la entrada del túnel, proyecta su sombra contra las paredes de la sala. Por un segundo, parece detenerse, como si supiera que estamos observándola.

Levanto el arma, mi cuerpo en tensión.

—¿Benítez...? —Valeria apenas puede hablar.

—Quédate detrás de mí.

La figura da un paso más. No es un saqueador. Esto es algo mucho más calculado.

Y, en mi interior, una certeza me golpea: está aquí por la caja. No pienso, solo actúo. Enfoco con la linterna, parece que he acertado y por un segundo lo deslumbro, eso me da ventaja, apunto a la rodilla y disparo.

—¡Corre! —gruño, empujando a Valeria hacia el lugar por el que entramos.

No hay tiempo para pensar. La figura ha caído al suelo, quejándose. Tengo claro que le he dado. La luz de su linterna empieza a buscarnos como un perro de caza, tratando de localizarnos. Protejo a Valeria con mi cuerpo, mi mano en su cintura la insta a ir más rápido, no dejo que piense en nada que no sea el eco de nuestros pasos.

Tropieza, pero no cae. El túnel se estrecha de nuevo. Sé que el miedo va a empezar a ganar la partida, pero no pienso dejarla atrás.

—¡No mires atrás! —le ordeno con brusquedad, mientras me giro un segundo para apuntar hacia la sala que acabamos de dejar.

Me parece ver una figura a lo lejos, aunque nos pueda seguir el disparo lo habrá dejado tocado, así que no podrá ir tan rápido como nosotros. La luz de su foco sigue en nuestra caza, de momento no ha disparado, pero el miedo a que lo haga en cualquier momento es real.

—¡Benítez, la grieta! —chilla con la voz cargada de pánico.

No digo nada, me coloco a su lado, la tomo de la mano y me preparo para saltar.

—¡Sigue avanzando! Vamos a saltar a la de ¡ya! —grito, y ella obedece, aunque puedo notar el temblor en sus pasos.

La caída al otro lado es… complicada, yo he llegado bien, pero a Valeria le ha faltado impulso y solo uno de sus pies toca tierra, lo noto aun sin verlo y tiro de ella con rapidez con su mano entre la mía.

—¡Bien hecho! —afirmo, aunque mi tono suena más brusco de lo que pretendía.

—Si no llegas a agarrarme… —Su voz tiembla, cargada de algo que no dice, pero que siento como un peso en mi pecho. No puedo mirarla ahora; no tengo tiempo para esas emociones.

—No lo habría permitido —respondo con rapidez, cortándola. No es consuelo, pero es lo único que puedo ofrecerle. Ya habrá tiempo para llorar, aunque ambos sabemos que ese tiempo nunca llegará, al menos para mí—. Vamos, estamos muy cerca de la salida.

—¿Y si siguen ahí?

—Tendremos que arriesgarnos, Plomo —afirmo con una confianza que ahora mismo se ha caído por la grieta.

Sé que estamos cerca de la salida, ya casi puedo verla cuando un ruido seco tras de mí hace que me detenga. Giro con rapidez, colocándola de nuevo a mi espalda, levanto el arma y apunto a la oscuridad.

Nada.

El silencio se instala, pesado y opresivo, porque sé que no estamos solos.

—Valeria —la llamo, necesito asegurarme de que está detrás de mí.

Noto su mano temblorosa aferrar mi ropa.

—Estoy aquí —susurra. Asiento, doy un paso atrás sin dejar de apuntar, ella hace lo mismo, una extraña danza la que bailamos hoy.

Estoy listo para disparar de nuevo, pero todo parece en orden y no podemos quedarnos aquí más tiempo, no puedo darle la ventaja de que me acorrale como a un animal indefenso.

Tomo la delantera, agarro a Valeria de la mano con fuerza y comienzo de nuevo la escapada.

—¿Nos siguen?

—Parece que no, pero quiero que nos sorprendan por la espalda. Ahora sigue, no pares, tampoco quiero que nos atrapen aquí dentro. —No espero su respuesta; la empujo hacia adelante y volvemos a correr.

Me parece escuchar de nuevo ruidos. Pasos apresurados, un leve crujir de piedras que se precipitan… Quienquiera que sea, no está dispuesto a perder nuestra pista.

El túnel se ensancha un poco, lo justo para permitirnos movernos más rápido. Pero justo cuando parece que estamos ganando terreno, Valeria tropieza de nuevo, cayendo de rodillas.

—¡Levántate! —le exijo, deteniéndome a su lado y tirando de su brazo.

—¡No puedo! —gime, su voz ahogada.

—¡Sí puedes! —la corto, esta vez más firme. Sé que está aterrada, pero no podemos permitirnos perder ni un segundo. El ruido de los pasos detrás de nosotros es cada vez más cercano, y sé que, si no salimos de aquí pronto, estaremos atrapados.

Ella asiente, apretando los dientes, y se pone en pie con esfuerzo. Apenas hemos avanzado unos metros cuando un disparo resuena en el túnel, seco y ensordecedor. La bala impacta contra mi brazo; me ha rozado justo antes de golpear la pared junto a nosotros, haciendo que pequeños fragmentos de roca estallen sobre nuestras cabezas.

—¡Están disparando! —grita, con la voz cargada de pánico.

—¡Lo sé, joder! —respondo, tirando de ella para que avance más rápido.

Apunto mi arma hacia atrás y disparo dos veces, el sonido retumbando en la estrechez del túnel. No estoy seguro de si he dado en el blanco, pero al menos consigo que los pasos se detengan por un segundo.

La salida está cerca. Puedo sentir el calor del desierto filtrándose por las grietas, en contraste con la humedad sombría de la cueva.

—¡Ahí está la salida! —grito, señalando con la linterna hacia un punto más adelante.

Valeria lo ve y acelera, sus pasos ahora firmes a pesar del miedo. Yo me detengo una última vez, girándome para enfrentar a quien sea que nos está siguiendo. La luz de su linterna ilumina su figura, pero no lo suficiente como para distinguir su rostro. Lo único que sé es que lleva un arma, y no dudaría en usarla de nuevo.

Disparo otra vez, apuntando bajo, hacia sus piernas de nuevo. Un grito ahogado resuena en el túnel, y la linterna cae al suelo, rodando hacia un lado. No espero para confirmar si lo he herido de verdad ni cuántos son. Me giro y corro hacia la salida, siguiendo a Valeria.

El aire cargado aún de arena golpea mi rostro como una bofetada cuando salimos de la cueva. La tormenta de arena ha disminuido, pero el viento sigue soplando con fuerza, levantando pequeñas nubes de polvo que se arremolinan a nuestro alrededor.

—¡Al jeep! —ordeno, y Valeria no pierde el tiempo en discutir.

Corremos cuesta abajo, esquivando las rocas sueltas y el suelo traicionero.

Cuando alcanzamos el vehículo, Valeria se sube al asiento del copiloto, todavía jadeando. Yo me deslizo detrás del volante, encendiendo el motor con un rugido que rompe el silencio de la noche.

Por el retrovisor, veo una silueta tambaleándose fuera de la cueva, sosteniéndose contra la pared de roca.

—¿Es él? —pregunta Valeria, con los ojos fijos en el espejo retrovisor.

—Sí —respondo, mi voz más tensa de lo que esperaba.

—¿Tienes idea de quién es…? —interroga, tratando de sonar firme, pero el temblor en su voz la delata. Sé que cuando se calme el pánico la golpeará.

—No… pero no importa quién sea. Si ha llegado hasta aquí, volverá. Y la próxima vez, no pienso fallar.

Piso el acelerador, y el jeep se lanza hacia adelante, dejando atrás la cueva y a la figura que sigue mirándonos desde la distancia.

Pero algo me dice que no será la última vez que lo veamos.

Capítulo 10 Bajo el manto de la noche

Valeria

El motor del jeep resuena con ese ronroneo que ya me resulta familiar, en estos momentos incluso reconfortante, mientras avanzamos por un terreno cada vez más difícil. Me tiembla todo el cuerpo. El polvo de la tormenta aún flota en el aire, y el paisaje árido parece extenderse hacia el infinito. La oscuridad que nos rodea es opresiva, apenas rota por el parpadeo intermitente de las estrellas. El parabrisas está cubierto de una fina capa de arena, que Benítez limpia constantemente con un gesto automático.

—¿Seguro que esta es la dirección correcta? —pregunto, rompiendo el silencio, más que nada porque necesito escuchar algo diferente a los disparos que siguen rebotando en mi cabeza, como si fueran las paredes de la cueva.

—Tan seguro como se puede estar en un lugar como este —responde con su habitual tono seco, aunque creo que ya no es tan borde. O tal vez es que me he acostumbrado a él.

Lo miro de reojo. Está concentrado en el camino, con el ceño fruncido y las manos firmes en el volante. A pesar de su aparente calma, puedo sentir la tensión en su cuerpo, como un resorte a punto de romperse. No puedo evitar preguntarme qué estará pensando. ¿En Rodrigo? ¿En lo que sea que estamos buscando? ¿O en cómo mantenernos vivos un día más?

El jeep se sacude con brusquedad al pasar sobre una roca más grande de lo esperado, y me aferro al borde del asiento.

—¡Hostia puta! —grito.

El silencio que sigue dura apenas un segundo, y luego escucho una risa baja, contenida, que viene del asiento del conductor.

—No te pega decir algo así, Plomo —comenta Benítez, con una sonrisa ladeada que apenas asoma.

—Cállate —murmuro, sintiendo el calor subirme al rostro. No sé qué me incomoda más, si mi torpeza o su maldita sonrisa.

Él no dice nada más, pero puedo notar cómo sus hombros se sacuden con suavidad. Está conteniendo la risa. Me cruzo de brazos, mirando por la ventana, pero mi mente sigue volviendo una y otra vez a la caja que llevo en la mochila.

—¿No crees que deberíamos abrirla? —pregunto por fin.

—Ahora no —responde sin dudar, su mirada fija en el camino.

—¿Por qué no?

—Porque no sé qué hay dentro, y no quiero averiguarlo mientras seguimos en movimiento —responde a la vez que gira el volante para esquivar otra roca—. Sea lo que sea, alguien lo quería lo suficiente como para arriesgar su vida por lo que hay dentro.

—O para quitarnos la nuestra —murmuro, más para mí misma que para él.

Él no responde, aunque noto que su mandíbula se tensa. El silencio se hace más pesado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —insisto, cruzando los brazos.

—Alejarnos de aquí todo lo que podamos y, cuando sea seguro, la abrimos.

Su tono deja claro que no hay espacio para discusión. Sin embargo, la idea de llevar algo que podría ser peligroso, sin saber qué es, me carcome.

—¿Y si es algo peligroso? —pregunto, esta vez en voz más baja.

—Plomo, ya es nuestro problema, ¿no crees? —responde, lanzándome una mirada rápida y volviendo a concentrarse en el camino.

No digo nada. Suena como algo que diría alguien acostumbrado a cargar con problemas mucho más grandes de los que debería.

La noche sigue envolviéndonos, y aunque la tormenta parece haber amainado, el viento aún levanta pequeñas nubes de arena que se arremolinan alrededor del jeep. Bajo la vista a mi mochila. La caja está ahí, pesada como si contuviera algo más que metal. Me pregunto qué habría pasado si no la hubiéramos encontrado, si la hubiéramos dejado atrás.

Es entonces cuando lo noto. Algo oscuro y húmedo manchando la manga de Benítez, apenas visible bajo la luz tenue del salpicadero. Mis ojos se abren de golpe.

—¿Estás… estás sangrando?

—Es un rasguño. No es nada.

—¡Eso no es un rasguño! —protesto, desabrochándome el cinturón y sacándome el pañuelo del cuello. Él frunce el ceño.

—Valeria, estoy conduciendo.

—Pues para —ordeno. Me inclino hacia él y presiono el pañuelo contra su brazo, justo donde la sangre sigue empapando la tela de su chaqueta.

—Plomo... —gruñe, pero no me detengo.

—Has recibido una bala por mí. Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que no te desangres, ¿no crees?

—No me estoy desangrando.

—Pues deja que sea yo quien lo decida.

Benítez suspira, frustrado, pero no me aparta, en su lugar detiene el coche. Levanto la camiseta dejando al descubierto su bíceps y con el móvil enfoco la herida. Es cierto, es un rasguño, no parece nada grave. Presiono el pañuelo contra la herida con firmeza y noto cómo la sangre empieza a detenerse.

—¿Contenta? —pregunta con un tono que mezcla sarcasmo y resignación.

—Por ahora, sí —afirmo apretando con un fuerte nudo el pañuelo alrededor de la herida y bajando de nuevo su manga. Mis dedos rozan su piel y sus ojos se clavan en mí, los siento con tanta fuerza que no me atrevo a levantar la mirada. Avergonzada, me recuesto de nuevo en mi asiento, cruzando los brazos. Él sacude la cabeza, dejando escapar una risa breve.

—Gracias, doctora.

—De nada, soldadito.

Reanudamos la marcha, el silencio vuelve a caer sobre nosotros, pero esta vez no es incómodo. Es... extraño. De repente, Benítez frunce el ceño y reduce la velocidad del jeep.

—¿Qué pasa?

—Mira. —Señala hacia adelante.

Sigo la dirección de su dedo y, al principio, no veo nada. Pero entonces noto las luces. Son débiles, como si alguien estuviera usando linternas para moverse en la oscuridad. Están demasiado lejos para distinguir detalles, pero el simple hecho de que haya alguien más aquí hace que mi pecho se contraiga.

—¿Estarán con el de la cueva? —pregunto en un susurro.

—No lo sé. Pero no estamos en posición de averiguarlo. — Benítez toma el rifle que tiene apoyado junto a su asiento y se lo coloca sobre el hombro. Luego me mira, sus ojos más serios de lo que nunca los he visto.

—Vamos a salir del jeep. Camina detrás de mí y no hagas ruido.

Asiento, tragando saliva, y abro la puerta con cuidado. El crujido de la arena bajo mis botas parece ensordecedor en el silencio opresivo. Me agacho, siguiendo a Benítez mientras nos movemos hacia una formación rocosa cercana. Las luces en la distancia parecen moverse, tambaleándose en nuestra dirección.

Nos movemos en silencio, usando las sombras como cobertura mientras nos alejamos del jeep. Las luces en la distancia parecen moverse en nuestra dirección, y mi mente comienza a llenarse de preguntas. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Nos están buscando, o están en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Benítez se detiene detrás de una formación rocosa y me hace un gesto para que me agache junto a él. Sus ojos están fijos en las luces, evaluando, calculando. Yo, en cambio, apenas puedo respirar.

Me hago una bola pequeña encogiendo mis piernas contra el pecho. La respiración de Benítez es controlada, apenas perceptible. La mía, en cambio, es un desastre. Intento calmarme, pero no puedo dejar de pensar: ¿Nos están buscando?

No aparta los ojos de las luces. Su expresión es inescrutable, pero sus músculos están tensos como un resorte a punto de soltarse.

—Si llegan al jeep... —empiezo, pero él me corta con un gesto.

—No lo harán.

Quiero creerle. Pero algo en su tono, en la forma en que sus ojos parpadean hacia el rifle, me dice que no está tan seguro como intenta aparentar.

El tiempo pasa lento, como si el desierto mismo estuviera conteniendo la respiración. Las luces se acercan lo suficiente como para distinguir varias figuras. No son muchas, tres tal vez, pero eso no me tranquiliza. Cada uno de ellos podría ser un peligro.

De repente, una de las luces se apaga. Benítez se tensa, y yo siento que el pánico empieza a apoderarse de mí. Quiero preguntar qué significa eso, pero él está concentrado, evaluando.

—Se están reagrupando —murmura.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de lo que hagan después.

El viento sopla, levantando pequeños torbellinos de polvo que se arremolinan a nuestro alrededor. Las luces comienzan a moverse de nuevo, esta vez alejándose. Exhalo despacio, aliviada, pero Benítez no se relaja.

—No podemos quedarnos aquí. Si vuelven, no quiero que estemos cerca. —Se pone de pie y me hace un gesto para que lo siga.

Regresamos al jeep en silencio, avanzando con cuidado por el terreno irregular. Cuando llegamos, Benítez revisa el vehículo con rapidez, asegurándose de que no haya sido alterado. Yo observo a mi alrededor, con la piel de gallina a pesar del frío.

—¿Crees que volverán? —pregunto mirando por el retrovisor.

—Si tienen algo que ver con la caja… probablemente.

Esa idea me hace estremecer. No quiero pensar en lo que significa.

Cuando al fin estamos dentro, encendemos el motor y seguimos adelante, dejando atrás las luces y sombras que nos acechan. Sin embargo, la tensión sigue ahí, pesada y constante.

Miro a Benítez, queriendo decir algo que rompa el silencio, pero no encuentro las palabras. Tras un rato, me decido.

—Gracias.

Él no me mira, pero su ceja se arquea.

—¿Por qué?

—Por no dejarme atrás.

Por un momento creo que no va a responder. Pero entonces, con una voz baja y casi imperceptible, dice:

—Nunca lo haría.

La sinceridad en sus palabras me toma por sorpresa. No sé qué decir, así que dejo que el silencio vuelva a llenarnos.

El jeep sigue avanzando, rompiendo la noche del desierto con su ruido constante. Por el retrovisor, las luces ya no se ven, pero sé que el peligro no ha pasado. Mientras Benítez conduce, puedo ver sus manos aferradas al volante con una fuerza casi dolorosa. Él lo sabe tan bien como yo: esto no ha terminado.

La caja, con todos sus secretos, sigue pesando entre nosotros como una promesa y una amenaza. Mientras avanzamos por la oscuridad, no puedo evitar mirar hacia atrás, esperando ver las luces aparecer de nuevo en el horizonte.

Pero no hay nada. Solo la interminable noche del desierto.

Capítulo 11 La Mirada de las Montañas

Valeria

El jeep se sacude con cada bache del terreno, el sonido del motor acompañándonos como un recordatorio constante de que seguimos en movimiento. Atrás quedó la cueva, pero no puedo librarme de su recuerdo. Esa humedad opresiva, la oscuridad que parecía tragarnos y ese eco, que resonaba como un mal augurio, siguen clavados en mi mente. Es como si su sombra nos hubiera seguido hasta aquí.

El calor del día se intensifica a medida que avanzamos, y el sudor empieza a acumularse en mi espalda, pegando la tela de mi camisa a la piel. Paso la lengua por mis labios, secos y agrietados por la falta de agua.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Benítez sin apartar la vista del camino.

—Nada. —Es mentira, claro. No he dejado de escanear los bordes del camino, buscando un movimiento, una sombra… cualquier cosa.

—Deja de imaginar cosas que no están ahí. El desierto ya es lo bastante jodido sin añadirle fantasmas. —Su tono es seco, pero hay algo en su voz que me llama la atención. Un leve toque de cansancio, quizá.

—¿Y si no son fantasmas? —replico, girándome hacia él.

—Entonces estaremos muertos antes de darnos cuenta. —Lo dice con tanta tranquilidad que debería afectarme, pero lo único que siento es frustración. Para él, la muerte parece ser solo una parte más de su día a día. ¿Cómo será vivir todo el día cargando sobre los hombros con el peso de la muerte? ¿De la certeza de que podría ser tu último día, tu última hora, tu último segundo…? Creo que en estos días he podido hacerme a la idea.

Miro hacia el horizonte, donde las montañas se alzan como gigantes dormidos. Su silueta contra el cielo parece inamovible,

eterna. Cada kilómetro que recorremos nos acerca más a ellas, pero también a lo desconocido. Y, aunque no lo diga en voz alta, tengo miedo. Miedo de lo que pueda esperar al otro lado. Miedo de no salir viva de esta al igual que Rodrigo, miedo de no haber vivido ni disfrutado de la vida, miedo de seguir asustada como para dejarme llevar…

Un bache hace que el jeep dé un pequeño salto, y mi cuerpo se tambalea hacia un lado. Antes de que pueda reaccionar, Benítez extiende una mano y me sujeta del pecho con firmeza. Es un gesto tan rápido y natural que me deja desconcertada.

—Gracias. —Mi voz suena más débil de lo que esperaba, lo que solo aumenta mi incomodidad.

—De nada. Intenta no romperte un brazo antes de que lleguemos. —El comentario tiene un ligero tinte de humor, casi imperceptible, pero suficiente para arrancarme una sonrisa.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, roto tan solo por el zumbido del motor y el crujido de las piedras bajo las ruedas. Es un silencio que pesa, dejando espacio para que los pensamientos se acumulen.

Pienso en Rodrigo, en lo poco que de verdad sabía de él. Se marchó al ejército cuando apenas empezaba a ser una mujer, así que no tengo grandes recuerdos junto a él y sus visitas eran muy de tarde en tarde. Eso hace que cada pista que encontramos me aleje más de la imagen borrosa que tenía de mi hermano. Ahora, con cada kilómetro que dejamos atrás, siento que lo conocía menos. Como si hubiera sido un extraño con el que tan solo compartía el apellido: un extraño para su propia familia. Y, ahora, la única conexión que me queda con él es este hombre que se ríe de la muerte como si fuera una vieja amiga.

—¿Tú crees que sabía que iba a morir? —pregunto de repente, sin mirarlo.

Benítez no responde de inmediato. Cuando lo hace, su voz es baja, casi como si hablara consigo mismo.

—Rodrigo siempre fue listo. Demasiado. Pero incluso los más listos subestiman lo que tienen delante.

El peso de sus palabras me cala más hondo de lo que esperaba. Rodrigo, mi hermano, siempre había sido un enigma para mí, alguien que parecía cargar el mundo sobre sus hombros sin pedir ayuda. Y ahora me doy cuenta de que esa carga lo aplastó.

—¿Y la caja? —pregunto, rompiendo el silencio mientras observo el horizonte—. ¿De verdad crees que estaba allí por él?

La mención de la caja parece tensar el aire. Benítez frunce el ceño, pero no aparta la vista del camino.

—Es difícil saberlo. Rodrigo no era del tipo que dejaba cosas al azar, pero tampoco podía controlarlo todo.

—¿Entonces qué hacía allí? —insisto, con una mezcla de curiosidad y ansiedad.

—Podría haber sido un escondite temporal. O tal vez alguien la puso allí para que él la encontrara. Lo único seguro es que alguien no quería que cayese en manos equivocadas.

—¿Y si las manos equivocadas son las nuestras? —susurro, casi temiendo mi propia pregunta. Benítez guarda silencio un momento, como si meditara su respuesta.

—Lo que sabía lo llevamos en esa caja que encontramos. Ahora solo queda descubrir qué hacer con ello.

El tono cortante con el que lo dice me detiene. Miro sus manos, aferradas con fuerza al volante, sus nudillos blancos. Algo está pasando por su cabeza, algo que no quiere compartir.

—Si supieras algo más... —empiezo, pero Benítez me interrumpe.

—Si Rodrigo dejó esa caja ahí, tenía un propósito. Y si no fue él, entonces tenemos otro problema.

Su respuesta no me tranquiliza. Todo lo contrario. La idea de que estemos envueltos en algo más grande y peligroso de lo que imaginábamos hace que un escalofrío me recorra la espalda.

El sol empieza a descender, tiñendo el cielo de un naranja profundo que se refleja en las montañas. Las sombras se alargan, cubriendo el terreno con una penumbra que parece más densa, más opresiva.

Mientras avanzamos, el paisaje cambia lentamente. Las dunas doradas del desierto comienzan a dar paso a un terreno más rocoso. El aire se vuelve más fresco, aunque no menos pesado, y las sombras de las montañas nos envuelven con un abrazo que no resulta menos sofocante.

—Vamos a buscar un lugar para acampar —anuncia Benítez, rompiendo el silencio.
Tras un rato, encuentra un saliente junto a un grupo de rocas que forman un refugio natural. Detiene el jeep y apaga el motor. Ambos descendemos, y mis piernas protestan tras horas de viaje, pero no digo nada, tan solo me golpeo con los puños sobre los muslos, intentando activar la circulación.

Benítez se mueve con la eficiencia de alguien acostumbrado a estas situaciones, revisando el área con una linterna. Yo me ocupo de sacar las mantas y lo que necesitemos para la noche.

Mientras él monta una pequeña fogata, me dejo caer sobre una de las mantas, abrazando mis rodillas. Alzo la vista hacia el cielo, donde las estrellas comienzan a aparecer. Primero tímidas, después en un despliegue que parece infinito.

—¿Alguna vez has hecho esto antes? —pregunto, señalando las estrellas con un gesto vago.

—¿Acampar? Sí. ¿Preguntarme por qué demonios estoy en medio del desierto con una periodista? No tanto.

Su respuesta me arranca una risa breve. Por un instante, el peso de todo lo que nos rodea parece aliviarse.

—Qué gracioso eres.

—Lo intento.

Por un momento, el silencio que compartimos es cómodo, casi natural. Pero sé que no durará. Aquí, tan lejos de todo lo que conocemos, el peligro acecha en cada sombra, en cada rincón.

—Benítez... —empiezo, pero él levanta una mano, silenciándome.

—Espera.

Se inclina ligeramente, sus ojos fijos en la oscuridad más allá de la fogata. Me quedo quieta, conteniendo el aliento.

—¿Qué pasa? —susurro, aunque mi voz apenas es un murmullo.

—Nada. —Benítez saca una manta extra de la mochila y me la tiende sin decir nada.

—Gracias —murmuro, envolviéndome en ella.

Él no responde, pero asiente con un leve movimiento de cabeza antes de volver a sentarse frente al fuego, el rifle descansando junto a él, sus ojos vigilantes.

—Rodrigo no era perfecto, ¿verdad? —digo, más para mí misma que para Benítez.

—Nadie lo es, Plomo. Pero era lo bastante bueno en su trabajo como para hacer que los demás lo siguieran.

—¿Crees que estamos cerca?

—¿Cerca de qué?

—De lo que sea que estamos buscando.

Se detiene un momento y me mira con esa intensidad que siempre me hace sentir como si pudiera ver a través de mí.

—Estamos más cerca de lo que crees, Plomo. Pero también estamos más cerca del peligro.

—¿Se puede estar más cerca del peligro? Decían que ser periodista de investigación tenía sus riesgos… pero ¿esto?

—¿Esto?

—He perdido la cuenta de las veces que nos han disparado —resoplo.

Él deja escapar una pequeña risa, creo que es la primera vez que lo escucho reír; es… agradable, muy diferente a esa mueca forzada que de vez en cuando le sale.

—No te han dado ninguna vez, ¿verdad?

—No, a mí no, cierto, lo que me recuerda que a ti sí.

Me pongo de pie y me acerco a él, le subo la manga de la camisa y le desato el pañuelo que até con fuerza, aunque ahora

baila por todos lados. Deshago el nudo y enfoco con la linterna la herida.

—Ya no sangra, te dije que no es nada…

—¿Nada? Tiene una pinta tan horrible como la que debo tener yo en este momento —farfullo.

—No tienes una pinta horrible —susurra.

Levanto la mirada hacia él, sorprendida, ¿acaba de hacerme un cumplido?

—Pues tu herida sí, dime que tienes la vacuna del Tétanos y alguna que proteja de la radioactividad que está supurando la herida.

Su risa vuelve a resonar y me contagia.

—Créeme, no voy a morir por esto.

—Ya, por esto no…

No digo nada más, tomo un poco de agua y le limpio la herida. El pañuelo está hecho un asco, así que decido que ponérselo será peor.

—Cuando paremos a por provisiones, recuerda comprar algo para desinfectar, una gasa, puntos de aproximación… no sé, algo para que pueda curarte.

Una ráfaga de aire me golpea por la espalda, desordenando mi cabello que queda enredado en mi cara. Antes de poder recolocarlo, siento sus dedos tomar el mechón de pelo y moverlos despacio hacia atrás, dejando al rebelde aprisionado detrás de mi oreja.

El momento parece tan fuera de lugar y a la vez tan correcto que mi corazón se salta un latido. Trago saliva y veo que su mirada se dirige a mi cuello. No sé qué me descoloca más, si la ternura inesperada de su gesto o la intensidad de su mirada, fija ahora en mi garganta. Es un gesto simple, pero en él hay algo que me confunde y me pone nerviosa al mismo tiempo. Benítez siempre ha sido una alta barrera, una gruesa muralla, y este instante me hace dudar. ¿Es un descuido? ¿Un momento en el que su fachada se agrieta? No sé qué pensar, pero la sensación es tan íntima que me

obliga a contener el aliento, temiendo hacer algo que rompa el momento.

No sé cuánto tiempo estamos así, con su mano sujetando mi cabello y su mirada clavada en mí. De pronto, un gruñido bajo, casi inaudible, rompe el momento. Él retira la mano con rapidez, como si se arrepintiera, y se pone en pie.

—Está bien, Plomo, échate ya a dormir, tenemos que reponer fuerzas. Esto cada vez irá a peor…

—No sé qué hay peor que esto…

—El infierno —susurra.

Regreso a mi sitio con el estómago extraño, me siento y me envuelvo de nuevo con la manta. El fuego crepita entre nosotros, y las estrellas, ahora más brillantes, parecen observarnos desde un mundo lejano.

La noche avanza, y aunque el fuego nos da algo de calor, el viento frío del desierto se cuela entre las rocas tan punzante como la certeza de que no estamos solos. De que nunca lo hemos estado.

Capítulo 12 Conexiones y Sombras

Valeria

El jeep se detiene con un leve chirrido en un punto elevado del camino, desde donde se extiende un mar de dunas ondulantes. El cielo, todavía oscuro cuando reanudamos la marcha, comienza a teñirse de un delicado matiz anaranjado en el horizonte, como si el sol estuviera anunciando su llegada al desierto. La luz incipiente ilumina las sombras de las dunas, que parecen moverse como olas petrificadas.

Benítez apaga el motor y me lanza una mirada cargada de advertencia antes de salir del vehículo. Sus movimientos son metódicos, calculados, como si cada acción tuviera un propósito definido.

—¿Por qué paramos? —pregunto, ajustándome las mangas de la camisa para protegerme del aire fresco que acompaña al amanecer.

—El motor necesita descansar. Igual que nosotros —responde, su tono es cortante, como siempre y, a la vez, diferente.

Salgo tras él, dejando que el viento, ahora más suave, me golpee el rostro. A pesar del agotamiento, no puedo evitar quedarme quieta un momento, observando cómo el sol empieza a asomarse tras las dunas, tiñendo el cielo de tonos dorados, naranjas y rosas. La transición del frío de la noche al calor del día es casi imperceptible, pero la belleza de este instante es innegable.

Me quedo mirando al horizonte, embobada y, de repente, siento que me elevo. Me deja sobre el capó sin decir nada, yo tampoco puedo articular palabras, tan solo miro de reojo su figura recortada contra el horizonte sin atreverme a respirar.

Se apoya contra el capó, tan cerca de mí que nos rozamos. Observa el horizonte con la mirada perdida en el espectáculo que sucede frente a nosotros.

—No está mal, ¿verdad? —comento, mi voz apenas un murmullo, casi como si no quisiera romper la magia del momento.

—¿El qué? ¿El motor que se recalienta o el hecho de que nos estén persiguiendo? —responde con su sarcasmo habitual, pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, puedo ver una chispa de algo distinto.

—El amanecer, Benítez. Me refiero al amanecer —replico, reprimiendo una sonrisa mientras desvío la mirada hacia el horizonte.

—Ah. —Se queda en silencio por un momento, y luego añade, con un tono más bajo—. Supongo que he visto cosas peores.

Es lo más cercano a un cumplido que puedo sacar de él, pero por ahora es suficiente.

Por un instante, el silencio del desierto parece envolvernos por completo. El viento sopla con suavidad, levantando pequeñas partículas de arena que se arremolinan alrededor de mis botas. A pesar de la calma aparente, hay algo en el aire que me pone inquieta, como si estuviéramos siendo observados.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —pregunto, intentando llenar el vacío.

—¿Esto? —pregunta señalándonos a ambos—. ¿Huir por mi vida con una periodista que se mete donde no la llaman? Déjame que piense. Lo tengo. Es la primera vez.

—Muy gracioso. Me refiero a… todo lo demás. Ser un hombre… de acción.

De nuevo, sin mediar palabra me toma por la cintura y me baja hacia el suelo. Su cercanía una vez más me deja sin aliento. Me deposita despacio sobre la arena, siento su pecho firme rozar el mío que se acelera por un motivo que me niego a aceptar.

Aunque estoy en el suelo, sus manos siguen sujetándome con firmeza. Trago saliva y ese es el detonante para que se aleje, abra el capó y empiece a revisar lo que sea que se revisa de un motor.

—Demasiado tiempo —responde tras tanto tiempo que había dado por terminada la conversación. Su voz no tiene el sarcasmo habitual, solo un cansancio que me resulta extraño.

Lo observo mientras trastea en el motor un rato más, luego lo cierra con un golpe seco, rebusca en la mochila una botella de agua, se apoya sobre el capó y se la lleva a los labios. Hay algo en su postura que parece más vulnerable, más humano. Quizás sea el cansancio o la soledad de este lugar, pero por primera vez siento que las barreras que suele alzar no son tan impenetrables.

—Rodrigo nunca hablaba mucho de su trabajo —digo, probando suerte—. Aunque alguna vez que otra dejó claro que confiaba en ti más que en nadie.

*«P*ero, ¿hasta qué punto puedo confiar yo? ¿Acaso estoy viendo al mismo hombre que él veía? », esa duda resuena en mi cabeza, dejo escapar un suspiro, estoy metida en esto hasta el cuello, supongo que ya es tarde para arrepentimientos o echarse para atrás. No me queda otra que llegar hasta el final.

Benítez me lanza una mirada fugaz, pero no responde. En cambio, saca un mapa arrugado y lo despliega sobre el capó del jeep.

—¿Qué pasó realmente en aquella misión? —me atrevo a preguntar, aunque sé que es arriesgado.

Su mandíbula se tensa de inmediato, y por un momento temo haber cruzado una línea. Pero en lugar de enfadarse, deja escapar un suspiro pesado.

—No es algo de lo que se pueda hablar así como así —dice, con un tono grave que me pone los pelos de punta—. Si alguien se entera de que siquiera lo mencionamos, es nuestra condena.

—¿Condena? ¿Por qué?

Él se inclina sobre el mapa, trazando con un dedo una ruta que apenas entiendo, como si necesitara ocupar sus manos para no dejarse llevar por sus pensamientos.

—Hay cosas que es mejor no saber, Valeria. Cosas que pueden destruirte si te acercas demasiado. Aquella misión fue... un desastre. Y no por accidente.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de un peso que no logro descifrar del todo. Quiero preguntar más, exigir respuestas, pero algo en su mirada me detiene. Hay una oscuridad

ahí, un dolor que parece demasiado grande para enfrentarlo en este momento.

Antes de que pueda decir algo más, un ruido distante corta el silencio. Ambos nos tensamos al instante, nuestras miradas dirigidas hacia la carretera polvorienta que acabamos de recorrer. Es el sonido inconfundible de un motor acercándose.

—¿Esperabas compañía?

—Nunca espero compañía —gruñe, ya en movimiento hacia el jeep para alcanzar su rifle.

El vehículo se acerca a toda velocidad, levantando una nube de polvo a su paso. No es un coche cualquiera. Desde aquí, puedo distinguir la silueta de una camioneta con varias figuras en la parte trasera. Están armados.

—Sube al jeep. ¡Ahora! —ordena con un tono que no deja lugar a discusión alguna.

Obedezco sin protestar, mi corazón late con fuerza mientras arranca el motor y da un brusco giro para ponernos en marcha. La camioneta acelera detrás de nosotros, y la persecución comienza.

—¿Quiénes son? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Gente que no queremos conocer.

Me reiría, parece que solo tiene tres o cuatro frases pregrabadas y las repite sin parar, pero no es momento para eso.

El jeep salta sobre las dunas, y cada sacudida hace que me aferre al asiento con más fuerza. El rugido del motor llena mis oídos, pero no es suficiente para ahogar el sonido de los disparos que comienzan a resonar detrás de nosotros.

Benítez maniobra con una habilidad que no deja de sorprenderme, esquivando los obstáculos con una precisión casi instintiva. Pero la camioneta sigue acercándose, y no puedo evitar mirar hacia atrás, donde las figuras armadas nos apuntan con sus rifles.

—¡Deja de mirar y agáchate, cojones! —grita Benítez, mientras una bala impacta en el suelo a pocos metros del jeep.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Es que siempre tiene que dispararnos? —El olor a metal caliente de motor se mezcla con el aroma acre de la pólvora, impregnando todo el aire que respiro.

Me inclino hacia adelante, cubriéndome la cabeza con las manos, pero mi mente no puede dejar de correr en círculos. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué quieren de nosotros? ¿Y qué tiene que ver todo esto con Rodrigo y aquella misión?

El terreno se vuelve todavía más traicionero, con rocas y dunas que hacen que el jeep salte y se tambalee peligrosamente. Pero Benítez no se detiene. Su enfoque es absoluto, sus movimientos precisos, como si cada decisión fuera una cuestión de vida o muerte. Y tal vez lo sea.

—¡Sujétate! —grita, girando con brusquedad el volante para tomar un desvío inesperado.

El jeep se adentra en un cañón estrecho, donde las paredes de roca nos ofrecen algo de protección contra los disparos. Pero la camioneta sigue detrás, implacable.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, mi voz temblando de pura adrenalina.

—Primero, sobrevivir. Luego, improvisamos.

No es precisamente tranquilizador, pero no tengo tiempo para quejarme. Otro disparo resuena, y esta vez el impacto en la parte trasera del jeep es inconfundible. El vehículo pierde algo de velocidad, pero Benítez no se detiene.

El cañón se abre a una pequeña planicie, donde un afloramiento rocoso se alza como una fortaleza natural. Benítez dirige el jeep hacia allí, y por un momento pienso que va a estrellarlo contra las rocas. Pero en el último segundo, da un giro brusco y detiene el vehículo detrás de una formación que nos oculta de la vista.

—Sal del jeep. Ahora. —Su voz es baja pero urgente.

Ambos bajamos a toda prisa, y me empuja hacia una grieta en las rocas mientras carga su rifle.

—Quédate aquí. No salgas hasta que te lo diga.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, mi voz apenas se parece a un susurro.

—Lo que sea necesario.

Y, con esa sentencia, se aleja dejando que el eco de sus pasos se pierda entre las rocas. Me quedo allí, sola, con el corazón

martillando en mi pecho y las palabras de Benítez resonando en mi mente: «Hay cosas que pueden destruirte si te acercas demasiado».

Capítulo 13 El Peso de la Noche

Benítez

La oscuridad envuelve las rocas como un manto pesado y el aire, seco y polvoriento, parece vibrar con cada paso que doy. He dejado a Valeria atrás, escondida en un saliente. Sus ojos, grandes como los de un animalillo asustado, no dejaron de seguirme mientras me alejaba. Esa mirada me pesa más que el rifle que llevo en las manos.

«Pase lo que pase, no salgas». Le he dicho eso como si fuera una orden sencilla. Sé que no lo es. El miedo la traicionará, intentará moverse, querrá gritar. Pero si me hace caso, tendrá una oportunidad.

El eco de sus palabras todavía retumba en mi cabeza: «¿Qué vas a hacer?».

«Lo que sea necesario», he contestado la verdad. Sin adornos.

A medida que me acerco, el sonido del motor en ralentí se hace más claro. También los murmullos. Me deslizo entre las rocas, tomando el rifle con ambas manos. El aire nocturno me enfría la piel, pero estoy acostumbrado. A esto, a la espera, al ruido sordo de mi corazón bombeando.

Desde aquí, puedo verlos. Tres hombres, dos en el suelo cerca del jeep y uno revisando la parte trasera del vehículo. Están hablando en afgano. Reconozco el acento del este, cerca de Jalalabad. Uno de ellos lleva un Kalashnikov, el otro una pistola. El tercero, desarmado, revisa algo en un papel que tiene en las manos.

—¿Está aquí? —pregunta uno, su voz áspera.

El que sostiene el papel niega con la cabeza, murmurando algo que no logro captar. Aprieto los dientes. No puedo dejarlos moverse más.

Avanzo en silencio, apoyándome contra las rocas, con el dedo rozando el gatillo. Calculo la distancia. Un disparo bien dirigido sería

suficiente para derribar al primero. Pero antes de actuar, escucho algo que congela mi sangre:

—La caja no puede caer en manos de nadie más —dice el hombre con la pistola.

«La caja».

Maldición.

Tomo aire, apuntando con cuidado, y disparo. El hombre armado con el Kalashnikov cae al suelo antes de que pueda girarse. Los otros dos reaccionan con rapidez. El que sostiene la pistola dispara hacia mi dirección, pero ya me he movido, usando una roca como cobertura.

—¡¿Te tsook?! [1]—grita en afgano.

—¡Marg![2] —grito a su vez. Quiero que le quede claro que soy la muerte y estoy de caza.

Me muevo entre las sombras, buscando una posición más alta. Otro disparo rebota en la roca a pocos centímetros de mi cabeza.

—No estás aquí por azar, ¿verdad? —su voz suena tensa, aunque también desafiante.

Me detengo, controlando mi respiración y respondo en afgano:

—No me interesa tu misión. Solo quiero respuestas.

El hombre se queda en silencio por un momento, como si estuviera evaluando mis palabras. Luego, ríe con una frialdad que me pone los pelos de punta.

—Entonces estás perdido, amigo. Lo que buscas te matará.

Aprovecho su distracción y disparo de nuevo. Su pistola cae al suelo y él retrocede sujetándose el brazo. El otro hombre, que hasta ahora se había mantenido fuera de mi vista, se lanza hacia el jeep. Le apunto, pero mi disparo falla y él desaparece detrás del vehículo.

Avanzo con cuidado, con el rifle preparado, pero el silencio me pone en guardia. Mis botas crujen contra la grava, y el eco de mis pasos parece multiplicarse.

—¿Quién eres? —pregunto en afgano, mi voz resonando entre las rocas.

El hombre herido se ríe de nuevo, aunque su respiración es entrecortada.

—Eres un perro viejo, eso es evidente. Pero no tienes idea de lo que estás haciendo, ¿verdad? —dice, con una mezcla de burla y desprecio.

—Tal vez no. Pero tengo el arma, y tú ya estás sangrando. Así que tómate tu tiempo para averiguar quién tiene ventaja.

Un sonido que llega desde atrás me hace girar, pero es demasiado tarde para reaccionar. El hombre que había desaparecido detrás del jeep se abalanza sobre mí, empujándome al suelo. Mi rifle se desliza fuera de mi alcance.

Rodamos por la grava, su cuchillo roza mi costado mientras intento desarmarlo. Él es más fuerte, pero yo soy más rápido. Con un movimiento brusco, giro sobre él, golpeándolo con el codo en la cara. Su nariz cruje y el cuchillo cae de su mano.

Lo golpeo de nuevo, esta vez en la sien, y su cuerpo se desploma. Me levanto de un salto, recuperando mi rifle justo a tiempo para apuntar al hombre herido, que intenta alcanzar la pistola en el suelo.

—Ni lo intentes —digo, esta vez en inglés.

El hombre levanta las manos, con una sonrisa torcida en su rostro.

—La caja no es tuya —dice, sus palabras un susurro venenoso —. No entenderás lo que contiene.

—Quizá no. Pero alguien quería que la encontráramos. Así que, ¿quién eres tú para decir lo contrario?

El hombre me observa en silencio, su mirada cargada de algo que no logro descifrar. Luego, sin previo aviso, mueve la mano hacia su cintura. Disparo antes de que pueda sacar lo que sea que lleva. Su cuerpo cae hacia un lado, inmóvil.

El silencio regresa, pesado y denso. Mis oídos zumban, y el olor a pólvora llena el aire.

Recojo la pistola del suelo y reviso los cuerpos con todos mis sentidos en alerta. Mis manos se mueven tan rápido como mi mente que no para de recordarme que si fallo la dejo sola. De recordarme que todo esto es una puta cuenta atrás abocada a terminar en un

desastre que no puedo permitirme. No solo por ella, se lo debo a Rodrigo. Encuentro un pequeño cuaderno en el bolsillo del hombre que sostenía el papel. Las páginas están llenas de anotaciones en un idioma que no reconozco, pero una palabra destaca: F-14.

Al lado, hay un símbolo: es una estrella de cinco puntas encerrada en un círculo, con líneas irregulares que cruzan desde el centro hacia los vértices, como si formaran una red. El trazo tiene algo de caótico, pero deliberado, como si quisiera transmitir algo más que una simple imagen. La observo por un instante, grabándola en mi mente. Hay algo inquietante en ella, algo que parece mirar hacia mí en lugar de al revés.



Guardo el cuaderno en mi chaqueta y me dirijo al jeep de los hombres. El motor todavía está caliente, y el tanque de gasolina está lleno. Una ventaja, al menos.

—Si para colmo llevan algo de agua y comida, nos ha tocado la lotería —murmuro rebuscando en las bolsas que llevan en el maletero.

—¡Bingo! —grito, no solo hay agua, también comida, algunas mudas limpias y armas y munición—. Así que tenían prevista que la caza durase un par de días —sigo hablando conmigo mismo. Sonrío cuando encuentro una vieja lata que contiene lo que parecen medicinas, vendas, unas pequeñas tijeras. Sé que a Valeria la caja es lo que más le va a gustar de todo.

Miro hacia el lugar donde la dejé. La imagino esperando, estoy seguro de que está enfadada, asustada o ambas cosas. No puedo culparla.

Arranco el motor y conduzco hacia ella. Es extraño, es la primera vez que tengo que volver a un lugar, a una persona…

Cuando llego, la encuentro acurrucada detrás de las rocas, con el rostro enterrado entre las manos. Al escuchar el motor

levanta la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas al verme.

—¡Idiota! —grita, levantándose de un salto y corriendo hacia mí—. ¡Pensé que estabas muerto!

Bajo del jeep, y antes de que pueda decir algo, ella me golpea en el pecho con los puños.

—¡Me dejaste sola! ¡No tenías derecho a hacerlo!

—Valeria... —intento calmarla, pero su furia no me deja.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¿Me oyes? ¡Nunca!

No hago nada, dejo que su rabia se agote, y cuando sus golpes pierden fuerza, la sujeto por los hombros.

—Estoy aquí, Plomo. Estoy aquí.

Ella me mira, con los ojos llenos de lágrimas, y por un momento, parece que va a decir algo. Pero en lugar de eso, me abraza. Me abraza con mucha fuerza, como si temiera que desapareciera, o que fuera una ilusión. Es… extraño y de alguna forma reconfortante.

No tengo claro qué decir, ni qué hacer, así que tan solo le devuelvo el abrazo. La sensación de su cuerpo temblando contra el mío me golpea de una forma que no esperaba.

Después de unos segundos, se aparta, limpiándose las lágrimas con la manga.

—¿Ganaste? —pregunta, con una mezcla de sarcasmo y preocupación.

—Creía que con verme lo tendrías claro —murmuro. Su mirada podría agujerearme el pecho con la fuerza de una bala de cañón—. Siempre gano, Plomo —respondo, intentando aliviar la tensión.

Ella me lanza una mirada incrédula, pero no dice nada más. Sus ojos están fijos en el nuevo todoterreno.

—¿Y esto?

—Un regalo inesperado —digo con una gran sonrisa—. Y hay más, ¿preparada?

—¿Preparada? ¿Podría estarlo contigo? —escupe.

—Supongo que no —afirmo con una sonrisa tan real que me resulta extraña. Hacía tanto que no lo hacía…

Abro el maletero y le muestro todo lo que he encontrado.

—¿Es real? —susurra tocando la comida, la ropa, el agua…

—¿Tienes hambre? —pregunto.

Gira la cabeza para encararme y supongo que por su expresión no esperaba verme sin camiseta. Pero la tentación de llevar una limpia ha sido tan tentadora que no he pensado en que le resultara incómodo verme sin ella.

—Estoy hambrienta —susurra con el aliento entrecortado.

Nos quedamos unos segundos sin hablar, ella no me quita la vista de encima. Se acerca y de pronto sus dedos, largos y suaves, se posan sobre la cicatriz más grande que tengo y joder, la recorren muy despacio.

¡Joder! ¿Está loca? ¿O el que estoy loco soy yo? Es la hermana de Rodrigo. «Y una mujer preciosa y valiente», susurra otra voz en mi cabeza, muy bajito, pero ahí está.

—El bazo —trato de decir de manera convincente, pero tengo la voz ronca, toda la fuerza la tengo ahora mismo acumulada entre las piernas.

—¿Y esta? —pregunta señalando otra que tengo en el costado.

—Un descuido —respondo.

—¿Y esta otra? —continúa con la tortura.

—Clasificado —susurro. Cojones, ¿acaso esa mujer no ve el esfuerzo de contención que estoy haciendo ahora mismo?

—¿Y…?

—Valeria —la corto tomándola de la mano. No sé si le ha sorprendido más mi tono o que la llame por su nombre—. Si vuelves a tocarme, no respondo. Advertida quedas.

Sus ojos se hacen más grandes, sus pupilas se dilatan, puedo ver el deseo en sus ojos, no es más que un reflejo del mío propio, pero no es el momento, ni el lugar, puede que ni la persona indicada…

—Lo siento —susurra tras un rato. No sé qué cosas han pasado por su mente, pero al final ha ganado la cordura.

—Mira dentro de la lata —indico para cambiar de tema.

—¡Joder! ¿Son vendas? —afirmo—. Vale, vamos a ver esa herida.

Me siento en la parte trasera, sigo sin camiseta, sin embargo, ella no parece mirarme, no como hace un momento. Limpia la herida con agua, y luego pone alcohol. Cuando cree que la ha dejado decente, toma la venda y la pasa alrededor de mi brazo. Una vez, otra vez, y otra más… sentir sus dedos sobre mi piel es una tortura que nunca antes había sentido. Creo que la peor por la que he pasado, pero aprieto los dientes y me jodo.

—Listo, ya puedes ponerte la camiseta —ordena.

Comemos algo de la comida que hay en la bolsa, bebemos agua y ella se va tras las rocas para cambiar su camiseta. Miro de reojo, como un vulgar mirón, y veo de refilón la piel clara de su espalda.

Cuando está lista, subimos al jeep y mientras conduzco tratando de pensar solo en la carretera y no en ella, siento su mirada fija en mí.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando me resulta insoportable.

—Nada. Solo... gracias por volver.

No respondo. Porque, aunque lo he conseguido esta vez, una parte de mí sabe que es algo que no siempre puedo prometer.

El jeep avanza por la noche, dejando atrás los cuerpos y las preguntas sin respuesta. Pero en el bolsillo de mi chaqueta, el cuaderno parece arder como una advertencia silenciosa. La caja, la misión, todo esto es mucho más grande de lo que imaginaba. Y Valeria está en el centro de ello, me guste o no.

Capítulo 14 Ecos en la penumbra

Valeria

Seguimos avanzando, el sonido del motor empieza a cansarme, aunque este vehículo hace mucho menos ruido, y se tambalea menos que el otro, todavía siento el crujir de las ruedas sobre la grava.

Sigo temblando, la noche es oscura como boca de lobo y el horizonte parece dispuesto a devorar cualquier destello que se atreva a brillar. El aire dentro del vehículo es pesado, cargado de adrenalina y de todas las preguntas que no me atrevo a hacer.

Entre ellas qué sucedió con esos hombres. Lo imagino, no soy tan inocente, pero ¿cómo? ¿Averiguó algo que no me ha contado? ¿Eran los mismos que nos han perseguido desde la cueva o tenemos más frentes abiertos? ¿Volverá a cambiarse de camiseta? Vale, ese pensamiento se ha colado sin permiso.

Él no ha dicho nada, tan solo puedo escuchar su respiración tranquila y darme cuenta de que su mirada no se ha despegado ni una sola vez del camino frente a nosotros, quizás su mente está en otro lugar. Lo cierto es que en este breve tiempo que en realidad llevamos juntos me ha dado tiempo suficiente para conocerlo lo bastante como para notar que no está relajado, aunque lo finja; su postura es demasiado tensa, aprieta el volante con fuerza y su pecho sube y baja de manera forzada, como si hiciera un esfuerzo por controlarlo.

Está haciendo lo imposible por calmarse, pero algo le preocupa. A mí también. En realidad, tantas cosas que me acojona pensar en ellas.

—Deberíamos parar —digo, rompiendo el silencio que nos envuelve como un manto opresivo.

Benítez no responde de inmediato. Solo levanta la vista hacia el retrovisor antes de hablar.

—No aquí. No ahora.

La firmeza de su tono me molesta, pero decido no insistir. No por miedo, sino porque, pese a todo, confío en su instinto. Si dice que no es seguro, es porque sabe algo que yo no.

El cuaderno. Ese maldito cuaderno que guarda en el bolsillo de su chaqueta y que se niega a compartir conmigo. Lo vi hojearlo a toda prisa antes de que saliéramos y desde entonces no puedo dejar de pensar en lo que contiene. Esos códigos, esos símbolos… Rodrigo. Todo parece estar conectado, pero no tengo las piezas suficientes para armar el rompecabezas.

—¿Vamos a hablar de ello? —pregunto, fijando la vista en él.

—¿De qué?

—Del cuaderno. Del símbolo. De por qué estamos aquí, huyendo como si tuviéramos una diana pintada en la frente.

Benítez frunce el ceño, pero no aparta los ojos del camino.

—Es que la tenemos, todavía no te ha quedado claro, pensé que después del segundo tiroteo era algo que no tenía que decir —suelta en su habitual tono que ha regresado para quedarse, al parecer—. Lo único que importa ahora es que sigamos vivos.

—Eso no responde mi pregunta.

—Porque no es el momento de responderla.

Resoplo, frustrada, y cruzo los brazos.

El vehículo se tambalea y siento cada golpe como un recordatorio de que mi cuerpo no está hecho para esto. Tengo el culo reventado y no de la manera en la que me gustaría. Por el contrario, Benítez no parece afectado; sus manos firmes en el volante y esa expresión de concentración eterna me hacen preguntarme si alguna vez se permite bajar la guardia. En realidad, conozco la respuesta, he sido testigo de que no tiene, precisamente, sueños agradables.

El aire está impregnado del olor de la arena caliente y el motor, mezclado con un nuevo aroma y esa tensión invisible que nos sigue desde… desde que nos vimos por primera vez. El cielo, cada vez más oscuro, empieza a llenarse de estrellas, y por un momento

me distraigo mirando su inmensidad. Es un contraste extraño: la belleza del universo arriba y la amenaza constante aquí abajo.

—¿Dónde estamos? —interrogo.

—En mitad de la nada.

—¿Y cuánto falta para salir de esta nada? —insisto.

No me mira, pero sé que me ha oído. Tarda unos segundos en responder, como si estuviera evaluando cuánto compartir.

—Depende de cómo nos encontremos el camino —murmura.

Justo en ese momento, el jeep se detiene de golpe, lanzándome hacia adelante. Me sujeto al salpicadero, sorprendida.

—¿Qué demonios...? —empiezo, pero me callo al ver lo que nos ha hecho frenar en seco.

—El fin de la nada —anuncia.

Una enorme roca bloquea el camino, su superficie rugosa es iluminada por los faros del jeep, cortando nuestro paso como una barrera infranqueable.

—¿Y ahora qué? —pregunto, aunque ya me imagino la respuesta.

Benítez suspira, apagando el motor. Sale del jeep sin decir nada y se acerca a la roca, inspeccionándola con cuidado. Yo lo sigo, sintiendo la arena bajo mis botas y el viento frío que empieza a levantarse.

—No vamos a mover esto —afirma, cruzando los brazos.

—Entonces tendremos que rodearla. ¿Podemos hacerlo en el jeep?

Él niega con la cabeza, señalando el terreno a nuestro alrededor. Las rocas son demasiado grandes, y el espacio demasiado estrecho para maniobrar.

—Seguiremos a pie.

—¿A pie? —repito incrédula—. ¿Y el jeep?

—Se queda aquí. No podemos perder tiempo buscando otra ruta.

Quiero protestar, pero algo en su tono me detiene. No hay lugar para la discusión. Regresamos al coche para recoger lo esencial: agua, comida, las armas. Cada movimiento suyo es

metódico, mientras que yo me siento torpe, como si nunca hubiera empacado una mochila en mi vida.

—¿Cuánto tenemos que caminar? —pregunto mientras ajusto las correas de la mochila.

—Unas horas, con suerte.

Su respuesta no es muy alentadora, pero no tengo más opción que seguirlo. Deja el vehículo bajo una formación rocosa que lo oculta en parte como si quisiera protegerlo de miradas indiscretas. Luego, comenzamos a caminar.

El ascenso por la montaña de noche es un lugar diferente. El frío penetra por cada una de las costuras de mi ropa y el silencio es casi absoluto, roto por el crujido de nuestras pisadas y por los sonidos que emiten lo que sea que vive aquí. Las estrellas iluminan el camino, pero la oscuridad entre nosotros y el horizonte es densa, como un velo que parece absorberlo todo: el sonido de nuestras pisadas, el frío que se filtra por mi ropa, incluso mi respiración. Es como si este lugar tuviera su propio ritmo, uno lento y pesado que intenta arrastrarme con él.

Me pregunto si Rodrigo habría sentido lo mismo, si en algún momento habría pensado en detenerse o retroceder. Pero él nunca lo hacía, nunca se rendía. Miro a Benítez. Su silueta recortada contra la noche es como un recordatorio inmutable de que no estamos solos en esto, aunque a veces parezca que carga con todo el peso del mundo él solo.

—Esto es... inquietante —murmuro, más para mí misma que para él.

—Es la montaña. Siempre lo es.

Su respuesta es tan simple y directa que no puedo evitar sonreír. A pesar de todo, su presencia es, de manera extraña, tranquilizadora. No sé si es porque parece saber siempre qué hacer, o porque no parece temer nada. Tal vez ambas cosas.

Un crujido a lo lejos interrumpe el silencio, haciéndome detener en seco. Giro la cabeza, tratando de identificar el origen del sonido, pero todo lo que veo es la negrura interminable entre los árboles.

—¿Lo has oído? —susurro, mi voz más baja de lo que esperaba.

Benítez asiente, levantando la mano para indicarme que no me mueva. Permanece inmóvil durante unos segundos, los ojos fijos en la dirección de donde vino el sonido, pero sacude la cabeza y continúa caminando.

—¿Qué era? —susurro, mi corazón todavía golpeando contra mi pecho.

—Nada que nos vaya a atacar ahora —responde, aunque su tono no me tranquiliza.

—¿Siempre has sido así? —pregunto después de un rato.

Él me lanza una mirada de reojo, como si no entendiera a qué me refiero.

—¿Así cómo?

—Frío. Calculador. Como si nada te afectara.

Por un momento, creo que no va a contestar, pero lo hace.

—Aprendes a serlo cuando lo necesitas.

—¿Y cuándo no lo necesitas?

Su silencio es bastante respuesta. Decido no insistir, aunque su evasiva solo alimenta mi curiosidad.

Caminamos en silencio por lo que parecen horas. Cada tanto, Benítez se detiene, levantando una mano para indicarme que me quede quieta. Escucha, observa, y luego sigue adelante.

Por fin, llegamos a un terreno más elevado. Desde aquí, puedo ver cómo el bosque en la montaña se extiende en todas direcciones, una manta interminable de sombras y árboles. Atrás el desierto todavía visible. No diré que lo extraño.

Benítez se detiene, evaluando el paisaje.

—Acamparemos aquí —anuncia.

—¿Aquí? ¿No deberíamos buscar algo más... protegido?

—Es lo mejor que tenemos. Además, desde aquí podemos ver si se acerca alguien.

—O un oso, un lobo, un… —empiezo a enumerar.

—Plomo, ¿vas a enumerar toda la fauna que conoces? —masculla—. Acamparemos aquí —repite.

Sé que, de alguna forma que no logro entender, tiene sentido, aunque la idea de dormir en un lugar tan expuesto no me entusiasma. Comenzamos a preparar el campamento. Él arma una pequeña fogata mientras yo extiendo las mantas sobre el suelo. El frío se hace más intenso, y me envuelvo en mi chaqueta, acercándome al fuego para calentarme.

—¿Tú no duermes nunca? —pregunto mientras lo observo ajustar el rifle junto a él.

—Alguien tiene que vigilar.

—Podemos turnarnos.

Él me mira como si acabara de decir algo ridículo.

—Duérmete, Plomo. Mañana será un día largo.

—¿Y cuándo no lo es? —mascullo dedicándole una mirada que me gustaría que tuviese el poder de derretirlo, unos rayos láser o algo así.

El fuego cruje, o eso me digo, pero por si acaso me acerco a él un poco más, envolviéndome en la manta para evitar que el frío siga colándose por mis huesos, también intento mantener lejos los susurros, los ecos y esa maldita sensación de que algo nos observa desde las sombras.

—Duerme —ordena de nuevo.

—Ojalá fuera tan sencillo —susurro, no dice nada, aunque gira un poco la cabeza en mi dirección—. Benítez…

Él no responde, sigue limpiando o montando el rifle del que nunca se separa. Saco mi móvil y, sin pensarlo demasiado, desbloqueo la pantalla. Las imágenes, los mapas, los documentos… todo sigue ahí, tan confuso y frustrante como la primera vez que los vi. Se los tiendo.

—Míralos otra vez. Quizá encuentres algo que yo no pueda ver.

Toma el móvil con una mano, sus dedos rozan los míos y un escalofrío me recorre la columna vertebral, lo ignoro y me centro en cómo examina la pantalla con esa concentración que parece definirlo. Me inclino hacia él, señalando una de las fotos a la que no le quita la vista de encima.

—Esta es la estrella, ¿verdad? La del cuaderno. —Mi voz es casi un susurro, como si temiera romper el hechizo de la noche.

Benítez asiente despacio y tras un pesado suspiro, saca el cuaderno de su chaqueta. Lo abre por la página del símbolo, colocándolo junto al móvil para comparar las imágenes.

—Es la misma. —Su tono es seco, pero hay algo en su mirada, algo que no dice.

—¿Qué significa? —insisto, buscando en su expresión alguna pista.

—Es una marca. Un recordatorio de algo que nunca debió salir a la luz. —Sus palabras son un eco de algo más profundo, más oscuro.

—Rodrigo… él lo descubrió, ¿verdad? —pregunto, incapaz de evitar que mi voz tiemble un poco.

Benítez cierra el cuaderno con un chasquido, como si la conversación le resultara incómoda.

—Sí.

—Y por eso lo mataron —afirmo.

El peso de esas palabras lo dejan sin aliento por un momento, a mí también. Trago saliva y giro la cabeza hacia las llamas, como si en ellas pudiera encontrar alguna respuesta.

—¿Había alguien en su vida? —pregunto de repente, rompiendo este silencio que se ha vuelto insoportablemente fuerte.

—¿Te refieres a una mujer? —. Benítez frunce el ceño, como si tan solo la idea le resultara extraña. Asiento—. No lo sé. Rodrigo no era de los que compartieran cosas así. Pero… —hace una pausa, mirando las estrellas por un instante antes de volver a mí—. ¿Quién querría estar con un hombre condenado a muerte?

La dureza en sus palabras me golpea. Quiero decir algo, contradecirlo, pero no puedo porque, en el fondo, sé que no es más que la verdad.

—Tú no eres como él —murmuro, casi para mí misma.

Benítez suelta una risa breve, sin humor, mientras deja el cuaderno junto al rifle.

—No, Plomo. Soy peor. No te imaginas cuánto.

El silencio se instala entre nosotros de nuevo, cómodo. Me recuesto un poco, sin darme cuenta de lo cerca que estoy de él hasta que mi hombro roza el suyo. Él no se aparta. Y yo tampoco.

—Intenta descansar, tienes que estar cansada —dice después de un rato, su voz suena más suave de lo habitual.

—Un poco. —No lo niego. Sigo inquieta, pero hay algo en su cercanía, en el calor que irradia su cuerpo que me hace sentir segura.

El sueño empieza a vencerme y antes de darme cuenta mi cabeza se apoya en su hombro. No sé por qué lo hago, creo que el cansancio, el frío y su cercanía se han aliado para empujarme hacia él. Apoyo la cabeza en su hombro, esperando que se aparte, que me rechace, pero no lo hace y es… es como si el mundo entero se detuviera por un momento. Inmóvil. Tan solo el rítmico sonido de su respiración.

El viento sopla suave, levantando pequeñas chispas del fuego que bailan hacia el cielo estrellado. El frío sigue ahí, aunque pierde intensidad, como si la presencia de su cuerpo lo ahuyentara.

—Andrés —susurro.

—¿Sí?

—Gracias… —no dice nada—, por recordarme que no estoy sola en esto.

—Duerme, Plomo, mañana será un día largo…

Hay algo en su tono, una mezcla de determinación y seguridad, que me tranquiliza. Me aferro a esa certeza momentánea para espantar todas esas imágenes que se empeñan en bombardear mi tranquilidad.

Justo antes de rendirme al sueño, las últimas palabras de Benítez resuenan en mi mente: «Mañana será un día largo». Y no puedo evitar preguntarme si estaremos listos para enfrentarlo.

Capítulo 15 Un Respiro

Valeria

El amanecer lo transforma todo. Lo que anoche era un paisaje intimidante y plagado de sombras se convierte, bajo la luz dorada de los primeros rayos de sol, en un cuadro casi idílico. Las montañas, que parecían gigantes vigilantes en la oscuridad, ahora se bañan en tonos cálidos, y el río que serpentea entre las rocas refleja el cielo con destellos de naranja y rosa. Es como si la naturaleza misma nos regalara un breve respiro, una tregua silenciosa antes de volver al caos.

Me detengo a observarlo, a llenarme de esa calma efímera. Es un contraste brutal con la tensión constante de los últimos días, un recordatorio de que, incluso en medio de la incertidumbre, hay belleza.

—¿Piensas quedarte ahí embobada todo el día? —La voz de Benítez me saca de mi ensoñación. Su tono tiene ese deje sarcástico que ya empiezo a reconocer como un intento fallido de bromear.

—Si me dejas disfrutar un minuto sin tus comentarios, puede que sí —respondo, mirando por encima del hombro. Trato de sonar despreocupada, aunque no puedo evitar sonreír apenas.

Él, por supuesto, no lo nota o no le importa. Está demasiado ocupado recogiendo ramas secas para encender un fuego. Su rifle descansa cerca, como una extensión más de su cuerpo. Incluso aquí, en este rincón de paz, no baja la guardia. Es curioso cómo hemos cambiado: yo, buscando cualquier rastro de normalidad, y él, atrapado en un estado perpetuo de alerta.

Me acerco al río y dejo que el agua helada refresque mis manos. El contacto es revitalizante, una sacudida que me despierta del letargo del cansancio. Miro mi reflejo en la superficie y apenas me reconozco. Hace semanas, nunca habría imaginado estar aquí, al filo de lo desconocido, con un hombre como Benítez. Ahora... tampoco sé qué pensar.

—No te alejes mucho —ordena. Esta vez su voz está más cerca. Al girarme, lo veo de pie a pocos metros, observándome con esa mezcla de irritación y preocupación que parece ser su estado natural conmigo.

—¿Qué crees que voy a hacer, tirarme al río y escapar nadando? —respondo con un tono que intenta ser ligero, aunque la tensión de los últimos días todavía pesa en mi voz—. Además, no estoy lejos. Relájate, Benítez. Aquí no hay nadie más que tú y yo.

—Eso crees tú. —Se agacha para recoger más ramas, pero no aparta la mirada del entorno. Sus ojos recorren cada rincón, como si esperara que algo o alguien saltara de las sombras en cualquier momento. Es agotador solo verlo.

—¿Siempre tienes que arruinar el momento? —digo, cruzándome de brazos.

—Eso depende. ¿Siempre tienes que ponerte en peligro? —replica, con una sonrisa apenas perceptible que suaviza el impacto de sus palabras.

Lo observo un instante, buscando alguna respuesta ingeniosa, pero antes de que pueda decir nada, él ya está quitándose las botas y remangándose los pantalones.

—¿Qué haces? —pregunto, confundida.

—Consiguiendo algo mejor que esa lata para desayunar. —Señala el río con la barbilla y deja las botas a un lado. Antes de entrar, se remanga los pantalones y se quita la camiseta con un movimiento deliberado, dejándola caer sobre una roca cercana. Las gotas de agua del río, que salpican su piel mientras camina, parecen brillar bajo la luz del amanecer.

Su espalda, marcada por cicatrices que cuentan historias que nunca compartirá, me atrapa por un instante. Es como si su cuerpo fuera un mapa de los lugares a los que ha sobrevivido. Desvío la mirada antes de que se dé cuenta, como si eso pudiera ocultar esta curiosidad que siento por él y que cada día crece un poco más.

No puedo evitar mirarlo. Es imposible no hacerlo. Su cuerpo es tan fuerte como su actitud: músculos definidos, cicatrices que cuentan historias y una confianza que parece innata. Desvío la mirada con rapidez, intentando parecer indiferente.

—¿De verdad es necesario presumir de figura? Porque calor, lo que se dice calor, no hace. —Cruzo los brazos, tratando de no sonar impresionada.

Benítez me lanza una mirada de reojo mientras entra al agua.

—No estoy presumiendo, Plomo. Esto es trabajo. Pero si te distraigo, lo siento. —Su tono tiene un toque divertido que no esperaba y acompaña el gesto encogiendo los hombros.

Resoplo, contengo las ganas de sacarle la lengua como si fuera una colegiala, y me siento en una roca cercana, fingiendo desinterés. Sin embargo, lo observo de reojo mientras se adentra en el río. Su habilidad para moverse con precisión incluso en un entorno así es impresionante. El agua apenas llega a sus rodillas, pero se mueve con cautela, como un depredador acechando a su presa. No puedo evitar pensar qué clase de depredador sería si la presa fuera yo...

—¿Siempre haces todo con tanta seriedad? —pregunto después de un rato.

—Solo cuando hay comida de por medio. —La sonrisa en su voz es evidente, aunque no me mira.

Unos minutos después, con un movimiento rápido, lanza su cuchillo al agua y lo saca con un pez agitándose al extremo de la hoja. Lo levanta triunfante y me lanza una mirada que casi parece un desafío.

—¿Ves? Trabajo en equipo. Tú miras, yo pesco.

—Muy gracioso. —Aplaudo con extremada lentitud, exagerando mi gesto—. Ahora solo falta que lo cocines, chef.

Benítez regresa a la orilla, dejando el pez sobre una roca. Con calma, toma la camiseta y la pasa por su torso, moviéndose como si no tuviera prisa alguna. Las gotas que quedan en su piel se mezclan con la tela, dejando manchas oscuras mientras me observa de reojo. Es un gesto sencillo, pero hay algo en la manera en que lo hace que consigue acentuar su presencia, como si supiera exactamente el efecto que tiene.

—Espero que tengas mejor actitud cuando lo pruebes. —Se dirige al campamento con el pez en una mano y su cuchillo en la otra, como si esto fuera lo más normal del mundo.

No puedo evitar reír para mis adentros mientras lo sigo. Su manera de ser, por momentos tan exasperante, tiene un extraño encanto que empieza a resultarme difícil de ignorar.
De regreso en el campamento, él prepara el fuego mientras yo observo, intentando no estorbar. El aroma del pescado asado pronto llena el aire, y mi estómago ruge en respuesta.

—No es mucho, pero servirá. Además, seguro que es mejor que esa porquería de lata que no dejamos de comer. —Me tiende una porción, y esta vez no hago ningún comentario sarcástico. Estoy demasiado hambrienta para ello.

Nos sentamos en silencio, dejando que el sonido del río llene los espacios entre nosotros. Es un silencio diferente, menos pesado, casi... cómodo. Por un momento, puedo imaginar que esto es normal, que somos dos personas cualquiera compartiendo una comida en mitad de la nada.

—¿Por qué sigues haciéndolo? —pregunto de repente. No lo planeé; las palabras simplemente salen de mi boca.

Benítez me mira con una ceja levantada.

—¿Haciendo qué?

—Esto. Todo esto. Ayudarme, arriesgarte. No tienes por qué hacerlo. ¿Lo sabes, verdad?

Se queda en silencio, y por un segundo, pienso que no va a responder. Pero entonces deja su comida a un lado y me mira directamente, con una intensidad que casi me obliga a desviar la mirada.

—No es por ti, Plomo. Es por él. Rodrigo. Se lo debo.
El peso de su respuesta me deja sin palabras. Bajo la mirada a mis manos, jugueteando con mi porción mientras digiero lo que acaba de decir.

—¿Sabes? No pude conocerlo mucho, es cierto, pero algo me dice que él habría hecho lo mismo por ti —afirmo, con voz baja —. Me da la sensación de que sois iguales.
Benítez suelta una risa breve y amarga.

—Para nada. Él era mejor que yo. Siempre lo fue. —Sus palabras tienen un filo que no había escuchado antes, un matiz de autodesprecio que me resulta difícil de ignorar.

—No creo que seáis tan diferentes. —Lo digo en voz baja, pero con convicción. Y aunque no lo mire, siento que mis palabras lo han alcanzado.

—Créelo, Plomo, yo soy mucho peor que él. Rodrigo creía en las personas, en que valía la pena arriesgarse por algo más grande que uno mismo. Yo... no.

—¿Entonces en qué crees? —insisto, intrigada.

—En sobrevivir. Nada más.

Sus palabras son un golpe seco y, por un momento, el peso de su visión del mundo me resulta asfixiante. Me concentro en el fuego, dejando que el calor de las llamas alivie algo de esa tensión invisible que parece rodearnos siempre.

El fuego chisporrotea, llenando el aire con su calor y el aroma a madera quemada. Benítez observa el horizonte, su rifle descansando junto a él, mientras yo reviso el equipo, asegurándome de que todo esté listo para seguir adelante. El amanecer ya se ha asentado, y con él, la urgencia de movernos.

—No podemos quedarnos aquí mucho más —dice, rompiendo el silencio.

—Lo sé —respondo sin mirarlo.

Revisamos las pocas provisiones que nos quedan, recogemos el equipo y apagamos el fuego con rapidez. El río sigue su curso imperturbable mientras comenzamos a caminar de nuevo, dejando atrás el breve respiro que el amanecer nos había ofrecido.

El día avanza, y aunque el calor del sol reemplaza el frío de la mañana, la sensación de urgencia sigue presente. Me siento junto al fuego, observando a Benítez mientras repasa un mapa arrugado, sus ojos fijos en las líneas como si estuviera memorizando cada detalle.

—Tenemos que movernos hacia el este —dice, trazando con el dedo una ruta sobre el papel—. Este sendero nos mantendrá cerca del río, pero también lo bastante alejados de cualquier patrulla.

Me inclino para mirar el mapa, intentando seguir su lógica.

—¿Y si en lugar de eso tomamos este desvío? —Señalo otra ruta más directa en el mapa. Benítez frunce el ceño y me dedica una de esas miradas que parecen atravesarte.

—Es más arriesgado. Menos cobertura, más probabilidades de que nos vean. —Parece que ya ha decidido.

—O menos predecible. Si alguien nos sigue, no pensará que tomaríamos el camino más obvio. —Me cruzo de brazos, manteniéndole la mirada. Por un instante, su rostro es ilegible. Entonces asiente con un gesto breve.

—De acuerdo. Pero si algo sale mal, no te quejes después.

—Nunca me quejo —respondo con una sonrisa que lo hace resoplar.

Sonrío, satisfecha por haber tenido al menos un pequeño voto de confianza. Mientras apagamos el fuego y recogemos nuestras cosas, siento que el caos de los últimos días se hace un poco más llevadero. Con un plan en mente, todo parece menos desesperado.

El río sigue su curso, indiferente a nosotros. Mientras nos adentramos en el sendero, cada paso nos aleja del respiro fugaz del amanecer y nos lleva más cerca de lo desconocido. No sé qué nos espera al final, pero la certeza de que no estoy sola hace que todo sea un poco más soportable.

Capítulo 16 Contra el Agua y el Fuego

Benítez

El camino que creí despejado se transforma en un infierno de lodo y piedras apenas unas horas después de dejar el campamento. Las lluvias recientes han convertido esta zona en un pantano resbaladizo. Cada paso se siente como una lucha contra el terreno, y el barro amenaza con tragarnos vivos. Maldigo entre dientes mientras avanzo con cuidado, evaluando cada metro como si fuera una trampa.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Valeria detrás de mí.

—¿Qué parece que pasa? —respondo, señalando el desastre frente a nosotros. La ruta está intransitable, y el agua del pequeño riachuelo que cruza el camino se ha acumulado, formando charcos profundos que podrían ocultar cualquier cosa.

Ella se inclina hacia adelante, evaluando el terreno con una mirada crítica.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

—Seguir. No queda otra. —Tomo aire, ajusto la mochila y comienzo a moverme—. Recuerda que te advertí que si algo salía mal no podías quejarte —aviso.

Ella me mira con los ojos abiertos de par en par y puedo ver cómo traga con dificultad la queja que quería soltar. Sonrío. Es fácil con ella.

El camino que eligió parecía una buena idea sobre el mapa, pero la realidad es que es un maldito desastre. El suelo se hunde bajo las botas, por lo que cada paso necesita más esfuerzo del necesario y el riachuelo que nos acompaña parece retorcerse en una diabólica sonrisa con la intención de fastidiarnos el día.

Miro de reojo a Valeria para asegurarme de que sigue detrás de mí, hace mucho rato que no la escucho resoplar. La observo durante un segundo, ella parece ajena a mi mirada, la veo haciendo malabares

para mantener el equilibrio. Su mochila parece muy pesada para su menudo cuerpo.

—¿Estás bien, Plomo?

—De maravilla. Además, he de confesar que es la primera vez que estoy de acuerdo con lo de ser un plomo, al menos, parece que peso como uno…

—¿Todavía no te has dado cuenta de que siempre tengo razón?

—¿Sabes que estadísticamente eso no es posible, verdad, soldadito?

Sonrío de nuevo, es tan fácil picarla y que salte…

—¿De verdad hay gente que paga para ponerse esto en la cara y en el cuerpo? No te rías y dime cuánto falta para salir de esto —espeta.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si el terreno deja de intentar matarnos.

Su resoplido es audible incluso con el sonido del agua corriendo junto al sendero. Aprieto los dientes para contener una sonrisa. Me detengo unos metros más adelante, evaluando el riachuelo que se ensancha frente a nosotros. El agua no parece demasiado profunda, pero la corriente es lo bastante fuerte como para arrastrar a alguien si se confía demasiado.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Valeria, deteniéndose a mi lado.

—El camino está intransitable. —Señalo el agua que nos corta el paso.

Ella se inclina hacia adelante, evaluando la escena. Al otro lado, el terreno parece más estable, menos embarrado, pero llegar hasta allí es otro asunto.

—¿Qué hacemos? —pregunta, esta vez con algo de cansancio en la voz.

—Cruzar.

—¿Por ahí? —Señala las rocas que sobresalen del agua, formando un puente natural.

—¿Ves otra opción? —respondo, inclinándome para evaluar la firmeza de las piedras más cercanas.

Valeria no responde, pero su expresión lo dice todo. Antes de que pueda comentar algo más, empiezo a cruzar, probando cada roca con cuidado antes de avanzar.

—Ten cuidado —murmura detrás de mí, aunque es evidente que se lo dice a sí misma.

—Pisa justo donde yo pise —ordeno.

El cruce es más complicado de lo que esperaba. Las rocas están húmedas, cubiertas de musgo, y resbalan bajo mis botas. A mitad de camino, el sonido de algo moviéndose en el agua me hace girar la cabeza. Un tronco desciende río abajo, chocando contra las rocas con un estruendo que reverbera en el aire.

—¡Cuidado! —grito, justo cuando el impacto hace temblar las piedras bajo mis pies.

Valeria pierde el equilibrio. Sus manos se extienden hacia los lados, buscando algo a lo que aferrarse. En un movimiento instintivo, me giro y la sujeto por el brazo antes de que caiga al agua.

—¿Estás loca? Te dije que tuvieras cuidado.

—¿Crees que no lo estoy intentando? —responde con la voz temblorosa, recuperando el equilibrio—. Ni que hubiese yo lanzado el tronco… —farfulla.

—Pues parece que no es suficiente.

—Pues es lo que hay.

—No, no es lo que hay —rujo y sin que lo espere, la tomo por sorpresa por las piernas y la cargo sobre mi hombro.

Su grito resuena tan fuerte que escucho algunos pájaros huir espantados.

—¿Estás loco?

—Eres lenta, ¿aún no te habías dado cuenta?

—Bájame.

—Ni de coña, es más seguro así y tardaremos menos.

Continúo cruzando por el río, asegurando cada paso para no caer.

—Esto es ridículo —dice ella, rompiendo el silencio.

—¿El qué? Hay tantas cosas que me cuesta adivinar a qué te refieres.

—A que me lleves así, como si fuera un saco de patatas mal atado.

—Es lo que hay. No te quejes, que cada vez que lo haces pesas más.

—Te odio. Odio todo esto.

—Ah, sí, ¿has tenido que llevar a muchos hombres así?

—A alguno —susurro.

La dejo sobre tierra firme, a salvo, y respiro con un poco más de tranquilidad. Ella me mira, y por primera vez en mucho tiempo se ríe. Es una carcajada breve, nerviosa, real. De esas que se cuelan dentro y te contagian.

—¿Qué? —pregunto, incapaz de evitar una pequeña sonrisa.

—Nada. Es solo que... nunca pensé que encontraría algo divertido en una situación como esta.

—¿Y qué es tan divertido?

—Tú —responde con otra carcajada.

—Pues disfrútalo mientras dure. Porque dudo que tengamos muchas más oportunidades de reírnos.

—Estoy disfrutando cada segundo, soldadito —afirma dando un par de pasos hacia atrás para dejarme salir del agua.

—Yo no —mascullo.

—Escucharte decir eso, hace que disfrute más.

Ignoro su comentario y avanzo unos metros, evaluando la profundidad del agua. Es más de lo que esperaba. Maldigo otra vez.

—¿Qué esperabas? —dice Valeria detrás de mí, con una sonrisa que apenas puedo ver, pero sé que está ahí.

—¿Perdona?

—Solo digo que pensé que estabas acostumbrado a lidiar con problemas peores que este sobre el terreno. —Su tono es ligero, pero hay algo en sus palabras que me golpea.

—¿Tú no estás acostumbrada a caminar sobre el barro? Diría, por tu profesión que sí, pero no lo parece —espeto, volviendo a mirarla.

Ella se detiene, clavándome los ojos. Esos ojos grises que a veces me recuerdan más a un día tormentoso que a una persona.

—¿Por qué siempre tienes que ser así? —pregunta, cruzando los brazos.

—¿Así cómo?

—Hostil. Como si todo el mundo fuera tu enemigo. Como si yo fuera tu enemiga.

Sus palabras me toman por sorpresa. No porque no lo haya pensado antes, sino porque no esperaba que lo dijera en voz alta. Respiro hondo, intentando controlar el impulso de responderle de la misma manera.

—No eres mi enemiga, Plomo. Pero tampoco eres mi aliada. Eres... una variable que no puedo controlar.

—¿Eso crees? ¿Que no puedes controlarme? —Da un paso hacia mí, y por un momento, su voz baja hasta no ser más que un susurro—. No quiero que me controles, Benítez. Quiero que confíes en mí. Al menos un poco. No olvides que estamos juntos en esto, para bien o para mal.

Sus palabras me dejan sin respuesta. Porque, aunque no quiera admitirlo, tiene razón. No confío en ella. No porque crea que me va a traicionar, sino porque no sé si puedo permitirme confiar en nadie.

Antes de que pueda responder, un crujido que llega desde la espesura del bosque me alerta y la asusta, haciendo que su pie resbale en el barro. Sin pensarlo, la sujeto por el brazo y tiro de ella hacia mí. Su cuerpo choca contra el mío, y por un momento, todo lo demás desaparece: el sonido del agua, el frío que cala hasta los huesos, ese sonido que es una alerta gritando peligro, incluso la tensión constante entre nosotros. Solo están sus ojos, abiertos de par en par, y la respiración entrecortada que me roza el cuello.

—¿Qué pasa? —pregunta en un susurro.

—No estamos solos —murmuro a su vez. Siento su cuerpo apretarse contra el mío, no tengo claro si por miedo o porque de verdad confía en mí.

Llevo la mano al arma, mis ojos observan las sombras, listo para lo que venga. El crujido de ramas rotas se hace más fuerte. Aprieto los dientes y me inclino un poco, lo justo para poder disparar con certeza y protegerla. El aire se vuelve más pesado, como si algo, o alguien, nos estuviera esperando.

De las sombras emerge un animal, un ciervo que se detiene al vernos.

—¿Qué… qué sucede? —susurra.

—Date la vuelta, no hay peligro —digo.

Ella obedece y gira la cabeza con timidez, pero sigue soldada a mí.

—¿En serio? ¿Todo este drama por un ciervo? —susurra Valeria, dejando escapar un suspiro aliviado. El animal nos mira con curiosidad antes de alejarse con un salto elegante.

—Mejor un ciervo que otra cosa —respondo, bajando el arma.

La suelto antes de que la situación se alargue más de lo necesario. Ella da un paso atrás, reajustándose la mochila con una torpeza poco habitual. Miro hacia el río, buscando el próximo movimiento. El agua está más tranquila un poco más adelante, pero las rocas siguen siendo una apuesta arriesgada.

—Vamos. —Mi voz rompe el silencio, y ella asiente, siguiéndome sin discutir. Es un cambio, pero no me atrevo a pensar demasiado en ello.

El cruce es un desastre. Cada paso sobre las rocas húmedas es una prueba de equilibrio, y cuando por fin alcanzamos la otra orilla, ambos estamos empapados hasta las rodillas y cubiertos de barro. Valeria se deja caer en una roca cercana, sacudiendo el agua de sus botas con un suspiro audible.

—Esto es ridículo —dice, y aunque su tono es serio, hay algo en su expresión que me hace sonreír.

—Bienvenida a mi mundo.

—¿De verdad todos tus días son así? —pregunta, alzando una ceja mientras trata de limpiar su mochila.

—Es lo que hay, Plomo —afirmo encogiendo los hombros.

Ella me mira y suelta una risa breve, casi nerviosa. No puedo evitar que me contagie.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto.

—Nada. Es solo que... nunca pensé que sobreviviría a algo así sin perder la cabeza.

—Todavía queda mucho camino. No te confíes.

El silencio regresa mientras seguimos avanzando, pero esta vez es menos incómodo. Hay algo distinto en el aire, algo que no sé si me gusta. Me detengo de repente al escuchar un ruido entre los árboles, levantando una mano para que Valeria haga lo mismo. Miro hacia las sombras, buscando el origen del sonido.

—¿Qué pasa? —pregunta, su voz en un susurro.

—No estamos solos.

Mientras llevo la mano al arma, siento la mirada de Valeria clavada en mi espalda. No sé qué es lo que nos espera de ahora en adelante, lo único que sé con certeza es que, pase lo que pase, ya no puedo darme el lujo de no confiar en ella. El problema es que acabo de darme cuenta de que en quién no puedo confiar es en mí mismo.

Capítulo 17 Peligro al Acecho

Valeria

El corazón me late con fuerza mientras observo todo a mi alrededor, como si de verdad pudiera ver en la espesura con la facilidad con la que él lo hace.

—Pase lo que pase, detrás de mí —ordena sin darme lugar a que diga nada.

Desde nuestra posición, escondidos entre las rocas, veo cómo dos hombres descienden por el rocoso suelo. El primero es alto, con una barba desaliñada y movimientos calculados. El segundo, más joven, parece estar nervioso, pero no por eso menos peligroso. Ambos están armados, tampoco es que sea una sorpresa a estas alturas de la película.

—¿Más de ellos? —susurro a Benítez, aunque ya sé la respuesta.

—Y no pararán… Si hay algo que sobra aquí son hombres dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero.

La tensión en su voz me hiela la sangre. Intento concentrarme en mantener la calma, en no hacer ruido, pero la idea de que puedan encontrarnos me paraliza. Desde nuestra posición elevada, tenemos una vista clara de todo lo que nos rodea. Los hombres han descubierto nuestras pisadas, y puedo verlos murmurar y buscar en todas direcciones mientras uno de ellos parece mirar justo en nuestra dirección.

Vuelven a hablar entre ellos en un idioma que no reconozco. Sus voces son bajas, pero cargadas de una intensidad que hace que mi piel se erice. Benítez me agarra del brazo con más fuerza de la necesaria. Su toque es firme, casi reconfortante, pero no puedo evitar tensarme.

—Tenemos que movernos —ordena, su voz baja pero cortante.

—¿Hacia dónde? —susurro, intentando mantener el pánico fuera de mi tono.

—Lejos. —Me guía hacia una zona más alta, donde las rocas son más grandes y el terreno más accidentado. Su mano no me suelta, como si temiera que pudiera quedarme paralizada en cualquier momento.

Mientras nos alejamos, escucho las voces de los hombres cada vez más lejanas. Sin embargo, cada palabra parece cargada de peligro. Mi respiración es irregular, y aunque intento calmarme, no puedo evitar mirar por encima del hombro cada maldito segundo. Tras un eterno infierno, Benítez se detiene detrás de una formación rocosa que nos da algo de cobertura. Me suelta el brazo y me obliga a mirarlo. Sus ojos oscuros están llenos de una mezcla de frustración y algo que no puedo identificar.

—¿Hasta dónde estás metida, Valeria? —interroga. Su tono es apenas un susurro; sin embargo, provoca escalofríos en mi piel, provocados por el miedo.

—¿Qué quieres decir? —balbuceo porque no sé a qué se refiere.

—Empiezo a pensar que esto no solo sea por Rodrigo, Valeria. Me ocultas algo, ¿verdad? —insiste sin pestañear.

Y sé que ya no puedo seguir guardando silencio, ni es una respuesta que pueda esquivar.

—Rodrigo me pidió que investigara algo antes de desaparecer. Me envió fotos, documentos... cosas que apuntan a algo grande, pero no sé exactamente qué. Pensé que él me lo explicaría cuando regresara. —Mi voz se quiebra al final, y odio lo vulnerable que me siento.

Benítez no dice nada al principio. Se limita a observarme, sus ojos recorriendo mi rostro como si intentara encontrar la verdad detrás de mis palabras. Finalmente, asiente lentamente, como si estuviera procesando todo.

—¿Y esos documentos? ¿Dónde están?

—En… en este colgante —admito, sintiéndome ridícula por no haberlo mencionado antes mientras tiro del pequeño corazón que llevo al cuello. Lo separo en dos mitades, dejando al descubierto un diminuto pendrive escondido en su interior.

Él pasa una mano por su cabello, frustrado. Mientras hace esto, susurra algo ininteligible, que llega a mis oídos como una queja impotente por su mala suerte. Pero antes de que pueda decir nada más, el sonido de un disparo rompe el silencio. Mi cuerpo se congela. Por un segundo, no puedo moverme, ni respirar. Miro a Benítez, buscando una señal de qué hacer. Sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos veo algo que no había visto antes: miedo.

—¡Vamos! —dice, tomando mi brazo de nuevo. Esta vez no hay delicadeza en su agarre. Me arrastra hacia una grieta entre las rocas, un espacio tan estrecho que apenas podemos pasar—. Hablaremos de… eso más tarde —advierte. El sonido de las voces se hace más fuerte. Están buscándonos. Mis piernas tiemblan mientras avanzo detrás de Benítez, intentando no hacer ruido. La grieta se abre a una pequeña depresión, oculta por la formación rocosa. Benítez me empuja hacia el suelo, indicándome que me agache.

—Quédate aquí y no te muevas —susurra, su voz apenas audible.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, mi voz un hilo de pánico.

—Ya te lo dije. Lo que sea necesario.

Antes de que pueda protestar, se aleja, moviéndose con la agilidad de alguien que ha hecho esto mil veces antes. Me quedo sola, con el corazón latiendo tan fuerte en mi pecho y en mis oídos que siento que podría delatarnos.

El tiempo pasa lento, cada segundo se siente como una eternidad. No, no es eso, el tiempo se ha detenido. Estoy congelada en mitad de un latido, en mitad de ese segundo que decidirá la partida de un lado o del otro. Escucho los pasos acercándose, las voces cada vez más claras. Mis manos tiemblan mientras intento agarrar una roca, cualquier cosa que pueda usar como arma si me encuentran.

De repente, un grito corta el aire. Es uno de los hombres. Otro ruido seco, un golpe contundente. Los pasos se detienen, y solo queda el sonido del viento agitando las hojas de los árboles, testigos mudos de nuestro destino.

El murmullo de pasos se desvanece y el silencio regresa, pero no me atrevo a moverme. Mis piernas están acalambradas por la

posición incómoda, y el frío de la roca bajo mí comienza a calar hasta los huesos. Cierro los ojos, intentando controlar mi respiración, pero no puedo evitar imaginar qué estará pasando ahí fuera. Cada segundo que pasa sin señales de Benítez hace que mi mente se llene de imágenes horribles: él enfrentándose solo a esos hombres, cayendo en una emboscada, siendo superado.

Cuando aparece, siento un alivio tan abrumador que casi me desmorono. Lleva una mochila en una mano y el rifle en la otra. Su rostro está tenso, la mandíbula apretada, y hay algo en su mirada que no puedo descifrar. No sé si es agotamiento, rabia, o ambas cosas.

—¿Qué hiciste? —pregunto, intentando mantener mi voz firme, pero sueno más como una niña asustada que como alguien que tiene derecho a saberlo.

—Lo que tenía que hacer. —Su respuesta es fría, casi mecánica. Deja la mochila en el suelo con un golpe seco y se sienta a mi lado, apoyando la espalda contra la roca. Sus movimientos son controlados, pero noto que sus hombros suben y bajan más rápido de lo normal. Está respirando pesado, aunque intenta disimularlo.

Por un momento, no digo nada. Mis ojos se posan en la mochila, en las marcas de desgaste en las costuras, en el barro que mancha el tejido.

—¿Estás bien? —murmuro al final, mi voz más suave.

Él no me responde de inmediato. En lugar de eso, abre la mochila con manos rápidas y precisas, como si necesitara comprobar su contenido cuanto antes. Dentro, distingo varios objetos: un dispositivo pequeño con una pantalla que parpadea, tal vez un rastreador o un transmisor; una libreta llena de anotaciones en un idioma que no reconozco; cargadores de munición y un par de cuchillos pequeños pero afilados. Todo el equipo parece caro, sofisticado, diseñado para alguien que sabe lo que hace.

—¿Qué es esto? —pregunto, señalando el rastreador.

—Problemas —responde. Su tono es cortante, pero no por hostilidad. Es como si estuviera procesando demasiada información al mismo tiempo para dedicarme más atención.

—¿Problemas? ¿De qué tipo?

Benítez finalmente levanta la vista, y hay algo en su mirada que me hace estremecer. No es miedo lo que veo en sus ojos, sino una evaluación fría, como si estuviera calculando cuánto decirme, cuánto dejarme fuera.

—Esto no era un equipo cualquiera. —Levanta el rastreador y lo examina a contraluz—. Esta gente no era un grupo de mercenarios cualquiera. Están organizados, y esto —señala el dispositivo— significa que no trabajaban solos.

Trago saliva, sintiendo el peso de sus palabras. Mi mente empieza a conectar puntos: las fotos, los documentos de Rodrigo, el peligro que nos ha seguido desde que llegué aquí. Todo apunta a algo más grande, algo que ni siquiera puedo empezar a comprender.

—¿Qué significa eso? —insisto.

Benítez no responde de inmediato. Cierra la mochila con un movimiento brusco y la deja a un lado, luego apoya los codos en las rodillas y se pasa las manos por la cara, un gesto que nunca lo había visto hacer antes. Parece... humano. Vulnerable. Y eso me asusta más que cualquier amenaza externa.

—Significa que estamos en problemas, Valeria. Más problemas de los que pensaba. —Su voz suena cansada, como si cada palabra le costara un esfuerzo adicional—. Estas cosas no llegan a manos de cualquiera. Esto es equipo militar, o algo muy cerca de eso. Y si tienen esto, significa que tienen recursos, contactos... y que probablemente no pararán hasta que nos encuentren.

El nudo en mi estómago se aprieta aún más. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no vienen. Todo esto es demasiado, demasiado rápido, demasiado grande.

—¿Y ahora qué hacemos? —logro preguntar al final.

Benítez me mira, y por primera vez en mucho tiempo, veo algo más allá de su fachada de hombre indestructible. Está cansado, sí, pero también decidido. Hay algo en él que me dice que, a pesar de todo, no está dispuesto a rendirse.

—Seguimos moviéndonos. No podemos quedarnos aquí. —Su tono no deja lugar a discusiones. Se pone de pie y recoge la

mochila, colgándosela al hombro. Luego me tiende una mano para ayudarme a levantarme.

Cuando nuestras manos se tocan, siento el calor de su piel, el leve temblor en sus dedos. No digo nada, pero no puedo evitar preguntarme qué habrá visto, qué habrá hecho, para regresar con esa mirada en los ojos.

—Valeria. —Su voz me saca de mis pensamientos. Suelta mi mano, pero su mirada permanece fija en la mía—. Necesito que entiendas algo. Esto... esto ya no se trata solo de ti, ni de Rodrigo. Esto es más grande, ¿me entiendes? No sé exactamente qué, pero si seguimos en esto, no hay vuelta atrás.

—Lo sé. —Mi respuesta es más rápida de lo que esperaba, pero no menos sincera. Porque, en el fondo, siempre lo he sabido.

Benítez asiente, y por un momento, parece que quiere decir algo más. Pero no lo hace. En lugar de eso, ajusta la correa de la mochila y se gira hacia el camino que tenemos por delante.

—Vamos, tenemos que movernos.

No me detengo a analizar si hay rastros de sangre en sus manos o en su ropa. Lo importante es que seguimos vivos. Me levanto, limpiando las manos temblorosas en mis pantalones. Mientras lo sigo, no puedo evitar sentir que algo en él ha cambiado. Es como si llevara el peso del mundo sobre él. Y tal vez lo hace. O tal vez soy yo la que ha cambiado, después de ver lo que este mundo, en realidad, implica. Tal vez los dos lo hacemos, aunque ninguno de los dos se atreva a decirlo en voz alta.

Capítulo 18 Pacto Oscuro

Valeria

La tarde empieza a ceder cuando encontramos un lugar donde detenernos. Benítez no dice nada mientras monta un campamento improvisado. La extensión que nos rodea es imponente, con el cielo cambiando a tonos naranjas y rosados mientras el sol se oculta. Las hojas de los árboles nos susurran con cada ráfaga de viento, algo que en vez de tranquilizarme me pone los nervios de punta. Cuando acabe todo esto, voy a tener cortisol para dar y regalar…

Lo observo mientras recoge piedras para hacer una hoguera, me pregunto si cazará algo para la cena, y si me arrastrará por la melena hasta la cueva…

Con el rifle siempre a su lado, listo para cualquier imprevisto, se mueve con una agilidad que solo dan años de entrenamiento. Eso hace que me pregunte a qué edad se unió al ejército, algo me dice que al igual que Rodrigo cuando eran solo niños pretendiendo ser adultos.

Esbozo una débil sonrisa y él deja escapar un suspiro más pesado de lo normal, como si cada segundo que pasa fuera un recordatorio de las sombras que lo persiguen.

Me acerco, observando sus movimientos mecánicos que dejan claro que ha hecho esto mismo tantas veces que no podría contarlas, pero esa sensación de que parece agotado no deja de rondarme la cabeza. ¿Cuántas horas ha dormido desde que empezó esto? Aún lleva la mochila que tomó de los hombres que intentaron darnos caza. Desde aquí puedo ver las manchas de barro y sangre seca en la tela, un recordatorio silencioso de lo que acabamos de enfrentar. El peso emocional en su rostro es inconfundible, como si las sombras de su pasado estuvieran más presentes que nunca.

—¿Vamos a cenar carne? —interrogo.

Levanta la mirada con sorpresa y por un segundo me deja sin aliento.

—¿Quieres cenar carne?

—¿Escuchas eso? Son mis tripas, dices carne y rugen como si dentro tuviese un león hambriento —confieso.

Eso logra arrancarle una carcajada.

—Conozco a una doctora que le hizo frente a un puto león en África, creo que os llevaríais bien —afirma con una expresión de añoranza en la mirada que no había visto hasta ahora.

—¿África, eh? No me importaría ir a África, lo del león… bueno, de lejos tal vez…

—Bueno, si la señorita quiere carne, comeremos carne…

—¿De verdad?

—De verdad, ven, no quiero dejarte sola ni un segundo.

—A sus órdenes mi capitán…

—Sargento, soy sargento. O lo era —añade en voz baja.

Camino a su lado, vamos con cuidado, él recoge setas.

—¿Setas? ¿Sabes si son comestibles?

—Sigo vivo, ¿no? —añade.

—Sí, de momento.

—Coge de aquella planta.

—¿Qué es?

—Si no me engaña la vista es tomillo, lo podemos usar para aliñar el conejo y las setas. No esperes maravillas, que no estamos en su súper…

Y, de pronto, se tensa, se queda quieto y me pide con un gesto lo mismo, puedo ver sus ojos estrecharse como si fuera un guepardo a punto de saltar sobre su presa y eso sucede. Su cuchillo corta el aire muy cerca de mi oreja y cuando me giro veo que ha dado a un animal.

—Qué…

—Es una liebre.

Se acerca hasta el animal que está inmóvil, se arrodilla para recuperar su cuchillo, coloca su gran mano sobre él y susurra:

—Gracias por tu sacrificio.

Hay algo en su manera de decirlo que me emociona, y trago con fuerza. Regresamos al campamento y se aleja hasta una zona por donde el agua del río pasa, quita la piel del animal, lo lava y lo coloca insertado en un palo que ha afilado para colocarlo sobre el fuego, mete unas ramitas de tomillo en su interior y cuando el calor empieza a rozar la piel del animal el olor a hierbas llega hasta mi nariz, mi estómago ruge de nuevo.

Pone también las setas entre los troncos, envueltas en unas hojas grandes que no tengo ni la menor idea de qué son, solo que son verdes y frescas, y tengo la sensación de que las ha humedecido.

—Tenemos algo de tiempo antes de que oscurezca del todo —dice cuando ha dejado todo listo, dejando la mochila en el suelo y sentándose frente a mí—. Necesitamos respuestas.

Asiento en silencio; sé que tiene razón. Tiro del colgante que llevo al cuello y separo las dos mitades, dejando al descubierto el diminuto pendrive escondido en su interior. Se lo entrego sin decir nada, sintiendo un extraño peso al desprenderme de él. El metal frío contrasta con el calor de mis manos, como si el objeto cargara con una historia demasiado pesada.

Benítez lo toma con cuidado, inspeccionándolo antes de conectarlo a un pequeño dispositivo portátil que saca de su mochila. La luz azul parpadeante del aparato ilumina sus dedos mientras trabaja, y puedo ver sus manos temblar un poco, aunque intenta disimularlo. La pantalla se enciende, iluminando su rostro con un resplandor azul mientras los archivos comienzan a cargar. Los segundos que pasan mientras el sistema reconoce el pendrive se sienten interminables.

—Rodrigo siempre fue cuidadoso con estas cosas —murmuro, rompiendo el silencio—. Sabía que estaba en peligro. —¿Por qué…? —empieza, pero lo interrumpo.

—Tenía miedo, Andrés —confieso usando su nombre de pila —, no sabía en quién podía confiar. Debía guardarlo a modo de seguro para mí, es todo lo que tenía, espero que lo entiendas…

Benítez no responde, pero puedo ver cómo su expresión se suaviza, comprende lo que digo.

El pen se abre y nos damos cuenta de que hay pocos archivos, pero están protegidos con una capa de encriptación. Su dedo se mueve rápido sobre el teclado, trabajando para acceder a la información.

—¿Sabes qué hay? —indaga.

—No, no sé tanto de ordenadores como para eso y no tenía a nadie a quien pedirle que lo hiciera por mí.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—¿Quieres que diga la verdad? —interrogo a su vez.

—No sé si confío en ti hasta tal punto, pero no tengo otra opción.

—Vaya…

—Por eso te propongo algo —digo, extendiendo mi mano hacia él, intentando sonar más valiente de lo que en realidad me siento—. Hagamos un pacto.

No responde de inmediato. Su mirada se queda fija en mi mano, como si estuviera evaluando no solo mi propuesta, sino todo lo que implica. Es un instante cargado de tensión y, por un segundo, temo que va a rechazarlo.

—Un pacto… —repite, casi en un murmullo. Levanta la mano con lentitud y, cuando la suya envuelve la mía, siento la aspereza de su piel, el peso de años de lucha y sacrificio—. De acuerdo. Pero recuerda esto, plomo. —Se inclina hacia mí, su voz es apenas un susurro—. Este no es un pacto cualquiera. Es un pacto oscuro. Muy oscuro. Y no hay marcha atrás.

Mis ojos buscan los suyos, y en ellos veo algo que no había visto antes: una franqueza cruda, desnuda. Este hombre, tan hermético y controlado, está confiándome algo más que su palabra. Está confiándome su vida.

—Acepto —afirmo, a pesar de que mi corazón late con fuerza. Porque en el fondo, sé que él necesita oírlo tanto como yo decirlo.

—Valeria —dice, aunque suena a advertencia. A un último aviso—. No puedo prometerte que saldremos de esta.

—Lo sé, aun así, voy a continuar hasta el final.

El silencio reina por unos segundos, mi mano sigue entre la suya y estoy segura de que nota cómo mi corazón va a mil porque su pulgar roza mi muñeca con suavidad.

—Vale, pues vamos a ver qué hay ahí… —carraspea separándose. Teclea muy rápido, le da a *intro* y de pronto los documentos se despliegan en la pantalla, una mezcla de imágenes, notas y coordenadas.

Algunas imágenes son inquietantes: fotografías de vehículos militares cargados con cajas de madera marcadas con nombres en clave y numeraciones. Otras muestran siluetas de hombres alrededor de hogueras en lo que parece ser una base improvisada. En una de las fotos, una bandera desconocida flamea al fondo.

Uno de los documentos llama mi atención de inmediato. Es un mapa detallado de la región, con varias marcas en zonas remotas. Benítez también lo nota y amplía la imagen. El mapa no solo muestra coordenadas, sino también anotaciones que parecen apuntar a movimientos de cargamentos y operaciones.

—Esto coincide con lo que encontramos en el mapa que llevaban esos hombres —dice, señalando una de las marcas—. Estaban buscando algo aquí.

—¿Y qué hay allí? —pregunto, inclinándome para ver mejor.

—Aún no lo sé. Pero no es un lugar al que vayas por casualidad. Puede ser un almacén o una base temporal. Algo importante para ellos.

Mientras seguimos revisando los archivos, encontramos algo que empieza a ser familiar: una lista de nombres. Algunos están tachados, otros tienen anotaciones al lado, y algunos tienen coordenadas vinculadas.

—Ese hombre —dice, señalando la foto—, es uno de los responsables del F-14. Lo vi en la base antes de que todo se fuera al

infierno. Murad. Está claro que tiene algo que ver, aparece en todos los documentos.

—¿Crees que está involucrado?

—No lo creo, lo sé. Rodrigo estaba siguiéndole la pista, y ahora está muerto. Esto no es una coincidencia. Lo que no me queda tan claro es si Murad es la cabeza pensante que hay que atajar o tan solo un cabeza de turco…

—¿Alguien por encima de él? —pregunto.

—Puede que sí —responde, y por primera vez desde que lo conozco parece no querer mirar la pantalla—. En F-14 no se movía una caja sin que el comandante Hale lo supiera.

El impacto de sus palabras cae como un golpe. Mientras él continúa examinando los archivos, mi mente viaja a todos los momentos que compartí con mi hermano. Las piezas del rompecabezas empiezan a formarse, pero también revelan una realidad más oscura de lo que hubiera imaginado.

Benítez cierra el dispositivo y guarda el pendrive de nuevo en el colgante, devolviéndomelo con un gesto casi ceremonioso.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —afirma—. Necesitamos encontrar a Murad antes de que él nos encuentre a nosotros.

—¿Y luego qué? —indago.

Benítez me mira con una intensidad que me hace estremecer.

—Y luego, descubrimos la verdad. Pase lo que pase.

—Hasta el final —añado.

El silencio se rompe solo por el suave murmullo de la brisa. Ambos nos quedamos quietos por un momento, absortos en nuestras propias reflexiones. Al cabo de un rato, Benítez se sienta y exhala un largo suspiro antes de cortar un trozo a la pieza de carne y probarla.

—Esto ya está, así que vamos a comer.

Para mi sorpresa, la liebre tiene un sabor delicioso, o a lo mejor es el hambre que tengo, y las setas me parecen algo digno de un programa de supercocineros. Comemos en silencio, cada uno perdido en lo suyo, imagino.

—Deberías descansar. Mañana será largo —dice, rompiendo el silencio. Su tono es suave, casi amable.

—¿Y tú? —replico, girándome para mirarlo.

—No puedo permitírmelo. Alguien tiene que vigilar. —No hay reproche en su voz, solo una firmeza que deja claro que no piensa discutirlo.

Cierro los ojos, dejando que la familiaridad de su presencia y el sonido constante del viento me envuelvan. Por primera vez en mucho tiempo, el caos parece lejano, y una sensación extraña pero bienvenida se apodera de mí.

Me siento segura.

Benítez se aparta unos metros y se apoya contra una roca, parece agotado, pero ahí está protegiéndome sin descanso, lo último que veo son sus ojos asegurándose de que todo está bien.

Benítez

El calor es opresivo, y cada respiración parece llenar mis pulmones de polvo y cenizas. Estoy de vuelta a aquella maldita misión, pero no es un recuerdo; es una condena. Las ruinas están llenas de vidas… de niños. Niños armados hasta los dientes, con miradas tan vacías como los edificios a medio derrumbar que los rodean.

Uno de ellos aparece frente a mí. Una joven con una trenza deshecha que cuelga por un lado de su cabeza. Su piel está manchada de tierra, y el fusil que sostiene es demasiado grande para sus manos, pero no titubea. Al contrario, avanza hacia nosotros con decisión, como si no le temiera a nada. Como si le hubieran arrancado el miedo tiempo atrás.

—Ares, ¡muévete! —grita Rodrigo detrás de mí.

Pero no puedo moverme. Mi cuerpo está congelado, mi mente atrapada en una tormenta de dudas. No es más que una niña, por Dios. Una niña.

El disparo me despierta del trance. La joven cae, y por un segundo no sé quién apretó el gatillo. Rodrigo está a mi lado, su rifle todavía humea, su hombro sangra. Le han alcanzado. Su mirada es dura, pero no hacia mí. Es hacia lo que estamos haciendo. Lo que nos obligaron a hacer.

—Nos dijeron que aquí habría enemigos —dice Rodrigo, casi para sí mismo. Su voz es apenas un murmullo—. Nos dijeron que protegíamos vidas.

Otro disparo. Una ráfaga silba demasiado cerca y me hace reaccionar por instinto. Apunto y disparo antes de siquiera pensar en lo que estoy haciendo. Esta vez, soy yo quien lo hace. Mi dedo se mueve antes de que mi mente lo ordene y otro joven cae al suelo, su cuerpo menudo envuelto en polvo y sangre. Mi estómago se revuelve, pero no puedo detenerme. No podemos detenernos. Ellos no lo hacen. Avanzan como si el dolor no existiera, como si solo conocieran una misión: destruirnos.

—¡Avanza, Ares! —grita Rodrigo, tirando de mí hacia adelante.

El caos es absoluto. Gritos, disparos, el sonido de botas sobre el suelo quebrado. Las balas no distinguen, y el polvo se mezcla con la sangre como una niebla que no deja respirar. Los chavales siguen apareciendo, cada uno con un arma más grande que ellos mismos, cada uno entrenado para matarnos. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué clase de monstruos envían a soldados a luchar contra niños? ¿Qué clase de mundo usa niños como armas?

Al final, llegamos al objetivo: una caja de metal marcada con símbolos que no reconozco. Rodrigo la abre mientras yo cubro la entrada, mis manos temblando tanto que apenas puedo mantener el rifle en posición. Dentro de la caja hay papeles, documentos. Algo importante, pero no suficiente para justificar lo que acabamos de hacer.

Rodrigo sostiene uno de los papeles, su rostro ensombrecido. Me lo muestra, pero las palabras parecen borrarse ante mis ojos.

—Esto es lo que protegían, Ares. Papeles. Información. —Su voz está cargada de rabia contenida—. ¿Nos enviaron a matar niños para esto? ¡Hijos de puta!

Quiero responderle, pero las palabras no vienen. En lugar de eso, dejo caer mi rifle al suelo, el sonido metálico resonando en el aire como una sentencia.

—No puedo seguir haciendo esto, Rodrigo. —Mi voz suena rota, como si fuera la de otra persona—. No puedo trabajar para un gobierno que nos envía a cometer atrocidades como esta.

Rodrigo me mira, sorprendido. Por un segundo, pienso que va a reprenderme, pero en su lugar, asiente.

—Tienes razón. Ninguno de nosotros debería estar aquí.

De repente, una explosión nos arroja al suelo. El papel que Rodrigo sostenía se pierde en el viento, y cuando intento levantarme, veo su cuerpo tirado a unos metros de mí. Sangre. Demasiada sangre.

Quiero correr hacia él, pero el escenario cambia. Los niños soldado están de pie, rodeándome. Sus ojos están vacíos de vida y llenos de acusaciones. Permanecen inmóviles, como estatuas. Intento gritar, pero no puedo. El peso de sus miradas me aplasta.

Grito.

El rugido que me rompe en mil pedazos por dentro lo escucho amortiguado. Entre el fuego y el caos su voz, su suave voz, se abre paso.

—Andrés. Andrés —me llama—. Andrés, vuelve, estoy aquí, estás a salvo, estás bien… —repite como un mantra—. Solo es un mal sueño, Andrés, vuelve, estoy aquí… Vuelve a mí, Andrés… ya pasó…

Abro los ojos y la tengo frente a mí, sus manos me rodean brindando un consuelo que no estoy seguro de si merezco.

—No llores, estoy aquí —susurra de nuevo.

¿Llorando? Estoy llorando. Apoyo la frente en la suya y ella sigue tocándome, pidiéndome que regrese.

—No eran más que niños —susurro.

—Está bien, ya pasó…

Su calor me envuelve. Su cercanía es un ancla que no sabía que necesitaba, pero que al mismo tiempo no merezco. Sus dedos, cálidos y ligeros, me rozan la mejilla, y algo en mí cede. Todo.

Abro los ojos, mi nariz sobre la suya, mi frente sobre la suya, su calor, su suave voz, y antes de darme cuenta, me dejo llevar y la beso.

Un beso tan salvaje, tan desordenado, como lo es mi interior ahora mismo. Su boca es como la había imaginado: cálida y suave. Un sabor que tengo prohibido. Un refugio que no debería tomar, pero al que me aferro con la desesperación de un hombre perdido. No merezco sentir algo así.

Escucho un jadeo ahogado que nace desde su pecho, destinado a morir en su boca, pero que lo hace en la mía. Profundizo el beso y la coloco sobre mí. Sería tan fácil dejarme llevar, terminar esto…, pero no puedo.

Me aparto de su boca, jadeando, como si acabara de salir a flote después de ahogarme, jadeando sin aire.

—No puedo… —susurro, apartando la mirada, porque si la miro de nuevo, sé que no voy a detenerme.

—¿Estás bien? —pregunta, con voz suave tras una larga pausa.

—Solo un mal sueño —murmuro, evitando mirarla a los ojos. Ahora mismo, la vergüenza me consume como una mecha prendida.

—¿Fue sobre Rodrigo? —insiste Valeria, tocándome el brazo con cautela.

Vacilo, pero al final asiento, sabiendo que no puedo seguir guardándomelo todo.

—Sí. Fue sobre Rodrigo… y lo que pasó en el F-14.

—Creo que ya es hora de que me cuentes toda la verdad.

Y, demonios, sé que tiene razón.

Capítulo 19 Verdades en la Oscuridad

Valeria

Tengo claro que no podría pegar ojo aunque quisiera. Todavía siento el roce de sus labios en los míos, como si hubiera dejado una marca imborrable. La noche está siendo larga, y lo será más como no me distraiga con algo. Solo puedo pensar en ese maldito beso que no deja de repetirse en mi mente. Ha sido salvaje, intenso, tan inesperado que no lo he procesado todavía.

Y, lo peor de todo, es que lo he deseado. Lo he deseado desde el mismo segundo en que sus manos me han agarrado con desesperación, como si me necesitara para no derrumbarse. Esa intensidad me asusta tanto como me atrae, y eso me confunde aún más.

—No es momento para eso, Valeria… —murmuro para mí misma, dejando escapar un suspiro exasperado. Estoy furiosa conmigo, con él, con la situación. Pero también estoy confusa.

El cielo empieza a aclararse con los primeros tonos grises del amanecer. Benítez evita mi mirada a toda costa; la tiene fija en la hoguera que apenas sigue con vida, alimentándola con algunas ramitas cercanas. El rifle descansa sobre sus piernas y, aunque su postura parece relajada, sus ojos no dejan de escudriñar el horizonte. A simple vista nadie diría todo lo que ha pasado: la pesadilla, el beso… como si no hubieran existido. Pero son tan reales que los podría tocar con la punta de los dedos.

—Deberías tratar de dormir un rato, no hacerlo te va a pasar factura —dice girando la cabeza hacia mí. Todavía veo en sus ojos restos de lo que ha pasado, es como una niebla que les resta claridad.

—Estoy bien. No soy la que estuvo teniendo pesadillas toda la noche —respondo, con una nota de reproche que no puedo ocultar.

Sus ojos se oscurecen por un instante, pero no dice nada. En lugar de eso, pasa una mano por su rostro, como si tratara de despejarse. El gesto revela lo que no dice: está agotado. La culpa y el peso de lo que sea que carga en su interior deben ser insoportables.

Tomo asiento frente a él, extiendo las manos en busca de calor y me doy cuenta de que de los restos de la cena no queda nada. Mi estómago ruge de nuevo, pero no digo nada. En cambio, dejo que el silencio haga su trabajo, dándole espacio.

—¿Hambrienta? —pregunta con una media sonrisa que hace que me quede sin aire.

—No te imaginas cuánto —susurro sin dejar de mirarle la boca. Sé que no debería, pero que se vaya todo a la mierda. No sé si saldré con vida de esta mierda en la que me he metido y que ya me llega por los talones. ¿Qué tendría de malo un poco de diversión?
Su mirada regresa al fuego, lo mueve con una vara y carraspea. La tensión se instala entre nosotros de nuevo, y algo dentro de mí decide romperla.

—Bueno, soldadito —digo tratando de aligerar el ambiente—. Creo que me debes una explicación. Es hora de que me cuentes lo que pasó en el F-14.
Por un momento, parece que va a negarse, pero al final asiente, soltando un largo suspiro que parece vaciarlo.

—Está bien. Si vamos a seguir juntos en esto, mereces saberlo.
Su voz es baja, tensa. Sus palabras caen pesadas, como piedras en el agua. Me quedo en silencio, esperando. Sé que no será fácil para él.

—La misión del F-14 era una operación encubierta en una aldea remota, al norte de Afganistán. Nos dijeron que había una célula terrorista atrincherada allí, que estaban almacenando armas. Nuestro trabajo era recuperar un paquete de documentos que, en teoría, contenía información crítica.

Hace una pausa, como si necesitara un momento para encontrar las palabras adecuadas. Su mirada está fija en un punto en el suelo, pero parece estar viendo algo mucho más lejano.

—Cuando llegamos… todo estaba en silencio. Demasiado silencio. Eso debería habernos alertado, pero seguimos adelante. Al principio no vimos nada. Solo casas vacías y escombros. Entonces, aparecieron.

Sus manos se tensan sobre el rifle. Mi corazón se acelera.

—No tenían edad para llamarlos hombres. Niños armados hasta los dientes. Algunos no tendrían más de doce o trece años. Nos emboscaron. No eran simples civiles; eran soldados. Entrenados para matarnos sin dudarlo.

Me llevo una mano a la boca, tratando de asimilar lo que dice. La idea es tan horrible que cuesta procesarla, a pesar de que no es algo que no sepa que existe.

—Al principio no disparé. No podía. Pero ellos no tuvieron esa duda. Rodrigo… Rodrigo disparó primero.

—¿Mi hermano… hizo eso? —pregunto a la vez que cierro los ojos. Ahora mismo la escena es tan vívida en mi cabeza que siento ganas de vomitar.

—Después de recibir un balazo, Valeria. Le dispararon, él tan solo reaccionó, se defendió, o eso es lo que me digo… Me gritó que me moviera, que reaccionara. Yo… —su voz se quiebra por un instante—, yo disparé. Tenía que hacerlo. No habría salido de allí con vida si no lo hubiera hecho.

Su voz está cargada de culpa, pero también de una franqueza brutal. Lo miro, tratando de comprender el peso de sus palabras, de sus acciones.

—¿Y el paquete? ¿Qué era tan importante? ¿Valía la pena?

Él niega con la cabeza.

—Papeles. Información sobre tráfico de armas, pero nada que justificara lo que nos hicieron hacer. Fue lo peor que he hecho nunca. Tratamos de no matar si no era estrictamente necesario, pero no dejaban de aparecer, como zombis armados, sin rastro en la mirada de nada que no fuera odio. Un odio intenso. Llevaban armas más grandes que ellos mismos, lanzaban granadas… Fue peor que estar en mitad de una batalla…

—Después de todo fue una guerra también, ¿no?

Alza la mirada y la deja unos segundos sobre la mía. Creo que trata de encontrar algo en ella, ¿odio? ¿Reproches?

—Puede, sin embargo…

—Por desgracia, usar a jóvenes como soldados es demasiado frecuente. No debería pasar, pero supongo que el instinto de supervivencia es superior. Si alguien te dispara, ¿no te defiendes si puedes? Creo que es algo que haría cualquiera… Lo que no entiendo es por qué os enviaron allí.

—Creo que fue una especie de emboscada, de trampa. Estoy seguro de que querían que nos mataran. De hecho… iba a ser así. Cuando lanzaron varias granadas a la vez, todo se convirtió en un borrón de arena, sangre, polvo y muerte. Los teníamos allí, sobre nosotros, nos acorralaban. Rodrigo, tu hermano, sangraba por tantos sitios que pensé que no lo contaría. Yo también, solo que en ese momento no era consciente.

—¿Y qué sucedió?

—No sé cómo logramos escaparnos de allí. Una granada lanzada en el momento justo, en el lugar adecuado… no sé de dónde vino, pero fue lo que nos dio la oportunidad para escapar. Agarré a Rodrigo, lo cogí como… sí, eso me dijiste, como un saco de patatas mal atado, y corrí con él sin mirar atrás ni una vez.

—Así que él fue el primero…

—Parece que a los De la Torre os gusta que os lleve así.

—Puedo asegurarte que no lo disfruté ni un poquito —trato de bromear a pesar de que la situación es tan dura.

—Creo que tu hermano lo sabía, que era una trampa. Fue la primera y la única vez que lo vi perder la calma. Una vez nos recuperamos, le dije que no podía seguir trabajando para un gobierno que permitía algo así. —De repente, levanta la mirada y me clava los ojos—. Por eso me fui. Dejé el ejército poco después. Me largué a África, buscando algo que… no lo sé, algo que me hiciera sentir humano de nuevo.

La emoción en su voz es tan cruda que me cuesta mantener su mirada. Es un hombre roto, reconstruido a duras penas, y ahora entiendo por qué se mantiene tan cerrado.

—Lo siento —murmuro, porque no hay palabras que puedan aliviar lo que llevó a cuestas todo este tiempo—. Pero no te culpo, Andrés. Creo que hicisteis lo que pudisteis dadas las circunstancias… Lo que me apena es darme cuenta de lo poco que conocí a mi hermano. Ahora veo que sus pesadillas eran las mismas que las que tienes tú.

Él suelta un suspiro y se pasa una mano por el cabello. Por un instante, el silencio se instala entre nosotros, denso pero no incómodo. Benítez se levanta, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—Tenemos un mapa. Y tenemos una pista: Murad. Es hora de decidir hacia dónde vamos.

Asiento, siguiéndolo hasta donde guarda el mapa. Lo despliega sobre una roca plana y se agacha para estudiarlo. Me coloco a su lado, tratando de enfocar mi mente en el presente, aunque el eco de su confesión aún resuena en mi cabeza.

—Aquí —dice, señalando un punto marcado en el mapa—. Este es el lugar que indicaban los documentos del pendrive. Un pueblo cerca de un paso montañoso. Es remoto, pero eso podría ser precisamente lo que buscan.

Me inclino más cerca, analizando las coordenadas. Mi brazo roza el suyo, y el contacto, aunque involuntario, me hace consciente de nuestra cercanía. Benítez no se inmuta, centrado en el mapa como si de eso dependiera nuestra supervivencia.

—Si Murad está allí, ¿crees que podremos atraparlo? —pregunto, intentando ocultar la mezcla de miedo y anticipación que me provoca esa posibilidad.

Benítez guarda silencio unos segundos, su mandíbula tensa. Luego, finalmente responde:

—No lo sé. Pero es nuestra mejor opción. Y si no está, tal vez encontremos algo que nos lleve hasta él.

La determinación en su voz es contagiosa. Por primera vez en mucho tiempo, siento que tenemos una dirección clara. Aunque la incertidumbre persista, aunque el camino esté plagado de peligros, no estoy sola. Y eso, de alguna manera, es suficiente.

—Entonces vamos hacia allí —digo, fijando mi mirada en el punto marcado en el mapa.

Benítez asiente, doblando el mapa con cuidado y guardándolo en su mochila. Antes de levantarse, me lanza una última mirada.

—Valeria, pase lo que pase, quiero que recuerdes algo.

—¿Qué cosa?

—Que, si tienes que elegir entre sobrevivir y cualquier otra cosa, elige sobrevivir. Siempre.

Trago saliva, procesando sus palabras, y asiento con determinación. Mañana nos enfrentaremos al siguiente capítulo de esta historia, pero hoy, al menos, tenemos un rumbo.

Capítulo 20 Un Respiro en el Camino

Valeria

El sendero que nos conduce al pueblo es estrecho y está flanqueado por acantilados irregulares a un lado y un precipicio al otro. Cada paso se siente como un desafío, con el aire cargado de la tierra que levantamos con cada paso y el sol cayendo con fuerza sobre nuestras cabezas. Desde la última aldea donde conseguimos provisiones básicas y en la que nos dijeron que este lugar estaba a una caminata de varias horas por la montaña, Benítez no ha bajado el ritmo. Y las *varias horas* no eran ninguna exageración.

—Parece que escogimos bien —comento entre jadeos, tratando de ignorar la tensión en mis piernas mientras esquivo una piedra suelta.

Benítez, que avanza unos pasos delante de mí con su postura siempre alerta, solo suelta un leve gruñido. No sé si es una respuesta o que está tan agotado como yo. El rifle cuelga de su hombro, balanceándose con cada paso.

—¿Seguro que ese es el lugar? —pregunto al divisar a lo lejos un pequeño conjunto de casas de adobe que parecen estar talladas en la misma roca.

—Tiene que ser aquí —responde sin detenerse. Su tono, como siempre, es firme y no deja espacio para dudas.

El pueblo aparece ante nosotros como un oasis en medio de la nada. Las casas son de adobe, con techos bajos y pequeñas ventanas que apenas dejan ver el interior. La gente camina despacio, con un ritmo pausado que contrasta con la tensión que llevamos arrastrando. A lo lejos se escuchan los cencerros de una mula, y un grupo de niños corren descalzos por el camino principal, levantando más polvo.

—¿Es solo mi impresión o todo el mundo nos está mirando? —susurro mientras avanzamos sin prisa.

—No es tu impresión. —Su respuesta es directa, pero su mirada ya está escaneando el entorno, asegurándose de que no haya amenazas inmediatas—. No creo que sea un lugar muy turístico, es normal que llamemos la atención.

—Sobre todo con ese rifle colgando de tu hombro.

—Por desgracia, eso es lo menos llamativo…

Las miradas de los habitantes son curiosas, pero no hostiles. Sigo a Benítez mientras nos adentramos más en el pueblo, aunque no puedo evitar sentirme como una intrusa. Él, por su parte, camina con la espalda recta y los hombros tensos, como si llevara años en este tipo de entornos.

—Vamos a buscar comida primero. Luego veremos dónde alojarnos —anuncia, sin detenerse.

—¿Alojarnos? —repito, sorprendida. No había considerado la idea de quedarnos aquí más de unas horas.

Entramos en una pequeña tienda que parece tener de todo: sacos de arroz apilados, frascos con especias y ropa colgada en perchas improvisadas. Un hombre mayor con una barba canosa y ojos vivaces nos observa desde detrás del mostrador.

— *Khush amadi*—nos da la bienvenida en su dialecto, antes de ofrecernos una sonrisa cálida.

Benítez asiente y responde algo que me suena a *bla bla bla* y que interpreto como un «Buenas tardes», en su idioma.

El hombre parece entender y nos indica con un gesto que revisemos lo que necesitamos. Mientras Benítez se ocupa de recoger agua y algo de comida, yo me dedico a buscar ropa. Mi camiseta está desgastada hasta el punto de que apenas sirve para protegerme del sol, y mis pantalones tienen más polvo que tela. Encuentro una camisa holgada y unos pantalones que, aunque no sean, lo que se dice, mi estilo, parecen funcionales. También cojo un pañuelo para cubrirme del polvo.

—¿Todo listo? —pregunta Benítez cuando me acerco a la caja.

—Sí, creo que esto servirá. ¿Has cogido desodorante? —pregunto arrugando la nariz por el desagradable olor que desprendo.

—No hay —afirma rotundo.

—¿No hay? —pregunto de nuevo sin poder creerlo.

—No —afirma una vez más con ese tono que no da pie a discusión que valga.

—Joder, no he olido tan mal en mi vida —me quejo. Esboza una sonrisa, paga y salimos de la tienda con nuestras bolsas. El sol está empezando a descender, tiñendo el pueblo de un dorado cálido que lo hace parecer más acogedor de lo que es.

—Voy a dar una vuelta —anuncio.

—¿A dónde? —interroga serio.

—Necesito un momento para mí misma —digo como toda explicación.

Él afirma y me deja claro que entiende lo que quiero decir, imagino que a él le sucederá lo mismo, se ha visto atado a mí por obligación y desde que nos encontramos, hace ya tanto que parecen siglos, no nos hemos despegado el uno del otro ni un segundo.

—No te alejes demasiado. Aquí te espero, intenta que no sea demasiado… ese *momento.* —Su tono es más una orden que una sugerencia, aunque no me molesta, tan solo asiento y me alejo.

Camino por las calles estrechas, observando los pequeños puestos que venden frutas, especias y telas de colores vivos. Me detengo frente a uno que tiene manzanas y compro un par. El vendedor me sonríe, y por un instante me siento como una persona normal, en un lugar normal.

Cuando regreso, encuentro a Benítez conversando con una mujer que señala hacia una casa más grande en la parte alta del pueblo. Al verme, se despide de la mujer con un gesto y se acerca.

—He conseguido alojamiento. Nada del otro mundo, pero servirá para pasar la noche.

—Perfecto. No creo que sea peor que aquella cabaña —murmuro y puedo ver cómo su boca se tuerce en una leve sonrisa. Le paso una de las manzanas y él la acepta sin decir nada. Caminamos juntos hasta la casa, una estructura sencilla con paredes de adobe y una puerta de madera que parece haber visto mejores días.

Dentro, el espacio es reducido pero limpio. Hay una mesa pequeña, un par de sillas y un colchón en el suelo con mantas dobladas a un lado.

—Vaya, casi parece un hotel de cinco estrellas —digo a la vez que silbo—. Me pido el baño primero —afirmo cogiendo la ropa de la bolsa y pasando al baño.

La sensación de agua corriendo por mi piel es tan irreal que me cuesta convencerme de que no es un sueño. He perdido la cuenta de los días en los que la arena, el sudor y el polvo han sido mis únicos compañeros. El sonido del agua cayendo, tan simple y tan común en mi vida anterior, se siente ahora como un lujo que casi no merezco.

—No te quedes ahí dentro todo el día. —La voz de Benítez me saca de mi trance.

—Déjame disfrutar un momento más, soldadito —respondo, dejando que una sonrisa se dibuje en mi rostro por primera vez en días. Sé que no puede verme desde el otro lado de la puerta, pero puedo imaginar su ceño fruncido.

—Aquí el agua no es indefinida —me recuerda.

—Voyyyy —me quejo.

El cuarto de baño es pequeño y viejo, con azulejos descoloridos y un espejo empañado que refleja mi rostro cansado. Pero es suficiente. Más que suficiente. Cuando salgo, envuelta en una toalla áspera, me siento casi humana otra vez.

Benítez, sentado en el borde de la cama, está revisando uno de sus mapas cuando levanta la mirada y se da cuenta de que estoy envuelta solo en una toalla.

Puedo sentir su mirada recorrerme de pies a cabeza, por un segundo me deja sin aliento y mi corazón late a un ritmo desbocado. La loca idea de dejar que la toalla caiga al suelo, y averiguar cuál sería su reacción, pasa por mi cabeza durante unos segundos.

Es un hombre rudo, pero también muy atractivo. Masculino, fuerte, seguro de sí mismo… una bomba de relojería que sé que va a estallar cuando menos lo espere. Y lo cierto es que no me

importaría. No puedo dejar de pensar, cada vez que lo miro, que tiene que ser un animal follando.

Su mirada regresa a la mía, trago toda la saliva que se ha acumulado en mi boca, por un segundo aflojo el agarre de la toalla, sin embargo, cuando estoy a punto de dejarla caer, él baja la cabeza y la conexión se rompe.

—Tu turno —digo, señalando el baño con la cabeza.

Él asiente y se levanta sin decir una palabra, llevándose consigo una pequeña bolsa que, imagino, contiene todo lo que necesita. Cuando la puerta se cierra detrás de él y me da la sensación de escucharlo decir algo como: «Me va volver loco».

Con una gran sonrisa me dejo caer en la cama. El colchón es duro, pero después de dormir en el suelo, se siente como el puto paraíso.

Por primera vez en días, no siento que alguien nos esté siguiendo. Es una ilusión, lo sé, pero quiero aferrarme a ella un poco más.

Unos minutos después, Benítez sale del baño, con el cabello mojado y la camisa desabrochada, revelando la cicatriz que cruza su torso. No puedo evitar mirarla, preguntándome cuántas historias como esa lleva grabadas en su piel.

Ha cambiado su habitual camiseta negra por una camisa de lino que parece haber encontrado en el mercado. Es extraño verlo sin su ropa táctica, casi como si perteneciera a este lugar y no al caos del desierto que dejamos atrás.

—¿Qué? —pregunta al notar mi mirada.

—Nada. Solo... que parece que has estado en demasiadas batallas.

—Tú tampoco estás aquí por casualidad, plomo. —Su tono es serio, pero hay algo en sus ojos que me dice que no lo dice como un reproche.

—No, supongo que no. —Desvío la mirada, incómoda. Es raro estar aquí, en este pequeño rincón de normalidad, con un hombre que apenas conozco pero que parece saber más de mí de lo que debería.

Decidimos salir a explorar el mercado antes de que anochezca. La calle está llena de vida, con niños corriendo entre los puestos y el aroma de especias y comida flotando en el aire. Por un momento, me olvido de dónde estamos, de por qué estamos aquí.

—¿Qué quieres comer? —pregunta Benítez, sorprendiéndome con su tono relajado.

—¿Me estás invitando a cenar? —bromeo, levantando una ceja.

—Considera que es parte de la misión mantenerte con vida.

Nos detenemos en un pequeño puesto donde una mujer prepara algo que parece pan relleno. El sabor es increíble, y me doy cuenta de que es la primera comida decente que tengo en días.

—¿Siempre fuiste así de cínico? —le pregunto mientras comemos, intentando llenar el silencio.

—¿Siempre fuiste tan curiosa? —responde, pero hay una leve sonrisa en sus labios.

Es la primera vez que lo veo así, relajado. Como si por un momento pudiera dejar de ser el soldado y ser tan solo un hombre. Y me doy cuenta de que, aunque apenas lo conozco, hay algo en él que me hace sentir... segura. Es una sensación extraña, considerando las circunstancias.

—Sí, supongo que por eso estudié periodismo. No dejaba de querer tirar de todos los hilos posibles hasta dar con el nudo para desenredarlo.

—¿Qué exactamente investigas?

—Sobre todo casos de corrupción, aunque nada que se parezca a esta mierda en la que estamos metidos —confieso en voz baja.

—Supongo que no era esto lo que esperabas encontrar al llegar aquí.

—Desde luego encontrar el cuerpo sin vida de mi hermano no entraba en mis planes —confieso con la voz rota—. No he tenido tiempo de llorarle y me siento… culpable —revelo de nuevo.

—Rodrigo se metió en algo demasiado gordo para manejarlo por su cuenta, quiero pensar que había un motivo de peso para que lo hiciera.

—Lo he pensado con cuidado, pero no puedo conectarlo con nada de lo que dijo. En realidad, no sé qué lo llevó a meterse en algo así. No solo él, sino a ti, a mí… ¿Por qué nos arrastró a esto?

—Eso es lo que vamos a averiguar.

—Espero que sea algo importante de verdad, porque si no…

La conversación queda en el aire, estoy segura de que sabía que iba a terminar la frase con «lo mataría con mis propias manos», y nadie tiene ni la menor idea de cuánto me gustaría poder decirlo, pero ahora no tendría sentido.

Caminamos un rato más en silencio, observando los puestos y la gente que nos rodea. Por un momento, casi parece que somos dos viajeros más, dos personas normales en un lugar extraño. Pero la realidad siempre encuentra la manera de colarse.

Y la nuestra se cuela en forma de un hombre demasiado curioso que pone en alerta a Benítez, que me acerca a él en modo protector. De nuevo, tengo su mano sobre mi hombro, como si fuéramos una pareja perdida en este pequeño rincón del mundo.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que nos encuentren? —pregunto, y al hacerlo puedo escuchar cómo se rompe esa ilusoria burbuja de tranquilidad que nos rodeaba.

—No lo sé. Pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. —Su tono vuelve a ser el de siempre, firme y práctico.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Pero eso no significa que no quiera disfrutar un poco más de este respiro, de esta ilusión de normalidad.

El aire vibrante de la pequeña plaza me envuelve mientras Benítez y yo nos abrimos paso entre la multitud. El sonido de tambores y guitarras resuena con fuerza, arrastrándome como una corriente invisible hacia el centro de todo. Las luces tenues cuelgan de los postes, parpadeando como luciérnagas, y el aroma de comida recién hecha se mezcla con el de especias picantes y tierra húmeda. Es un lugar lleno de vida, tan distinto al caos y el peligro que hemos dejado atrás.

—¿Siempre eres tan serio? —le pregunto mientras lo observo de reojo. Su postura rígida contrasta con la alegría despreocupada que lo rodea.

—No estoy aquí para divertirme, plomo —responde sin mirarme, sus ojos analizando cada rincón como si esperara que algo explotara.

—Quizá deberías intentarlo. Relajarte un poco no va a matarte. —Le dedico una sonrisa burlona, sabiendo que su respuesta será un bufido o, en el mejor de los casos, una mirada de reprobación.

Para mi sorpresa, no dice nada. Solo sacude la cabeza, como si no supiera qué hacer conmigo. Eso me da cierta satisfacción. Al menos puedo desconcertarlo un poco.

Al final de la plaza diviso un escenario improvisado que está ocupado por músicos locales. Las notas de una canción tradicional llenan el aire, y varias parejas comienzan a moverse al ritmo, sus cuerpos en perfecta sincronía. Me quedo mirando, hipnotizada por la fluidez de sus movimientos. Hay algo casi mágico en la forma en que se conectan, como si el mundo desapareciera y solo existieran ellos y la música.

—¿Quieres intentarlo? —le pregunto a Benítez, señalando la pista de baile.

—Ni lo sueñes, plomo.

—Vamos, no puede ser tan malo. Hasta yo puedo hacerlo, y no soy lo que se dice una experta. Vamos —pido de nuevo y puedo escuchar la súplica que impregna cada palabra.

—No —dice—, su tono es tajante, sin embargo, hay una chispa de algo más en sus ojos. Algo que me hace pensar que quizá no es tan inmune a la tentación como quiere aparentar.

—Eres imposible —murmuro, cruzándome de brazos—. No voy a quedarme con las ganas, soldadito. Si no quieres bailar conmigo, bailaré sola… o con otro —suelto guiñándole un ojo.

Me acerco a un grupo de personas que parecen lo bastante amables como para tolerar a una extraña uniéndose a su círculo. Una mujer mayor con un vestido colorido me toma de la mano y me enseña los pasos básicos. Es torpe al principio, pero su risa contagiosa y la energía de la música me animan a seguir intentándolo.

Cuando miro hacia atrás, Benítez está apoyado contra una pared, sus brazos cruzados y una expresión que mezcla diversión y frustración. Parece fuera de lugar, como un lobo en medio de una bandada de aves. Decido ignorarlo y concentrarme en disfrutar del momento.

El ritmo de la música aumenta, y mi cuerpo comienza a moverse con más confianza. La risa burbujea en mi pecho, algo que no había sentido en mucho tiempo. Es liberador, casi terapéutico. Por un momento, olvido dónde estoy y por qué estoy aquí.

—Lo estás haciendo bastante bien —dice una voz a mi lado, en inglés. Me giro y encuentro a un hombre joven, alto y con una sonrisa encantadora. Su mano se extiende hacia mí en una invitación silenciosa.

—¿Por qué no? —respondo, aceptando su mano.

Bailar con él es diferente. Sus movimientos me guían con facilidad y siento que no lo hago tan mal. De repente, su mano baja por mi espalda y me acerca a él más de lo que debería. Dudo de si debería decirle algo o no, no tengo ni idea de si este baile es así cuando mi mirada se cruza con la de Benítez. Su expresión es ilegible, pero hay algo en sus ojos que me hace separarme del joven.

—Gracias —le digo, retrocediendo un paso.

El hombre parece confundido e insiste, hasta que Benítez se acerca y se planta justo a nuestro lado. Los brazos cruzados sobre su pecho muestran la fuerza que tiene y el joven se retira con el rabo entre las piernas.

—¿Celoso? —le pregunto, arqueando una ceja.

—Solo preocupado de que vuelvas a tropezarte y te rompas algo. —Su respuesta es rápida, casi automática. Pero hay algo en su tono que me hace dudar de sus palabras.

—Claro, porque eso sería una tragedia. —Cruzo los brazos y lo miro fijamente, esperando que diga algo más. Pero, como siempre, Benítez es un muro.

—¿Te has divertido ya bastante? —pregunta, señalando hacia la salida de la plaza con un movimiento de cabeza.

—¿Eso es todo? ¿No vas a ofrecerme una bebida o algo después de tanta actividad física?

Él me mira como si estuviera loca, pero finalmente deja escapar un suspiro y asiente hacia un puesto cercano.

—Eso no se puede considerar actividad física —suelta con un resoplido—. Vamos.

—Ah, ¿no? —azuzo de nuevo—. Creo que el joven estaba dispuesto a mostrarme sus mejores movimientos y dejarme… agotada —afirmo.

No sé en qué momento se ha girado hacia mí porque mi ojo ha sido incapaz de capturarlo, pero antes de darme cuenta lo tengo tan cerca que me ha dejado sin aire.

—Si quieres que de deje agotada —murmura muy cerca, demasiado para mi bien—, solo tienes que pedirlo, plomo —afirma.

¿Ese puto ruido es mi corazón? No puede ser, tienen que ser los tambores de la banda, ¿verdad? Quiero decir algo, algo ingenioso, divertido, o mordaz, pero no puedo, noto la lengua pesada y los labios resecos tan solo con imaginarlo *dejándome agotada.*

—Vamos a por algo de beber, parece que sí que lo necesitas —afirma antes de girarse y continuar la marcha.

Joder, me llevo la mano al corazón porque no puedo creerme que me lata así de deprisa. ¿Estoy loca? Lo estoy, no me cabe la menor duda. Lo veo entrar en un local del que sale con una botella en la mano.

—Vamos —ordena de nuevo.

Me siento en un banco improvisado, él se sienta a mi lado. Me da un vaso y lo llena con el líquido de la botella. Doy un trago y dejo que la calidez del alcohol se extienda por mi cuerpo. La bebida es fuerte y dulce, con un regusto que arde en la garganta.

—Si no te gusta, iré a por otra —afirma dando un sorbo de la botella.

Eso me hace sonreír, solo él puede decir algo como lo de antes y ahora ofrecerse a comprarme otra bebida si esta no me gusta.

—No eres tan malo como pretendes —digo, rompiendo el silencio.

—No te hagas ilusiones.

—Demasiado tarde.

Por primera vez, veo algo que podría ser una sonrisa en sus labios. Es pequeña, apenas perceptible, pero está ahí. Y eso, de alguna manera, hace que toda esta noche valga la pena.

Mientras la música continúa de fondo y la gente sigue bailando, siento que algo entre nosotros ha cambiado. Quizá, estamos empezando a entendernos.

Capítulo 21 ¿Algo como qué?

Valeria

Dime algo —digo de repente, rompiendo el silencio que se ha asentado entre nosotros como una manta cómoda.

—¿Algo como qué? —pregunta, sin apartar la mirada del horizonte donde las luces de la plaza parpadean como luciérnagas.

—Algo que nunca le hayas contado a nadie.

Él deja escapar una risa breve, una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¿Por qué quieres saber eso, plomo?

—Porque estoy cansada de las medias verdades y los silencios cargados. —Alzo la barbilla, desafiándolo a cerrarse de nuevo—. Estamos en medio de la nada, bebiendo algo que sabe a gasolina, y quién sabe si saldremos vivos de esta. Si no hablamos ahora, ¿cuándo?

Él guarda silencio por un momento, tomando un trago largo de la botella. Cuando habla, su voz es baja, casi un murmullo que se mezcla con los ecos de la música.

—Cuando tenía doce años, mi madre se fue. No dejó una nota, ni una explicación, solo se fue. Mi padre me dijo que era mejor así, que no la necesitábamos. Pero nunca le creí. —Se detiene, como si las palabras pesaran demasiado—. Durante años, pensé que, si me hacía lo suficientemente fuerte, ella volvería.

—¿Volvió? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Nunca —niega con la cabeza, su expresión es más dura que nunca.

—Benítez... —No sé qué decir. Quiero ofrecerle algo, cualquier cosa, pero él me detiene con un movimiento de la mano.

—Tu turno —dice, y aunque su tono es seco, hay algo en su mirada que me dice que necesita esta reciprocidad, esta conexión.

Respiro hondo y miro el vaso en mis manos, jugando con el borde antes de hablar.

—Cuando era niña, soñaba con ser astronauta. Quería escapar de todo, encontrar un lugar donde no tuviera que ser perfecta para los demás. —Me río sin humor, sintiendo cómo las palabras se deshacen en mi lengua—. Pero nunca fui lo bastante valiente para intentarlo. Siempre me quedé en la tierra, con los pies bien plantados, cumpliendo expectativas que no eran mías.

—¿Por qué no te fuiste? —pregunta, genuinamente interesado.

—Supongo que nunca encontré una buena razón para hacerlo. —Lo miro, y nuestras miradas se encuentran en un punto donde la vulnerabilidad y el entendimiento se cruzan—. Además…

—¿Además?

—Rodrigo se había ido, sentía que debía llenar su ausencia.

El silencio que sigue no es incómodo. Es pesado, sí, lleno de significados no dichos, pero no incómodo. Es como si este momento, con la música y el licor y el frío que comienza a colarse entre nosotros, fuera suficiente para construir un puente invisible entre nuestras heridas.

—No somos tan diferentes, ¿sabes? —digo al fin, rompiendo el hechizo.

Él sonríe, una mueca breve y casi imperceptible que, sin embargo, me llena de algo que no puedo identificar.

—Quizá por eso estamos aquí, juntos.

—Entiendo por qué a Rodrigo le gustabas tanto, soldadito. A pesar de todo, eres de fiar.

—Creo que has bebido demasiado y ves cosas que no existen —susurra dando otro trago.

La música continúa, las risas del pueblo llenan el aire, y por primera vez en mucho tiempo, siento que no estoy sola. Aquí, en este rincón perdido del mundo, bajo un cielo lleno de estrellas, comparto un momento con un hombre que, contra todo pronóstico, entiende mis silencios tanto como yo empiezo a entender los suyos.

—Te equivocas, soldadito marinero, creo que veo con más claridad que nunca.

—Deja de beber —ordena con una sonrisa—. ¿No hay nadie que te espere de vuelta? —interroga sin mirarme.

—Cuando tenía catorce años, me escapé de casa una noche —confieso—. Con un chico —añado en voz baja—. Cogí una mochila con una manta, un par de bocadillos y un paquete de patatas fritas —continúo con una sonrisa llena de añoranza—. No hicimos nada, solo éramos dos críos sentados en la arena, bajo las estrellas, escuchando el susurro de las olas…

—¿Y qué pasó? —pregunta al cabo de un rato, no me he dado cuenta de que me he perdido en mis recuerdos.

—Apareció Rodrigo cuando amanecía. Enloquecido, me había estado buscando toda la noche sin parar… —. Sonrío ante el recuerdo.

—Ya, conociendo a Rodrigo le golpearía primero y preguntaría después —termina por mí.

La carcajada me rompe por completo. Río de verdad, con ganas, porque es justo lo que sucedió.

—Bingo —digo tan solo y puedo escucharlo reír también—. Me has recordado a él, justo hace un rato.

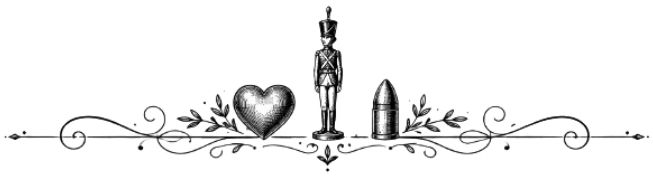
—¿Cuándo?

—Cuando has ahuyentado a mi pretendiente.

—Ese tío no tenía ni media hostia mal dada —bufa.

—Rodrigo te hubiera dado un puñetazo, y después su bendición —añado en voz baja.

No necesito decir nada más, sé que él ha entendido perfectamente el mensaje.



La habitación está bañada por la tenue luz de la lámpara de aceite, que proyecta sombras suaves sobre las paredes de adobe. El eco

lejano de la música sigue vibrando en mi piel, mezclándose con la calidez del licor dulce que todavía siento en los labios. Benítez cierra la puerta detrás de nosotros, su habitual rigidez sustituida por algo más relajado, casi vulnerable.

Me quito el pañuelo del cuello y lo dejo caer sobre la mesa. Él permanece de pie, observándome con una intensidad que hace que el aire se vuelva denso entre nosotros. Esos ojos, tan acostumbrados a escrutar amenazas, ahora parecen estar buscando algo diferente. Algo en mí.

—¿Qué? —pregunto, intentando romper el silencio que se estira como un hilo a punto de romperse.

—Nada —responde, pero su voz es más baja, más cargada de lo que me esperaba. Su mirada no se aparta de la mía, como si no pudiera o no quisiera hacerlo.

La tensión que siempre ha estado entre nosotros, sutil pero persistente, se siente ahora como una ola que amenaza con arrastrarnos. Pero esta vez no quiero resistirme. Ya no.

—No creo que sea nada, soldadito —replico, avanzando un paso hacia él. Mi tono es ligero, pero el temblor en mis manos me traiciona.

Él sonríe, apenas un gesto que desaparece tan rápido como aparece. Luego, quitándose la chaqueta de una forma deliberada, me deja sin aliento. Cada movimiento parece cargado de intención, como si supiera lo que está haciendo.

Me acerco a él, despacio. Saco la camiseta por la cabeza y la lanzo. Desde aquí lo escucho tragar con fuerza.

—Plomo… —su voz es un murmullo, casi una advertencia, pero no hay dureza en ella.

—¿Qué? —miro sus ojos, desafiándolo a decirme que retroceda. A decirme que esto no está bien.

—Creo que ya hemos tenido bastante diversión por una noche. Mañana tenemos trabajo.

—Hasta esta noche no sabía que lo divertido venía contemplado en tu manual de vida, soldadito.

—La diversión no, pero la actividad física sí —añade.

Siento su mirada sobre mi cuerpo, espero a que dé marcha atrás de un momento a otro, a que se aleje igual que pasó tras el beso, sin embargo, de momento, no lo hace.
En lugar de eso, da un paso hacia mí, tan cerca que puedo sentir su calor antes de que sus manos se posen en mis brazos. Su tacto es firme, pero no exigente. Es como si me diera una última oportunidad de apartarme.

No lo hago.

—Tú tampoco estás aquí por casualidad, ¿verdad? —susurro, mi voz apenas un eco entre nosotros.

—Plomo… —su voz es un murmullo, casi una advertencia, pero no hay dureza en ella.

—¿Qué? —miro sus ojos, desafiándolo a decirme que retroceda. A decirme que esto no está bien. No lo hace, pero en sus ojos hay algo crudo, algo que he visto destellos antes, aunque no con tanta claridad. Y, entonces, me besa.

Es distinto al beso que compartimos antes, más lento, más profundo. Como si estuviera buscando algo en mí que no había tenido tiempo de buscar antes. Mi espalda choca contra la mesa detrás de mí, pero no me importa. Sus manos recorren mis brazos, mi cintura, hasta que me encuentro aferrándome a su camisa, tirando de él como si temiera que pudiera desaparecer.

—Esto es una mala idea —murmura contra mis labios, pero sus manos dicen lo contrario, trazando un camino por mi espalda, encendiendo cada rincón de mi piel.

—Entonces no pares —respondo, sin aliento—. Soy adicta a las malas ideas.

La respuesta parece ser todo lo que necesita. Sus labios vuelven a los míos con más urgencia, mientras me levanta para sentarme sobre la mesa. Su cuerpo encaja contra el mío, y de repente, todo lo demás desaparece.

No hay guerra, ni misiones, ni secretos. Solo nosotros.

Mis dedos encuentran la cicatriz en su torso, la misma que tantas veces me ha hecho preguntarme por todo lo que ha vivido.

Ahora la toco con suavidad, como si pudiera aliviar algo de ese peso que lleva consigo. Él cierra los ojos al sentir mi contacto, dejando escapar un suspiro que parece llevarse consigo todas las barreras que quedan entre nosotros.

—No tienes idea de lo complicado que soy, plomo —advierte, su voz no es más que un murmullo grave, lleno de algo que se mueve entre la advertencia y la rendición.

—¿Y tú tienes idea de lo poco que me importa? —murmuro, acariciando su mandíbula con mis dedos.

—Que Dios me dé fuerzas, porque ya las he agotado todas.

Y el hombre que siempre muestra desaparece. Ahora solo queda él. Me quita los pantalones, no sé bien cómo porque estoy en una nube. Lo que sí noto es el crujido de mis bragas entre sus manos, ha sonado a que las ha pulverizado.

—¡Joder, soldadito! —jadeo.

—Ahora vas a saber el significado de esa expresión, plomo —amenaza.

Sin embargo, esa amenaza suena a… gloria. Me toma por la cintura y sin esperarlo me levanta a pulso de la mesa, eso hace que jadee con fuerza.

—Andrés… —murmuro.

—Voy a enseñarte lo que es dejarte agotada por la actividad física.

Y me penetra con tanta fuerza, tan adentro, que el golpe de mi espalda contra la pared de adobe no lo siento. Estoy llena de él. Espero que me embista de nuevo, pero no lo hace, se queda dentro de mí, quieto, agarrándome con firmeza y su mirada clavada en la mía.

—Eres la mujer más irritante que he conocido nunca… —murmura muy cerca de mi boca.

Eso hace que me ría y la vibración de mi cuerpo con su polla dentro de mí hace que el placer me recorra como miles de alfileres, tocando cada fibra, cada terminación nerviosa…

—¿Debería disculparme, soldadito?

—Nunca, porque eso me vuelve loco. Me vuelves loco, Valeria…

Y su cuerpo empieza a moverse dentro del mío. Las oleadas de placer se intensifican, su boca muerde mis labios, mi cuello, sus dedos aprietan mis muslos exigentes.

—Sabía que follarías como un animal —jadeo devolviéndole un bocado en el cuello.

—¿Quieres que me detenga? —interroga sin dejar de mirarme.

—Como pares, te mato.

Y, lo que sucede después, no solo son movimientos. Es algo más profundo, una conexión que trasciende las palabras. En la intimidad de ese pequeño espacio, bajo la tenue luz de la lámpara, no somos dos personas rotas en medio de una misión imposible. Somos algo más.

Algo completo, aunque solo sea por una noche.

Capítulo 22 El Precio de la Quietud

Benítez

El cuarto está bañado por una luz tenue que se cuela a través de la ventana. La lámpara de aceite, ahora apagada, deja sombras suaves en las paredes. Afuera, el viento susurra entre las montañas, llevando consigo los ecos de una tranquilidad que sé que no durará mucho.

Ella duerme. Su respiración es constante, casi musical, y su cuerpo se acurruca contra el mío, como si buscara un refugio del mundo. Mi brazo está bajo su cabeza, su cabello enredado cayendo en cascada sobre mi piel. No me he movido desde que se quedó dormida, y no sé por qué. Podría justificarlo como cansancio, como la necesidad de ahorrar energías, pero sé que no es solo eso.

Miro su rostro. Hay una suavidad en sus rasgos que rara vez deja ver cuando está despierta. La determinación que siempre carga en los ojos ahora está ausente, reemplazada por una calma que casi me resulta ajena. No debería estar aquí. No debería haber dejado que esto sucediera. Y sucedió dos veces. Pero en este momento, cuando todo está en silencio, no puedo arrepentirme.

La miro y pienso en lo que significa todo esto. Ella es un riesgo. No solo para la misión, sino para mí. No debería permitirme sentir nada, no en este mundo, no en esta vida. Pero aquí estoy, atrapado en un momento que sé que no debería querer dejar ir.

Mi mirada recorre las cicatrices que cruzan mi brazo, las mismas que ella tocó anoche con una mezcla de curiosidad y cuidado. Su tacto, tan leve, había logrado derribar muros que creía inquebrantables. Nunca lo admitiré en voz alta, pero en ese instante, por primera vez en años, no me sentí solo.

Ella murmura algo en sueños, moviéndose inquieta. Mi cuerpo se tensa, casi como un reflejo condicionado. Pero cuando no despierta, dejo escapar un suspiro y me obligo a relajarme. No sé

cuánto tiempo más podemos quedarnos aquí, pero una parte de mí quiere alargarlo. Quiero dejar que este momento dure.

Mis pensamientos se interrumpen cuando siento un cambio en su respiración. Abre los ojos perezosa, pestañeando mientras sus pupilas se adaptan a la poca luz. Al darse cuenta de nuestra posición, un ligero rubor cruza su rostro.

—Buenos días, soldadito —murmura con una sonrisa perezosa.

—Aún no es de día. —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía. No estoy acostumbrado a estos momentos.

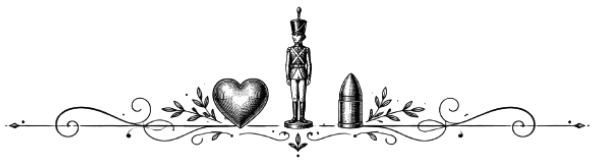
Ella se ríe con suavidad, su mano rozando mi pecho antes de apartarse.

—¿Siempre tan pragmático? ¿No puedes tan solo disfrutar el momento?

Quiero responder algo sarcástico, algo que ponga distancia entre nosotros, pero no puedo. Sus palabras, tan simples, logran atravesar todas mis defensas. En lugar de eso, me levanto, cuidando no moverme bruscamente.

—Voy a revisar el equipo —digo, buscando cualquier excusa para escapar del peso de su mirada.

—Claro, porque eso no puede esperar. —Su tono es burlón, pero hay algo en sus ojos que delata que entiende. Me deja ir, como si supiera que necesito espacio.



Cuando regreso a la habitación, ella está vestida, sentada al borde de la cama mientras se ata el pañuelo al cuello. Su expresión ha cambiado, más seria, más en sintonía con la realidad que nos rodea.

—Tenemos que hablar —dice, su tono firme.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que vamos a hacer ahora. No podemos seguir de un lugar a otro sin un plan claro.

Asiento. Tiene razón, pero eso no significa que sea sencillo.

—Hay algo que quiero revisar antes de salir de aquí —digo, sacando de mi mochila un pequeño cuaderno que había encontrado entre los papeles de Rodrigo. Hasta ahora, no había tenido tiempo de analizarlo a fondo.

Ella se acerca, su curiosidad evidente. Nos sentamos juntos en la pequeña mesa de la habitación mientras abro el cuaderno. Las páginas están llenas de anotaciones en clave, la mayoría de ellas ilegibles. Pero en la parte inferior de una de las páginas hay un pequeño dibujo: un símbolo que no reconozco.

—¿Eso qué significa? —pregunta, señalando el dibujo.

—No estoy seguro, pero lo he visto antes. Está relacionado con los informes del F-14. Es un indicativo de almacenamiento, una especie de marcador para información clasificada.

Ella frunce el ceño, su mente trabaja a toda velocidad. Puedo escuchar los engranajes moviéndose a toda prisa.

—Entonces hay algo más. Algo que no hemos encontrado todavía.

—Exacto. —Mis dedos trazan el contorno del símbolo mientras las piezas comienzan a encajar en mi mente—. Rodrigo no nos dio todo. Dejó algo escondido.

—¿Y cómo lo encontramos?

—Primero necesitamos saber dónde buscar. Este símbolo... podría estar relacionado con una ubicación. Algo me dice que está más cerca de lo que pensamos.

Un golpe en la puerta nos saca de nuestros pensamientos. Ambos nos ponemos de pie al instante, nuestras manos instintivamente buscando las armas. Valeria se mueve hacia un lado de la puerta mientras yo me acerco con cautela.

—¿Quién es? —pregunto, mi voz firme.

Del otro lado, una voz masculina responde, hablando en el dialecto local. Reconozco la voz como la del hombre que nos vendió provisiones el día anterior. Abro la puerta con cuidado, manteniendo

mi arma fuera de vista pero lista para usar. El hombre sostiene algo en sus manos: un pequeño paquete envuelto en tela.

—Han dejado esto para usted.

—¿Qué es? —pregunto, tomando el paquete con desconfianza.

—No sé. Un hombre me dijo que se lo entregara. No pregunté más.

El hombre se queda callado por un segundo, repasando lo sucedido.

—Sí, me dijo que, si desconfiaba, le dijera que el paquete era un regalo de Hades para Ares.

El hombre se da la vuelta y desaparece de mi vista. Aunque hubiera querido decir algo, no habría sido posible. Estoy clavado en el sitio. Es como si acabaran de darme un puñetazo en los putos huevos.

—¿Qué es eso? —pregunta Valeria acercándose a la puerta que cierro con brusquedad.

Mi mente se ha despertado por su pregunta y ya trabaja a toda velocidad.

—Creo…, creo que la bomba está a punto de explotar —digo sin más, aunque no hacen falta más palabras, sé que ella lo ha entendido.

—¿Quién es Hades? ¿Y Ares? —pregunta, confusa.

—¿Quieres decir que eso lo ha enviado mi hermano?

—No tengo ni idea, Valeria, pero sea quien sea el que nos lo ha hecho llegar, sabe todo acerca de nosotros, incluidos nuestros nombres en clave.

Rodrigo y yo éramos Hades y Ares. Esa combinación no aparecía en informes. La sabían muy pocos; entre ellos, Hale. Y pensar en él ahora me deja un sabor metálico en la boca.

Nos sentamos en la cama, las sábanas están revueltas y el aroma a sexo continúa en ellas. El pantalón me aprieta, pero desecho la idea de follármela de nuevo y me centro. Abro el paquete y dentro hay un pequeño paquete envuelto en papel con muchos símbolos garabateados. Mi corazón late con fuerza mientras

reconozco uno de ellos: el mismo que hay en la caja que encontramos en la cueva.

Desenvuelvo el papel con cuidado, no quiero romper nada que sea vital, y un pendrive cae sobre la palma de mi mano.

—¿Esto es lo que buscábamos? —interrogo para mí mismo más que para ella. Y sin esperar respuesta alguna lo introduzco en la tableta. Los dos nos quedamos con la mirada fija en la pantalla, viendo todo lo que contiene ese insignificante pedazo de metal y plástico.

Trato de ignorar el roce de su pierna contra la mía, del olor de su cabello, del eco de jadeos…, ¡joder! Me está volviendo loco.

Gracias a Dios, el dispositivo detecta el contenido: una serie de carpetas protegidas por contraseñas.

—Genial. Cerrado con llave. —Su sarcasmo no oculta su frustración.

—Espera —pido a la vez que tecleo algunas combinaciones, probando códigos que Rodrigo y yo solíamos usar en nuestras operaciones. Mi mente corre a mil por hora, intentando recordar cualquier cosa que pueda ser relevante.

—¿Será este el código? —pregunta colocando frente a mi nariz una serie de letras, números y códigos que hay en el mismo papel en el que venía el dispositivo.

—La verdad es que no lo sé, y me temo que este es el último intento. ¿Qué dices, plomo? ¿Nos lo jugamos todo a una sola carta? Esto es a vida o muerte…

—¿No lo es cada paso que damos desde que nos conocimos, soldadito?

No necesito nada más, ingreso el código que hay en el papel. No suelo perder los nervios, sin embargo, he de admitir que estoy nervioso. Ella también ha debido notarlo, porque posa su mano sobre mi muslo.

Unos segundos más de espera, y se abre.

—¿Qué demonios...? —Valeria se lleva una mano a la boca mientras la pantalla se llena de documentos, fotos y vídeos. Mi estómago se hunde al reconocer algunas de las imágenes: mapas

marcados, nombres en listas, informes clasificados con sellos oficiales.

—Son las pruebas —digo, apenas capaz de procesar lo que estoy viendo—. Esto documenta todo lo que pasó en el F-14... y más.

Valeria señala un archivo de vídeo titulado «Operación Inframundo». Lo abro, y ambos contenemos la respiración cuando aparece un hombre frente a la cámara, con un emblema militar en su uniforme que no reconozco de inmediato. Habla en un tono firme y frío, describiendo en detalle cómo se llevaron a cabo las operaciones encubiertas, los nombres de los responsables, y los sacrificios que hicieron en nombre de una supuesta seguridad nacional.

—Esto es... es una confesión. —La voz de Valeria tiembla, como si apenas pudiera creerlo.

—No —niego con la cabeza, apretando los dientes mientras avanzo en el vídeo—. Es algo peor. Es una amenaza.

Los últimos minutos del vídeo muestran imágenes de satélites, marcadores en zonas específicas del mapa global, y una advertencia en rojo: «ACTIVACIÓN PENDIENTE».

—Tenemos que salir de aquí. —Mi tono es firme y mis manos ya están guardando la tableta y el pendrive de nuevo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Valeria, pero su expresión revela que ya lo intuye.

—Significa que aún no ha terminado —afirmo. La miro, sintiendo cómo mi mente empieza a trazar el próximo paso—. Y si nos encuentran con esto, tampoco lo haremos nosotros.

Ella asiente despacio, como si el peso de lo que está por llegar se asentara sin prisa dentro de ella.

—Entonces ya sabemos qué hacer —afirma levantándose de la cama. Eso alivia mi sufrimiento. Me sorprende escuchar que su voz tiene un deje de seguridad que no había escuchado antes.

—Lo primero, salir de aquí —ordeno a la vez que guardo la tableta y el pendrive con movimientos rápidos.

—¿Y luego qué? —pregunta Valeria, su tono suena firme, pero sus ojos delatan preocupación. Me detengo un momento,

observando el símbolo en la pantalla antes de cerrar el dispositivo. Algo en el diseño me resulta familiar, como si lo hubiera visto en algún lugar antes.

—Esto —digo señalándolo—. Es una ubicación. Lo reconocí en uno de los informes de Rodrigo. Si estoy en lo correcto, hay una instalación en la frontera que podría ser nuestra única salida para entender todo esto.

Valeria asiente, en silencio y, por primera vez, siento que estamos sincronizados. No sé quién dejó esto para nosotros ni por qué, pero tengo algo muy claro: el juego acaba de cambiar, y tenemos que estar listos para lo que venga.

Capítulo 23 Sombras en el Camino

Valeria

El aire es denso, pesado, mientras avanzamos por este maldito sendero que parece interminable. La vegetación se vuelve más espesa a cada metro, aunque parezca imposible. Estoy tan nerviosa que cada crujido bajo nuestras botas me hace girar la cabeza en todas las direcciones posibles.

La actitud de Benítez tampoco ayuda, la verdad, como el rifle colgando de su hombro como es habitual y esa postura tan tensa que parece que va a romperse de un momento a otro, es como si tras cada sombra entre los árboles hubiera una amenaza.

—¿Puedes dejar de estar tan paranoico? —suelto con brusquedad, tratando de aliviar la tensión que se acumula en mi pecho con algo de sarcasmo.

—Cuando sobrevives a la primera semana en este trabajo, aprendes a llamarlo instinto, no paranoia —contesta sin mirarme.

—Si crees que eso me ha tranquilizado, siento decirte que nada de eso —confieso.

Levanto la cabeza hacia el cielo, que apenas vislumbro entre las espesas copas de los árboles. No sé cuánto tiempo llevamos caminando a este ritmo infernal, pero estoy agotada. El terreno se vuelve más accidentado, con caídas afiladas y pasos tan estrechos que incluso a pie son una odisea.

—¿Estamos cerca? —pregunto de nuevo, aunque me imagino la respuesta.

—No lo bastante.

Sigo caminando, el peso de la mochila tira de mis hombros hacia abajo, buscando el
este maldito dolor de pies que me está matando ni la constante sensación de que algo no va bien.

Desde que dejamos la casa en el pueblo, Benítez ha estado más callado de lo normal, eso me pone nerviosa, porque su silencio se

escucha diferente, como si él pudiera oír algo que yo no y eso alimenta el miedo que se empeña en quedarse en mi pecho, dejándose sin aire suficiente en los pulmones.

—Andrés —lo llamo por su nombre—, ¿qué pasa? Y no me vengas con el cuento de que nada —exijo.

Se detiene de golpe y se gira hacia mí, sus profundos ojos brillan con una mezcla de impaciencia y algo más que no logro descifrar, y ese «algo más» es lo que más nerviosa me pone.

—Tenemos compañía —dice en voz baja.

Mi corazón se acelera al instante. Observo alrededor, con atención, pero no puedo ver nada que no sean árboles, árboles y más putos árboles.

—¿Cómo lo sabes? —susurro.

—Lo sé —dice sin más—. Vamos a continuar un rato más, iré más despacio y te quiero pegada a mí —ordena—. Y, Valeria —me llama de nuevo—, si algo pasara, sea lo que sea, recuerda: salvar la vida siempre. Corre, huye, aléjate sin mirar atrás. Ni una sola vez.

Mi cuerpo se tensa, no por la idea de que alguien de nuevo nos esté siguiendo, la verdad es que no creo que quede nadie en este país que no nos haya seguido…, es por lo que me ha dicho, por ese «ni una sola vez» que ha suavizado su expresión y me ha provocado dolor de estómago.

Seguimos caminando y el silencio se tensa, es como la cuerda un arco justo cuando está a punto de hacer un disparo. Cuando creo que voy a echar el hígado por la boca, llegamos a un claro en el que decide detenerse. Revisa el área con cuidado, asegurándose de que no haya señal de vida humana alguna y mientras, me dejo caer sobre una roca, tan exhausta que hasta me parece cómoda.

—Come —ordena a la vez que me lanza una barrita energética que saca de la mochila.

—Gracias, papá —respondo con sarcasmo, aunque me como de todas formas.

—En otra ocasión, te daré los azotes que te mereces por llamarme «papá» —amenaza. Y me muerdo el labio inferior inconscientemente.

—Promételo —pido.

Él esboza media sonrisa y cabecea, no puedo oírle con claridad, pero sé que ha dicho algo así como: «eres imposible».

Se sienta frente a mí y se toma la barrita.

—Toma esto —dice tendiéndome una botella de agua.

—Estoy bien —replico.

—No, no lo estás. Bebe —insiste, y su tono deja claro que no es una sugerencia.

—Gracias, y por detenerte. No me veo con fuerzas para continuar.

—Es demasiado arriesgado seguir sin luz —suelta—. Cúbrete, la tempera no dejará de bajar.

—¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrado.

No insisto, sé que es algo inútil con él. Me arropo y me apoyo contra el árbol que más cerca tengo, inclino la cabeza hacia atrás notando cómo la corteza se clava en mi cuero cabelludo y dejo escapar el aire.

—¿Crees que saldremos de esta?

Mira hacia mí. A pesar de la oscuridad veo brillar la duda en su mirada.

—Siempre hay una salida, Plomo. Solo hay que encontrarla.

—¿Aunque eso signifique perderlo todo?

La pregunta queda suspendida en el aire. No responde, supongo que no tiene ninguna respuesta que ofrecerme. En el mundo al que pertenece, perderlo todo es la única garantía.

—Valeria... —empieza a decir, pero se detiene, como si no supiera cómo continuar.

Antes de que pueda preguntarle, un ruido en la distancia nos pone en alerta. Ambos nos levantamos de golpe, sus manos van hacia el arma.

—Prepárate para moverte —dice Benítez, su voz baja pero firme.

Asiento, sintiendo cómo la adrenalina reemplaza el cansancio. No sé qué nos espera, pero estoy lista. O al menos, eso quiero creer.

—Quédate aquí, voy a asegurarme de que no haya nadie cerca.

Lo veo alejarse unos pasos, imagino que quiere cerciorarse de lo que sea que haya sido ese ruido. El corazón me late tan fuerte que no puedo escuchar el resto del mundo, todo queda en silencio.

Algo frío y áspero cubre mi boca. Intento gritar, pero el aire no me alcanza ni para respirar. Las sombras se mueven a mi alrededor que se ha llenado de susurros que no identifico. Y luego… nada. Tan solo oscuridad, una tan inmensa que traga.

Benítez

Mi respiración es agitada mientras avanzo entre las sombras. La mochila que llevo me resulta más pesada de lo que debería, aunque la verdad es que el peso lo llevo dentro, no a la espalda: se la han llevado.

Valeria está en manos de esos bastardos y cada segundo que pasa la distancia puede hacerse más grande. Grito.

—¡Valeria! ¡Valeria! —grito de nuevo.

Sé que no debería, que tendría que rastrearlos en silencio, pero me parece que la cordura se ha esfumado de mi cuerpo junto a la serenidad. ¿Dónde han ido a parar mis años de experiencia?

Sigo las huellas que han dejado al arrastrarla, la oscuridad hace un poco más complicado ver el rastro, pero no imposible. El eco de mis pasos parece lanzarme reproches sin parar que rompen el silencio de la noche. Tengo que dar con ella, rápido. No puedo…, no puedo perderla igual que a Rodrigo.

El bosque es un laberinto oscuro que parece extenderse sin fin. Llevo horas siguiendo un rastro que se debilita con cada paso, pero no tengo intención de detenerme. La linterna ilumina las marcas en el suelo: huellas que se mezclan con hojas aplastadas, y el ocasional rastro de sangre que se pierde entre las sombras.

Mi mente no deja de girar alrededor de lo que puede estarle pasando. ¿Está herida? ¿Asustada? Cada segundo que pasa la distancia entre nosotros parece un abismo más grande, y la desesperación crece como un veneno en mi pecho.

—¡Joder, Benítez! Tienes que guardar la calma, ¡tienes que ser Ares! —me ordeno a mí mismo.

Avanzo entre los árboles, notando cómo el terreno se hace más escarpado. A lo lejos, el ulular de un búho rompe el silencio, pero no me distrae. Mis sentidos están enfocados en una sola cosa: encontrarla.

De repente, algo llama mi atención. Un trozo de tela desgarrada cuelga de una rama baja. Me acerco y lo examino bajo la luz de la linterna. Es de su camiseta. Está desgarrado, pero no hay señales de sangre en él. Mi mandíbula se tensa. Al menos eso significa que sigue viva.

Sigo adelante, mis pasos rápidos y firmes. Entonces escucho algo: voces bajas, un murmullo que se mezcla con el sonido del viento. Me acerco con cuidado, agachándome detrás de un árbol para observar. Dos hombres están de pie junto a un tronco caído, sus figuras iluminadas por una linterna que han dejado en el suelo.

Parece que algo les ha molestado y que están discutiendo. Miro hacia todas las direcciones, pero no la diviso. Aprieto los dientes.

El rifle está entre mis manos, cómodo, por un segundo se me pasa por la cabeza meterles un puto tiro en la cabeza, pero decido acercarme sin hacer ruido. Si disparo, podría alertar a más enemigos. ¿Y qué gracia tendría acabar con ellos de un solo disparo? Se han atrevido a ponerle las manos encima, eso no es bastante castigo… Me muevo con sigilo, cada paso calculado, hasta que estoy lo bastante cerca para escuchar lo que dicen.

—Maldita sea, esa perra nos hizo correr como idiotas. —El hombre más alto se pasa una mano por el cabello, frustrado.

—Te lo dije, deberíamos haberla dejado atada —responde el otro, con voz grave.

Mis dedos se tensan, dejan el rifle y se aferran al cuchillo que llevo en el cinturón. Mi cuerpo se mueve antes de que mi mente termine de decidir. En cuestión de segundos, estoy sobre el más cercano. Mi brazo se envuelve alrededor de su cuello, y un golpe certero con el mango del cuchillo lo deja atontado.

El segundo hombre reacciona, sacando un arma, pero mi cuchillo vuela antes de que pueda apuntar. Dejo su mano clavada al tronco del árbol, grita de dolor mirando su mano como si no creyese posible lo que acaba de suceder.

—¿Dónde está? —gruño, apretando el cuchillo en su mano herida y su garganta con mi mano libre. Su respiración se vuelve errática, y veo el miedo en sus ojos.

—¡No lo sé! —jadea—. Se nos escapó, ¡te lo juro! Corrimos tras ella, pero desapareció. Esa maldita se esconde como un demonio.

Aprieto más fuerte, el impulso de acabar con él es casi abrumador, pero no puedo permitírmelo. Lo necesito vivo.

—¿Hacia dónde fue? —insisto.

—Hacia el norte. ¡Eso es todo lo que sé!

—¿Mientes? —indago.

—No…, no me atrevería —tartamudea.

—¿Quién os envía? —demando.

—Si te lo digo, estoy muerto.

—En eso te equivocas, *amigo,* ya estás muerto. Dejaste de vivir justo en el instante en el que le pusiste la mano encima —afirmo con la voz tan afilada como mi cuchillo.

El hombre al que he dejado herido, reacciona y lo puedo escuchar llegar hasta mí a la carga. Con un movimiento rápido saco el cuchillo del tronco, me giro y uso a su amigo como escudo. Veo el momento exacto en el que se da cuenta de lo que ha pasado reflejado en su pupila.

—Mala idea, *amigo* —susurro antes de cogerlo por el cuello. No dudo, lo levanto, no me importa que patalee, aprieto hasta que deja de pelear y cuando sé que le he robado la vida, lo lanzo lejos, como un muñeco que no sirve. Ares ha vuelto.

—Ahora, piensa, piensa, Ares. Te necesito tomando el control…

Limpio mis manos ensangrentadas en el pantalón y rebusco en la mochila, le puse un walkie-talkie, espero que la puta mochila siga con ella. Si ella escapó, significa que sigue luchando, que no se ha rendido. Pero también significa que está sola, posiblemente herida, en un terreno que no conoce.

—Vamos, plomo, vamos… —susurro mientras conecto el walkie pulsando con el pulgar el botón de transmisión—. Valeria, ¿me copias? —digo, mi voz firme, aunque el miedo amenaza con quebrarla.

La estática responde al principio, un eco vacío que hace que mi estómago se hunda. Estoy a punto de intentarlo de nuevo cuando escucho algo. Una respiración entrecortada, seguida de una voz que me pone los pelos de punta.

—Vamos, plomo, ¿me copias? —repito a punto de perder la razón. Si le ha pasado algo, va a arder todo el puto Afganistán y la mitad de China.

—Beni... Benítez... —escucho entrecortado al otro lado. Cierro los ojos y me golpeo la frente con el walkie, trato de regular mi respiración, aunque si soy sincero me tiembla todo el cuerpo.

—Estoy aquí, plomo. Dime dónde estás.

—No lo sé... hay... árboles, muchos árboles. Me caí, creo que mi brazo... —Su voz tiembla, y puedo escuchar el dolor en cada palabra.

—Escucha, tienes que calmarte. Mira a tu alrededor. ¿Ves algo distintivo? Una roca grande, un árbol…, algo que pueda usar para encontrarte.

—¿Un..., un árbol, soldadito? Tienes que estar…, tomándome el pelo. Está oscuro..., no puedo..., no puedo ver nada.

Un sollozo ahogado corta su frase, y la rabia que siento contra mí mismo por no haberla protegido me quema por dentro.

—Plomo, escucha. Tienes una bengala contigo. Búscala —pido, manteniendo mi voz lo más suave posible.

—Creo que está…, aquí —responde. Su voz suena cada vez más suave, como si la fuerza la abandonara con cada sílaba. Creo que es la primera vez que me da miedo algo, miedo de verdad. Es la misma sensación que tuve cuando descubrí que mi madre me había abandonado.

—Necesito que la uses, ¿vale? Retira la tapa, colócala lo más lejos de ti que puedas, trata de encontrar una zona que esté lo más libre posible de árboles…

—¿Libre de árboles? ¿Aquí? —interroga con la voz más baja todavía.

Esbozo una media sonrisa. Ni en esta situación pierde el sarcasmo.

—¿Lo tienes, plomo? —pregunto, un ruidito al otro lado que tomo como un sí—. Ahora tira de la anilla. Lánzala al aire. Te encontraré, lo prometo.

—¿Y si ellos...?

—Si ellos aparecen…, será lo último que hagan en sus vidas. Tú lánzala. Te encontraré.

Hay un silencio agonizante antes de que su voz regrese, apenas un susurro.

—De acuerdo.

Cierro los ojos por un segundo, dejando escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Luego los abro y fijo mi mirada en el cielo oscuro. Estoy esperando el destello, la señal que me guiará hacia ella.

Unos segundos después, una luz roja atraviesa el cielo, pintando las copas de los árboles con un resplandor fantasmagórico. La bengala se eleva, dejando un rastro brillante antes de empezar a descender despacio.

Sin perder un segundo, corro hacia la dirección de la luz. Mi cuerpo está agotado, pero el miedo me empuja más allá de mis límites. No puedo fallar. No esta vez. Corro entre los árboles, mi mente invadida por un millón de posibilidades, ninguna de ellas termina bien. Cada sombra parece un enemigo, cada sonido un peligro. Entonces, escucho algo que detiene mi corazón: un grito ahogado.

—¡Valeria! —grito, pero no hay respuesta.

Avanzo más rápido, hasta que llego al borde de un precipicio. Miro hacia abajo y ahí está: su cuerpo está parcialmente oculto entre la maleza. El pánico amenaza con tomar el control, pero lo aparto. No puedo permitirme flaquear.

—Valeria, ¿puedes oírme? —grito, mi voz cargada de urgencia.

Un leve gemido me llega como respuesta. Está viva, pero apenas.

Tiro la mochila al suelo y saco la cuerda que llevo. No puedo arriesgarme a bajar sin asegurarme primero de que puedo volver a subir con ella. Fijo un extremo de la cuerda a un árbol y comienzo el descenso.

Cuando llego hasta ella, su rostro está pálido y tiene una herida en la frente que sangra. Sus ojos se abren cuando me ve.

—Soldadito... —susurra, su voz apenas audible.

—Tranquila, estoy aquí. Te sacaré de aquí.

La reviso a toda prisa, asegurándome de que no tiene lesiones graves que puedan empeorar si la muevo. Sus piernas parecen estar bien, pero su brazo izquierdo está en un ángulo extraño. No hay que ser médico para saber que lo tiene fracturado.

—Esto va a doler, plomo —le advierto antes de levantarla con cuidado.

—¿Es miedo lo que veo en tus ojos, soldadito? —susurra, sus labios apenas curvados en una sonrisa débil.

—Miedo no... —mi voz se rompe antes de terminar la frase—. Pánico, Valeria. Porque esta vez no puedo fallar.

La levanto, ella gime de dolor, pero no protesta. Su cuerpo tiembla contra el mío mientras la sujeto con fuerza, asegurándome de que no se deslice. Comienzo a subir, utilizando toda la fuerza que tengo para no perder el equilibrio.

Cada metro parece una eternidad, pero, por fin, llego a la cima. La dejo con cuidado en el suelo y saco el pequeño botiquín de la mochila. Limpio su herida lo mejor que puedo y le vendo el brazo para inmovilizarlo.

—Te dije que no te dejaría —le susurro, más para mí mismo que para ella.

Su mirada se encuentra con la mía, y por un momento, el mundo parece detenerse. Luego, asiente.

—Sabía que vendrías. Había… —se detiene para tragar saliva —, había dos hombres…

—Había, tú lo has dicho —afirmo rotundo.

Puedo ver que comprende lo que he dicho justo antes de que sus ojos se cierren. La levanto en mis brazos, sabiendo que aún no estamos fuera de peligro. Pero lo estaremos, porque no hay fuerza en este mundo que me impida protegerla.

Capítulo 24 Ares ha regresado

Benítez

El claro sigue igual de sombrío que cuando lo dejé, pero ahora hay algo más: la sangre que mancha el suelo y los cuerpos inmóviles de los hombres que creyeron que podían tocar lo que no debían. Siento la tensión en mis hombros, como si el peso de Valeria en mis brazos aumentara con cada paso. Su cabeza descansa contra mi pecho, su respiración entrecortada y febril.

—Resiste un poco más, plomo —murmuro, aunque sé que no puede oírme.

La dejo en el suelo, necesito revisar el vehículo antes de colocarla dentro. Es un todoterreno robusto, cubierto de polvo y ramas que intentaban camuflarlo sin éxito alguno. Abro la puerta del conductor y, para mi alivio, no hay trampas evidentes. Las llaves están en el contacto. El motor ruge con un sonido bajo, pero firme, cuando lo enciendo.

Cubro el asiento de atrás con la manta térmica que llevo en la mochila, la que ella lleva la usaré para taparla, no quiero dejarla sobre esos asientos que solo Dios sabrá que pueden tener.

Coloco a Valeria en el asiento trasero, asegurándome de que no se mueva demasiado. Su brazo está en una posición incómoda, pero no puedo hacer más que cubrirla con una manta para evitar que el frío la golpee.

—Volveré enseguida, aguanta un poco más.

Me bajo del vehículo y reviso el área una vez más. El rifle descansa en mis manos como una extensión de mi cuerpo, listo para actuar si algo se mueve entre los árboles. No hay nada. Solo silencio.

Limpio lo esencial: las huellas de sangre que podrían delatarme, cualquier rastro que indique hacia dónde hemos ido. La escena aún me pone los pelos de punta, pero no tengo tiempo para detenerme en las consecuencias. Tengo que sacarla de aquí.

Vuelvo a echar un vistazo a los cuerpos de los hombres que la han herido y la sangre me burbujea de nuevo, es como lava que arde bajo mi piel. Los agarro y los dejo apoyados en el tronco de uno de los árboles, sus cuerpos están laxos, sin vida alguna que los haga mantenerse erguidos. Mejor. Quiero que el cabrón que los ha contratado dé con ellos sin esfuerzo, que vea lo que he hecho con ellos, que piense que es lo mismo, como poco, que voy a hacer con él…

Antes de subir, arranco las matrículas y las lanzo todo lo lejos que puedo, tengo que atrasar todo lo que pueda que den con nosotros.

Una vez en el coche, ajusto el retrovisor para verla. Está inconsciente, su rostro pálido, pero su pecho se mueve en un ritmo irregular que me da un atisbo de esperanza.

—¿Adónde demonios te llevo ahora?

Los hospitales están descartados. Es un lujo que no podemos permitirnos. Pero entonces recuerdo algo: Adil Malik, un viejo conocido de mis tiempos en las sombras. Adil no solo era médico militar, también era uno de los mejores. Cuando lo echaron del servicio, montó una clínica clandestina en las afueras, donde atiende a quien pueda pagar o a quien le deba favores.

Me debe uno.

—Adil, espero que sigas siendo el cabrón que nunca hace preguntas —mascullo, girando el volante hacia la salida del bosque.

El camino es un infierno. Los faros del vehículo iluminan apenas unos metros delante, pero las sombras parecen moverse con cada curva. El terreno es irregular, con raíces y piedras que amenazan con destrozar las ruedas en cualquier momento. Cada bache hace que Valeria se mueva y mi mano abandona el volante más de una vez para sujetarla.

No puedes perderla, Benítez. No esta vez.

Tras un trecho infernal, la carretera se abre paso entre los árboles, aunque el viaje se me está haciendo interminable. Cada metro que gano parece un desafío más grande que el anterior y menor que el que vendrá. A veces, siento que más que avanzar, estamos luchando contra el propio terreno.

El traqueteo del vehículo se siente como un castigo en mi espalda, pero lo que de verdad me tiene al borde es el bajo gemido de Valeria cuando el coche salta en un bache bastante profundo. Giro la cabeza un segundo para mirarla, su rostro sigue pálido, sus labios entreabiertos, y esa herida en su frente me recuerda lo frágil que es, lo fácil que sería perderla.

—Aguanta un poco más, plomo. Estamos cerca… o eso espero —susurro, aunque mi voz se quiebra al final.

El bosque empieza a aclararse, pero no lo suficiente como para ofrecerme consuelo. Las sombras parecen perseguirnos, alargándose con cada curva cerrada que tomo. Por un momento, me pregunto si alguien nos sigue, si esos malnacidos tienen refuerzos. El rifle junto a mí parece más pesado de lo habitual, como si el arma también sintiera la presión de la situación.

La carretera de tierra se convierte en una serie de caminos secundarios, mal mantenidos y casi imposibles de distinguir sin la luz de los faros. Me obligo a reducir la velocidad; un error aquí podría ser fatal.

—Por favor, Adil… no me falles ahora —murmuro, aferrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me entumecen—. Sigue donde siempre… —susurro, sin embargo, ha sonado a súplica.

«El gran Ares suplicando», resuena la voz de Rodrigo en mi cabeza. Está claro que el cansancio empieza a hacer mella y no solo me hace escucharlo a él, la tensión en mi cuello y hombros me recuerda que llevo demasiado tiempo sin descansar, pero no hay tiempo para eso. Cada kilómetro que nos acerca al destino parece tomar el doble de lo que debería.

Cuando la vegetación empieza a dispersarse, dando paso a terrenos más abiertos, empiezo a respirar. A la distancia, se vislumbran algunas estructuras viejas, como esqueletos de lo que alguna vez fue un pequeño asentamiento. El silencio aquí es más profundo, más amenazante.

Los edificios están deteriorados, cubiertos de grafitis y enredaderas que han reclamado su espacio. No hay señales de vida, salvo por la sombra de lo que parece ser un vehículo abandonado al costado del camino. Paso junto a él con cautela, los ojos escaneando

el área. Cualquier movimiento sospechoso podría significar que estamos entrando en una trampa.

—Vamos, Benítez, concéntrate. Ella te necesita —me digo, volviendo a enfocar la mente en la clínica de Adil.

La ubicación de su clínica es intencionalmente discreta, escondida entre los restos de un viejo almacén y una fábrica que alguna vez produjeron quién sabe qué. Desde fuera, parece un edificio en ruinas, con ventanas rotas y grafitis que cubren las paredes de ladrillo desgastadas. Pero sé que dentro hay más de lo que parece.

El todoterreno se detiene con un chirrido de los frenos frente a una puerta metálica oxidada. Me quedo unos segundos con las manos en el volante, necesito un momento para recobrar la compostura.

—Ya estamos, plomo. Aguanta un poco más —murmuro, antes de salir del coche.

La saco del asiento trasero entre gemidos que me hace apretar la mandíbula y bajo con rapidez. Golpeo la puerta de metal con el puño cerrado, sabiendo que él reconocerá el patrón. Una pequeña ranura se abre, y unos ojos oscuros me miran con desconfianza.

—¿Quién...?

—Soy yo, Adil. Necesito ayuda. Ahora —lo corto sin dejarle terminar, no tenemos tiempo.

La ranura se cierra de golpe y escucho el ruido de cerrojos antes de que la puerta se abra. Adil aparece, con su figura delgada y encorvada, sus gafas empañadas por el vapor que sale de la sala detrás de él.

—Sargento... cuánto tiempo. ¿Qué has hecho esta vez?

—No tengo tiempo para charlas. Está herida.

Adil baja su mirada hasta el paquete que llevo entre las manos y su expresión cambia al verla. Sus manos ágiles la examinan brevemente antes de asentir.

—Tráela adentro.

La llevo en brazos hasta una sala pequeña, donde una camilla cubierta con sábanas limpias espera. Adil empieza a trabajar en cuanto la deposito en ella, cortando la tela alrededor de su brazo y limpiando la herida de su frente.

Adil se coloca unos guantes y saca una botella de solución salina de una estantería que ha conocido mejores tiempos. Limpia con cuidado la herida de la frente de Valeria, dejando correr el líquido transparente hasta que la sangre y la suciedad se van. Después, con movimientos firmes, aplica un antiséptico y saca una aguja e hilo.

—¿Quién es? —interroga, deteniendo su mano en el aire.

—Es… es la hermana de Hades —revelo. Su mirada cambia en ese segundo.

—Esto puede doler un poco —murmura, para sí mismo.

Los puntos los da con rapidez y precisión. Satisfecho con su trabajo, pasa al brazo que examina con cuidado. Coloca unas tablillas rígidas que improvisa con materiales de la sala y que asegura con vendas elásticas hasta que deja el brazo completamente inmovilizado. Después, saca una jeringuilla y un pequeño vial con un líquido transparente.

—Antibiótico y analgésico. Esto ayudará con la fiebre y el dolor, pero necesitas un hospital de verdad, Benítez —dice, con su voz teñida de reproche.

—Lo que necesite, pero trabaja rápido.

Adil levanta la vista y me lanza una mirada afilada.

—Ya estoy trabajando rápido, sargento. Pero esto no es magia. Si quieres que viva, necesito tiempo y espacio.

Retrocedo, cruzando los brazos mientras intento calmarme. El sonido de los instrumentos metálicos chocando contra la mesa llena la sala, junto con los suspiros entrecortados de Valeria cada vez que el dolor la despierta momentáneamente.

Con la destreza de quien lleva años trabajando con recursos limitados, conecta una bolsa de suero en el brazo no fracturado de Valeria

—Si la fiebre no baja en las próximas horas, la situación se complicará. Necesita reposo absoluto y estar bien hidratada. Correr como lo has hecho hoy la matará —advierte, mientras se quita los guantes manchados y los lanza a un cubo metálico—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Unas horas…

—¿Qué diablos haces arrastrando a alguien en estas condiciones por el bosque? —gruñe, pero no espera una respuesta. Adil siempre ha tenido un don para mezclar reproches con eficacia.

—No he dejado de hacerme la misma pregunta desde mucho…

—Está estable, por ahora, pero necesitas sacarla de aquí pronto. Este no es un lugar seguro para nadie, y menos para alguien con enemigos como tú.

—Lo sé.

—Déjala descansar un par de horas. Después de eso, tendrás que seguir moviéndote.

Miro hacia la camilla. Valeria está pálida, pero su respiración se ha calmado un poco.

—Gracias, Adil.

Él resopla, quitándose las gafas y limpiándolas con un trapo sucio.

—Estamos en paz, sargento.

No respondo. Ambos sabemos que esto es mucho más que lo que me debía.

Me quedo en una esquina de la sala, observándola mientras duerme. Su cabello está pegado a su frente por el sudor, y sus labios se mueven como si estuviera murmurando algo en sueños.

Adil entra de nuevo con una bolsa llena de suministros médicos.

—Esto debería durar un par de días. Después, necesitarás más, pero espero que para entonces estés lo bastante lejos como para que no sea mi problema.

Asiento, tomando la bolsa y guardándola en mi mochila.

—¿Algo más que deba saber?

—Sí. Si no descansa y se hidrata, la fiebre volverá. No es una opción seguir corriendo sin parar, Benítez.

—Lo sé.

Adil me lanza una última mirada antes de salir de la sala. Me acerco a la camilla y coloco una mano sobre su frente. Está más fría que antes, pero su fragilidad me golpea como una bala.

No puedo fallarte, plomo. No puedo fallarte.

Capítulo 25 Secretos entre sombras

Benítez

El reloj en la pared avanza con una monotonía que me crispa los nervios. Las horas han pasado como si el tiempo hubiera decidido ralentizarse solo para joderme. Valeria sigue descansando en la camilla, envuelta en una manta que parece más frágil que ella misma.

Valeria sigue inconsciente en la camilla. Su respiración es más regular ahora, aunque todavía hay un ligero temblor en sus labios cuando el aire entra y sale. Me obligo a apartar la vista de ella para no dejar que la culpa termine de aplastarme.

La puerta chirría al abrirse, y Adil entra con dos tazas de café en la mano. Su figura delgada y encorvada proyecta una sombra que parece más grande de lo que realmente es. Me lanza una de las tazas sin ceremonias, y la atrapo justo antes de que caiga al suelo.

—Tu capacidad de reacción sigue intacta —dice, con una sonrisa torcida que no llega a sus ojos.

No respondo. Le doy un sorbo al café que me ofrece, amargo y cargado, como a él le gusta. Adil se sienta frente a mí, tamborileando los dedos contra la mesa. El silencio se alarga hasta que no puede soportarlo más.

—Necesita al menos un par de horas más antes de que la mueva —dice, señalando a Valeria con un gesto de la cabeza. Luego me lanza una mirada afilada—. Pero tú, Benítez, pareces más hecho polvo que ella. Si no descansas un rato, vas a caer redondo.

—Estoy bien —miento.

—Claro que sí. Y yo soy un príncipe árabe —responde, dejando escapar un resoplido.

Adil se sienta en una vieja silla junto a la mesa de instrumentos y me hace un gesto para que lo acompañe. Durante un momento, el silencio se cierne sobre nosotros, solo roto por el sonido constante del goteo del suero y el lejano murmullo de una máquina.

—No puedo creer que Rodrigo no esté contigo —dice de pronto, rompiendo el silencio como si hubiera arrojado una piedra a un estanque tranquilo.

Mi cuerpo se tensa al instante. El nombre de Rodrigo siempre tiene ese efecto en mí. Intento mantener la calma, pero la imagen de él en el suelo de esa tienda, la sangre extendiéndose bajo su cuerpo, me golpea con una fuerza brutal.

—¿Vas a decirme qué demonios está pasando o tengo que adivinar? —pregunta, con su característica mezcla de sarcasmo y preocupación.

—Rodrigo está muerto, Adil —digo con voz ronca, sin mirarlo directamente.

No dice nada al principio, solo me observa, como si buscara la verdad en mi rostro antes de responder.

—¿Qué demonios estás diciendo, Benítez? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hace unos días. Recibí una llamada urgente de él, cuando llegué… me encontré su cuerpo sobre el sucio suelo de una tienducha, y a ella —confieso mirándola. Las palabras salen entrecortadas, casi como si las arrancara a la fuerza de mi garganta. Adil cierra los ojos un instante, como si necesitara procesar lo que acaba de escuchar. Cuando vuelve a abrirlos, hay algo diferente en su mirada, una mezcla de tristeza y rabia contenida.

—Maldita sea, Rodrigo… —murmura, más para él mismo que para mí—. No pensé que lo vería caer antes que tú.

—Yo tampoco —admito. Siento un nudo en la garganta, pero lo trago. No puedo permitirme romperme ahora.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —continúa Adil, inclinándose hacia adelante—. Rodrigo me pidió una vez que cuidara de ti si algo le pasaba. Dijo que eras un cabrón testarudo y que alguien tendría que asegurarse de que no te destruyeras solo. Sonrío, pero es un gesto vacío. Claro que Rodrigo habría dicho algo así. Siempre fue el único con suficiente descaro para llamarme la atención sin miedo a las consecuencias.

El silencio vuelve, pero esta vez está cargado de recuerdos. Ambos pensamos en Rodrigo, el hombre que siempre estaba un

paso por delante, el que nos mantenía cuerdos cuando todo se iba al carajo. Y ahora, no está.

Adil respira hondo y me mira con una intensidad que me hace enderezarme.

—Supongo que ha llegado ese momento… —murmura.

—¿Ese momento?

—Hay algo que Rodrigo dejó aquí, a resguardo. Algo que tendría que darte llegado el momento, aunque nunca creí que tuviera que darte esto...

Frunzo el ceño, sin entender a dónde quiere llegar.

—¿De qué hablas?

Adil se levanta y camina hacia un armario en la esquina de la habitación. Saca una carpeta vieja, con los bordes desgastados, y la coloca sobre la mesa frente a mí. Abro la carpeta con cierta reticencia. Dentro hay fotografías y documentos que, a primera vista, no entiendo del todo. Hasta que veo el rostro de una mujer joven, con ojos oscuros y una sonrisa que parece sincera, pero cargada de tristeza. Junto a ella, un niño pequeño, con la misma expresión en los ojos que Rodrigo solía tener cuando se relajaba lo suficiente como para mostrar algo de humanidad.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya intuyo la respuesta.

—Lo que Rodrigo más deseaba proteger en su vida.

La afirmación me golpea como un disparo en pleno pecho. Parpadeo, intentando procesar lo que acabo de escuchar.

—¿Qué diablos estás diciendo? Rodrigo nunca me mencionó nada de eso.

Adil se encoge de hombros, su expresión ahora es neutral.

—Era su secreto, Benítez. Dijo que era lo único que podía proteger realmente. Rodrigo tenía su propia forma de lidiar con las cosas. Era bueno ocultando partes de su vida que no quería que otros conocieran. Sin embargo, tenía claro que si algo le sucedía el único al que confiaría su familia sería a ti. Y, por lo que veo, no solo a su familia por elección, también te ha confiado a su hermana. Confiaba en ti. Si ellos están en peligro, eres el único que puede protegerlos.

Las palabras caen sobre mí como una losa. Rodrigo nunca mencionó nada. Ni una vez. Siempre pensé que lo sabía todo sobre él, pero esto…

Aprieto los dientes, sintiendo cómo la rabia y la culpa se mezclan en mi interior. No quiero esta carga, pero tampoco puedo ignorarla.

—No puedo dejar a Valeria —digo finalmente, mi voz apenas un murmullo.

Adil asiente lentamente.

—No te estoy pidiendo que elijas. Pero si hay alguien más que necesita tu ayuda, tienes que estar preparado para dársela.

Me quedo en silencio, mirando las fotos en mis manos. La imagen de Rodrigo sonriente junto a su familia me quema como un hierro al rojo vivo. No puedo fallarle. No otra vez.

—¿Dónde están?

—Viven en un lugar discreto, en una aldea no muy lejos de aquí. Rodrigo hizo todo lo posible para mantenerlos fuera del radar, pero ahora que él no está, no sé cuánto tiempo podrán mantenerse a salvo. Y, si te preguntas por qué lo sé y tú no, fue porque tuve que asistir el parto. La trajo aquí casi igual que tú has traído a su hermana, fue un parto… complicado.

El peso de la situación me aplasta, pero también me da un propósito. No sé cómo voy a manejar todo esto, pero lo haré. Por Rodrigo. Por su familia.

—Necesito esa dirección, Adil.

El médico me mira con algo que parece alivio. Asiente y saca un pequeño papel del bolsillo de su bata.

—Sabía que lo pedirías. Aquí tienes. Pero ten cuidado, Benítez. Ellos no saben quién eres. No sé cómo reaccionarán cuando aparezcas.

—No me importa. Lo único que importa es que estén a salvo.

Adil me lanza una última mirada antes de dejarme a solas. Me quedo en la sala, sosteniendo la carpeta en mis manos. Las imágenes de la mujer y el niño parecen observarme, juzgándome, pidiéndome algo que aún no puedo comprender del todo.

—No te preocupes, Rodrigo —susurro, mirando la fotografía del niño—. No voy a fallarles. Te lo prometo. A ninguno de los tres.

Capítulo 26 Un destino oculto

Benítez

La tarde está oscura, parece que las sombras son nuestras únicas aliadas, y también un recordatorio constante de lo frágil que es nuestra situación. Valeria está más estable, o al menos eso me quiero creer mientras la acomodo en el asiento trasero del todoterreno. La vuelvo a cubrir con la manta, y me alegra ver que el calor febril que desprendía su cuerpo ha bajado. La sujeto lo mejor que puedo para evitar que su brazo, aunque bien inmovilizado, se mueva demasiado.

—Aguanta un poco más, plomo. Estamos saliendo de esta… más o menos.

Ella gime algo entre dientes, pero no responde. Es mejor así. No estoy seguro de poder manejarla si recupera la conciencia por completo y empieza a discutir. Una parte de mí casi desea que lo haga; su sarcasmo, por irritante que sea, siempre ha sido un recordatorio de que sigue luchando.

Cierro la puerta con cuidado, asegurándome de que la manta cubra su brazo vendado. Subo al asiento del conductor y arranco el motor. El rugido del todoterreno rompe el silencio, y por un instante siento que la tensión en mis hombros disminuye. Pero solo un instante. Aún estamos muy lejos de estar a salvo. El aire denso y cargado de polvo se cuela por la ventanilla entreabierta mientras fijo la vista en la carretera desierta que se extiende ante mí. No hay marcha atrás.

La mochila con los suministros que Adil me dio ocupa el lugar que ha ocupado ella los últimos días, a mi lado. Antibióticos, analgésicos, material de curas. No va a ser suficiente si algo se complica.

Ajusto el espejo y meto primera. No puedo quedarme aquí. Hay demasiadas cosas por hacer y muy poco tiempo para decidir cómo.

Adil no ha hecho más preguntas, ni le he ofrecido detalles. Nuestra relación, ha sido siempre así. No podía quedarme más tiempo, cada minuto que pasamos aquí es un minuto más cerca de que alguien nos encuentre. Tengo una dirección, un destino, y eso es todo lo que necesito.

«Vamos, Ares…, muévete».

La voz de Rodrigo resuena en mi cabeza, como si él estuviera sentado a mi lado, empujándome a seguir adelante. Sacudo la cabeza y fijo la vista en el camino. El volante está firme bajo mis manos, pero mi mente sigue siendo un caos.

La carretera está desierta, y el todoterreno avanza con un traqueteo constante sobre el terreno desigual. Los faros iluminan un camino que parece interminable, flanqueado por sombras que se alargan como si intentaran alcanzarnos.

Llevamos dos horas de camino cuando Valeria gime en voz baja.

—¡Joder! Como me duele… ¿Dónde vamos?

La voz de Valeria rompe el silencio, ronca y cargada de ese sarcasmo que tanto he echado de menos. La miro por el retrovisor; sus ojos apenas están abiertos, pero hay un brillo desafiante en ellos.

—Estás despierta.

—Vaya, soldadito, qué observador eres. ¿Es parte del entrenamiento militar o siempre has sido así de agudo? —pregunta, tratando de moverse con esfuerzo.

—Ni lo intentes. Quédate como estás.

Ella se deja caer de nuevo contra el asiento, pero no sin antes soltar un suspiro exagerado.

—Está bien, pero al menos podrías decirme dónde estamos.

—A salvo.

—¿A salvo? Venga, soldadito, dime algo que pueda creerme. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Solucionar problemas —respondo, manteniendo la vista en la carretera—. Duerme.

—No estoy cansada.

—Te caíste por un puto precipicio, Valeria. Tienes un brazo roto, una herida en la cabeza y fiebre. ¿Y no estás cansada?

Se encoge de hombros con el brazo bueno y gime de dolor en el intento. No digo nada. Espero a que termine de maldecir y se acomode de nuevo antes de seguir hablando.

—Vas a necesitar descanso si queremos salir de esta.

—No me has dicho a dónde vamos.

—Porque no es asunto tuyo.

—Ajá.

— Valeria…

—Benítez… —me imita, su voz ronca.

Aprieto la mandíbula. Su actitud me dice que está mejorando, pero también que me va a tocar lidiar con su lengua afilada todo el trayecto.

—Voy a resolver algo antes de irnos. Es lo único que necesitas saber.

—¿Antes de irnos? ¿No se supone que ya nos íbamos? ¿Acaso nos falta algo más? Pensé que teníamos todas las pruebas…

—Cierra los ojos, Valeria.

—Cuando me respondas.

La miro un instante antes de volver la vista al frente.

—Es importante. No lo habría pospuesto si no lo fuera. Créeme.

Ella se queda en silencio unos segundos, pero puedo notar que su cabeza sigue funcionando. No le gusta no saber. No le gusta depender de nadie.

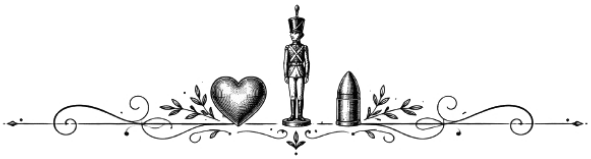
—De acuerdo —dice al fin.

Me relajo un poco.

—Pero si te mueres antes de explicarme de qué va esto, te prometo que te revivo solo para que puedas decirme la verdad y luego te mato yo misma.

Suelto una risa breve, pero sin humor.

—Tomo nota.



Horas después, el paisaje comienza a cambiar. Los árboles se hacen más dispersos, y el terreno se vuelve más abierto. El amanecer está cerca; el cielo empieza a aclararse con tonos grises y anaranjados que apenas logran disipar la tensión que llevo en el pecho.

Valeria se remueve en el asiento trasero, dejando escapar un gemido de dolor. Reduzco la velocidad y la miro por el retrovisor. Sus ojos están abiertos, pero la confusión en su mirada me dice que no está completamente consciente.

—¿Cuánto más falta? —pregunta, su voz apenas un susurro.

—No mucho.

—Eso dijiste hace horas.

—Y sigo teniendo razón.

Ella resopla y cierra los ojos de nuevo.

—¿Tienes agua? —pregunta de pronto.

Saco la botella que tengo en el asiento del copiloto y se la paso sin decir nada. La observa unos segundos y frunce el ceño.

—¿Qué? —pregunto.

—Pensé que me dirías que no necesitaba agua.

—No estoy intentando matarte, plomo, para eso te bastas tú sola —refunfuño.

Bebe un sorbo y deja la botella en su regazo.

—Podría haber sido veneno.

—Podría haber sido, sí. Pero sería un desperdicio.

Sonríe con ironía y recuesta la cabeza en la ventanilla.

—Me está empezando a gustar este road trip.

—¿Ah, sí? ¿Y qué parte es tu favorita? ¿Cuándo nos han disparado o cuando te has caído por un puto precipicio? —escupo molesto.

No giro la cabeza, tan solo fijo la vista en la carretera.

—No me he caído —susurra.

—¿Qué demonios quieres decir? ¿Te han tirado ellos?

—No, me tiré yo huyendo de ellos.

—¿No podías esperar a que diera contigo?

—No, si hubiera esperado te aseguro que me habrías encontrado mucho peor…

Su voz se hace pequeña y eso hace que apriete las manos sobre el volante, las imágenes pasan por mi cabeza a toda prisa, nada de lo que imagino ha sucedido, sin embargo, no puedo evitar que ese sentimiento que suelo experimentar apriete mis pelotas con fuerza y me deje sin aire.

—Ahora te entiendo —murmuro.

—Qué sorpresa…, ¿en qué?

—En que me gustaría devolverles la vida para quitársela una y otra vez, una y otra vez…

Ninguno dice nada, no me atrevo a mirarla ni siquiera a través del espejo retrovisor, ahora mismo sé que no hay rastro en mí de Andrés, soy Ares en estado puro y no quiero que ella vea mi peor yo.

—Gracias —dice en voz bajita—. Por salvarme, Benítez, gracias por ir a por mí.

—¿No creerías que iba a dejar que nadie, que no fuera yo, acabara conmigo, no, plomo?

—Claro que no —dice esbozando una leve sonrisa.

Me concentro en la carretera, dejando que el traqueteo constante del coche llene el silencio. Finalmente, las primeras casas aparecen a la distancia. Son pequeñas y dispersas, construcciones sencillas que parecen haber resistido el paso del tiempo.

Reduzco la velocidad a medida que me acerco al lugar que Adil me indicó. El asentamiento parece tranquilo, pero algo en el aire me pone en alerta. No hay movimiento, ni siquiera el ruido habitual de animales o personas comenzando su día.

Detengo el coche a cierta distancia, ocultándolo tras una hilera de árboles. No puedo arriesgarme a entrar de golpe sin saber qué me espera.

—¿Por qué nos detenemos? —pregunta Valeria, su voz algo más firme ahora.

—Porque quiero asegurarme de que este lugar es seguro antes de entrar. Quédate aquí. No tardo.

Ella no dice nada. Cierro la puerta con cuidado y avanzo hacia el asentamiento, manteniéndome cerca de las sombras. Cada paso me acerca más a la dirección que Adil me dio, y con cada paso siento que la responsabilidad que llevo sobre los hombros aumenta.

Rodrigo confió en mí, y no voy a fallarle. No ahora. No después de todo lo que nos costó llegar hasta aquí.

Capítulo 27 Ecos del Pasado

Benítez

El asentamiento es pequeño, apenas un puñado de casas de adobe y madera, dispersas entre un terreno polvoriento. No hay señales de vida a simple vista, ni un maldito ruido que indique que alguien sigue aquí. No me gusta.

Dejo el coche oculto entre los árboles y bajo en silencio. Valeria se remueve en el asiento trasero, lo suficiente como para hacerme girar la cabeza.

—No vayas solo —susurra, con la voz aún rasposa por la fiebre.

—No estoy discutiendo esto, plomo. Quédate en el coche.

—Benítez…

—No, Valeria —corto la conversación con firmeza. No voy a llevarla allí cuando ni siquiera sé qué me espera.

Sus ojos me observan por un instante, buscando algo en mi expresión que la convenza de seguir protestando. No lo encuentra. Resopla, pero se deja caer contra el asiento.

Me aseguro de que tiene agua y la manta antes de cerrar la puerta con cuidado. Camino entre las casas, cada paso medido, atento a cualquier señal de movimiento. Sé que si esta mujer tiene algo de sentido común, no se va a fiar de un desconocido que aparece de la nada.

Adil me dio la dirección exacta. Una casa apartada al fondo del asentamiento, con una puerta azul despintada y ventanas cubiertas con viejas cortinas.

Llamo a la puerta.

Nada.

Golpeo una vez más.

Silencio.

Un sonido ligero me hace girar la cabeza. Un crujido en la madera, una sombra moviéndose tras una de las cortinas.

Alguien está aquí.

—Soy un amigo de Rodrigo —digo, en un tono bajo pero firme. Nada—. Sé que estás ahí. Solo quiero hablar—. Sigo sin respuesta.

Voy a insistir cuando, de pronto, escucho un clic metálico al otro lado de la puerta. Un sonido que conozco demasiado bien. Un seguro de escopeta siendo retirado. Alzo las manos lentamente.

—No quiero problemas —digo—. Rodrigo me envió.

—Eso es mentira —responde una voz femenina con marcado acento. Suena fuerte, pero hay algo quebrado en ella.

—No lo es.

—¿Quién eres? —pregunta una voz femenina al otro lado.

Me tenso.

—Ares.

Silencio otra vez.

—¿Dónde está Rodrigo?

Cierro los ojos un segundo. Mierda.

Ajusto la mandíbula antes de responder.

—No está aquí.

Puedo escuchar la duda en su respiración. Algo en mi tono la hace dudar. No es una idiota.

—Él vendrá pronto —dice, como si intentara convencerse a sí misma.

Joder, esto es peor de lo que pensaba. Ella aún lo espera.

Golpeo la puerta con la palma de la mano, sin brusquedad, pero lo suficientemente fuerte como para que entienda que no me voy a ir sin hablar con ella.

—Ábreme. Ahora. Por favor.

—No.

Me inclino un poco más cerca de la madera.

—Hades.

Silencio absoluto. Siento su respiración cortarse al otro lado de la puerta.

Espero. El sonido de la cerradura girando es casi un alivio. La puerta se abre solo un poco, lo justo para que pueda verla. Es más joven de lo que imaginé. Su cabello oscuro está recogido en un moño desordenado, y hay ojeras profundas bajo sus ojos. Su mirada se

aferra a la mía con desconfianza, pero debajo de todo ese recelo hay algo más: miedo.

—Entra rápido —susurra.

Obedezco.

El interior de la casa es tan modesto como el exterior. Hay pocas cosas, como si estuviera lista para salir corriendo en cualquier momento. Un niño duerme en un colchón en el suelo, envuelto en una manta demasiado fina para el frío que hace.

Ella cierra la puerta y me apunta con un cuchillo.

—Dime dónde está.

No puedo suavizarlo. No puedo mentirle.

—Rodrigo ha muerto.

Mierda. Cierro los ojos un instante, al abrirlos me topo con su rostro se queda en blanco. Por un momento, no hay reacción.

—No —susurra, negando con la cabeza—. No, eso no es cierto.

—Me gustaría que no lo fuera, pero lo es. Lo siento.

Su respiración se vuelve irregular. Se tambalea un poco y apoya la mano libre en la pared.

—No… Él dijo que volvería. Me lo prometió… —murmura ida, imagino que aunque se conviva con la muerte el momento en el que llega no es fácil de digerir.

—Y lo intentó. Pero no llegó. Lo siento…, llegué tarde.

Ella se cubre la boca con la mano, ahogando un sollozo. No puedo hacer nada para aliviar ese dolor. Solo espero. Cuando por fin alza la vista, sus ojos están llenos de lágrimas, pero su voz es más firme.

—Si has venido usando su nombre en clave, significa que tenía un plan.

Asiento.

Ella se acerca a un mueble bajo y abre un cajón con manos temblorosas. Saca un sobre grueso y me lo extiende.

—Me dijo que, si algo pasaba, esto me ayudaría a salir del país. Pero no puedo hacerlo sola.

Tomo el sobre y lo reviso. Documentos falsos, dinero, una llave que no sé qué abre.

—Te sacaremos de aquí —le aseguro.

Ella traga saliva, mira a su hijo y asiente.

—¿Quién es *nosotros*?

—Valeria y yo.

Su expresión cambia.

—¿Valeria? ¿Su…, hermana? —titubea. Tiene un marcado acento, pero se defiende muy bien en español.

Asiento de nuevo.

—Está conmigo. Herida, pero estable.

Una respiración entrecortada.

Un niño.

Un niño de unos cinco años. Lo único que puedo ver de él son sus ojos, tan oscuros y serios como los de Rodrigo.

—Mierda, es como Rodrigo… — Mi garganta se cierra—. Escucha, necesito que nos vayamos de aquí. No estás segura. No estáis seguros.

Algo en su expresión cambia. No baja el arma, pero puedo ver que su determinación empieza a resquebrajarse.

—Dijo que, si algo le pasaba, viniera por ti —añado—. Que no te dejara sola.

La mujer aprieta la mandíbula. Sus ojos van de mí al niño a su lado.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, sin acercarme demasiado.

Silencio.

—Se llama Malik —responde. «Malik», repito—. Yo soy Nadia.

El nudo en mi pecho se aprieta aún más.

—Tenemos que irnos, Nadia.

Ella aprieta los labios.

—¿Adónde?

—A cualquier lugar que no sea este.

Ella no responde enseguida. Su mirada se desliza hacia su hijo, luego vuelve a mí.

—No tengo nada más —susurra.

—Lo tienes a él.

—¿Y qué pasa si nos vamos contigo y resulta que eres peor que aquellos de los que huyo?

No la culpo por preguntar.

—No te obligaré a venir. Pero si te quedas aquí, te encontrarán.

Ella cierra los ojos un instante, como si intentara encontrar una alternativa. No la hay.

Cuando los vuelve a abrir, hay algo decidido en ellos.

—Dame diez minutos —afirmo con la cabeza. Me sorprende su rapidez en reaccionar, pero no pierdo el tiempo en analizarlo.

—Coge solo lo necesario.

Ella se gira y empieza a meter cosas en una bolsa con movimientos mecánicos.

—Voy a cargar al niño.

Ella duda, pero asiente. Me acerco al pequeño, que sigue dormido. Tiene el cabello oscuro de su madre y las facciones de Rodrigo. Mierda. Lo levanto con cuidado. Se mueve un poco, pero no se despierta.

Mientras ella reúne lo poco que puede llevarse, fijo mi mirada en el niño. Mis ojos lo estudian con curiosidad, es fascinante como puedo ver a un pequeño Rodrigo entre mis brazos. Me alegra y me duele como mil demonios porque ya no volveré a verlo más. ¿Cómo reaccionará Valeria?

—¿Tienes un arma? —le pregunto en voz baja.

Ella niega con la cabeza.

—Bien. Porque no la necesitas. Yo me encargaré.

—Listo —dice, con la bolsa al hombro.

Abro la puerta con precaución y escaneo la zona. Sigue despejado.

—Sígueme.

Nos movemos en silencio hasta el coche. Abro la puerta trasera y la ayudo a subir con el niño en brazos. Él se acurruca contra ella sin despertarse. Valeria parpadea muy despacio al verlos, su mirada parece desenfocada, aunque la sorpresa es evidente en su expresión.

—¿Quién demonios…? —intenta incorporarse, pero su brazo herido la traiciona y se muerde el labio para no quejarse.

—Tranquila, plomo. No es el momento de preguntas —respondo, cerrando la puerta tras ella.

—¿Desde cuándo te hago caso, soldadito? —su voz sigue áspera, pero su tono es el de siempre, desafiante, con ese filo suyo que ni la fiebre consigue apagar—. ¿Me dirás quiénes son o tendré que adivinarlo?

Sus ojos se deslizan de Nadia al niño. Ve la forma en que la mujer lo protege por instinto, sujeta su cuerpo con la misma tensión con la que alguien sostendría un arma lista para disparar. Entonces lo entiende. No necesita que se lo diga. El niño es una copia de su padre.

—Mierda… —exhala, dejándose caer contra el respaldo. Sus cejas se fruncen levemente, como si la idea la golpeara de lleno—. Es de Rodrigo, ¿verdad?

No respondo. Arranco el motor.

—No necesito que me lo confirmes —suelta—. Solo quiero que sepas que, en cuanto esté lo bastante lúcida para no desmayarme al moverme, me lo vas a contar todo.

Sonrío de lado, pero no aparto la vista de la carretera.

—Claro, plomo. Lo que tú digas.

Y piso el acelerador.

Capítulo 28 Cruce de caminos

Benítez

El motor del todoterreno retumba contra el silencio de la madrugada. No hay más ruido que el del vehículo avanzando sobre la carretera irregular. La tensión dentro del coche es densa, tan espesa que casi podría cortarse con un cuchillo. Malik duerme en el regazo de su madre, el ritmo de su respiración acompasado y tranquilo, ajeno a la tormenta que se ha desatado a su alrededor. Nadia mantiene la vista fija en el horizonte, sus manos aferradas al pequeño con una fuerza que delata su miedo.

Valeria, por otro lado, no se ha dormido. Lo sé porque la he visto mirarme por el retrovisor varias veces, y cada vez que nos detenemos, se incorpora un poco más. Está procesando lo que acaba de descubrir, y si la conozco lo suficiente, no tardará en empezar con sus preguntas.

—Mierda —susurra de pronto, removiéndose en el asiento.

—Ahora no, plomo —respondo, sin apartar la vista de la carretera.

—No me jodas, Benítez —gruñe—. Vas a decirme que llevamos al hijo de Rodrigo en este coche y que no voy a poder preguntar nada. ¿De qué clase de infierno ha salido esto?

Sus palabras no me sorprenden. Lo que sí me sorprende es que haya tardado tanto en decirlo. Aprieto la mandíbula y no contesto de inmediato. La tensión en mis hombros se hace más evidente.

—Rodrigo nunca me dijo nada —continúa Valeria, ignorando mi silencio—. Ni una sola maldita palabra sobre ellos. Y ahora resulta que tiene una familia escondida en este rincón del mundo.

Nadia aparta la mirada del horizonte y clava los ojos en Valeria. Hay algo en su expresión que no es solo desconfianza, sino una mezcla de tristeza y rabia contenida.

—No nos escondimos por gusto —dice, su voz calmada pero firme—. Rodrigo hizo lo necesario para protegernos.

—Y en el proceso, nos dejó a todos en la oscuridad —escupe Valeria, mirándome a través del retrovisor—. ¿Tú lo sabías?

—No —respondo, con un tono seco—. Me he enterado al mismo tiempo que tú.

—No lo entiendo —murmura Valeria, girándose hacia Nadia—. Él nos dijo que lo único que importaba era la misión. Siempre fue un soldado antes que cualquier otra cosa. Y ahora resulta que tenía una familia a la que escondió de todo y de todos.

Nadia baja la mirada y respira hondo antes de responder.

—Rodrigo nos quería lejos de su mundo. Me lo dejó claro desde el principio.

—¿Y aceptaste eso? —Valeria suelta una risa incrédula—. ¿Aceptaste vivir como un fantasma?

—Acepté sobrevivir —Nadia la mira fijamente—. Y asegurarnos de que Malik no creciera en medio de todo esto.

Valeria se queda callada, como si estuviera digiriendo esas palabras. Aprieta los labios, pero no dice nada más. No la culpo. Rodrigo nunca habló de querer una vida fuera de las sombras. Y, sin embargo, aquí estamos.

El coche avanza por la carretera desierta. Tenemos que cruzar la frontera lo antes posible. Mi prioridad es sacarlos a todos de aquí con vida.

—Voy a hacer una llamada —digo, tras un rato de silencio—. Necesito contactar con alguien que nos ayude a salir del país.

Valeria alza una ceja.

—¿Y quién demonios va a querer ayudarnos? Porque hasta donde yo sé, no nos quedan amigos.

—Aún me queda uno. —No estoy seguro de si me estoy convenciendo a mí mismo o a ella.

Detengo el coche en un punto ciego, lejos de cualquier luz, y me bajo con el teléfono en la mano. Marco un número que no he utilizado en mucho tiempo. Uno que nunca quise volver a marcar.

Valeria

Nadia está sentada con Malik en brazos, acariciándole el cabello. Su mirada está perdida en algún punto del suelo.

—Aún lo esperas, ¿verdad? —suelto.

Nadia levanta la vista, sorprendida. No la miro con pena, es… comprensión. Era el hombre al que amaba, el padre de su hijo, y también mi hermano.

—No sé cómo… —Nadia traga saliva—. No sé cómo aceptar que no va a volver.

—Yo tampoco lo acepto —admito, y la imagen del cuerpo de mi hermano sin vida en el suelo me golpea con fuerza, robándome el aire por un largo segundo.

Un silencio espeso se instala entre las dos. No dejo de mirar al niño, es una copia de su padre a su edad, y eso hace que los ojos se me humedezcan, y no, no es por la fiebre.

—Rodrigo hablaba de ti —dice Nadia de pronto—. No mucho, pero lo suficiente.

—¿Sí? ¿Qué decía?

—Decía que eras insoportable —dice a la vez que esboza una sonrisa de la que me contagio.

—Eso suena a Rodrigo.

Nadia también sonríe, pero la tristeza sigue en sus ojos.

—¿Cómo…, ¿cómo sucedió? —bajo la mirada. Lo cierto es que no creo que necesite saberlo—. Solo… dilo —insiste.

—Murió peleando. Como él quería.

Es lo único que puedo decir. Porque la verdad es una imagen horrible que no quiero que la persiga de por vida. Siento un escalofrío con el recuerdo de su cuerpo sobre el sucio y frío suelo, sin vida, sobre su propia sangre…

Sé que no me cree, pero también sé, aunque no nos conozcamos, que no va a insistir.

—¿Es de fiar? —interroga.

—Es el hombre más confiable del mundo, y era el mejor amigo de Rodrigo. Confiaba en él ciegamente.

—Si él confiaba en él… confiaré en él —afirma en voz baja.

Asiento, dejándole claro que no tiene nada que temer.

El tono suena varias veces antes de que alguien responda.

—Pensé que estabas muerto —dice una voz grave al otro lado de la línea.

—Y puede que lo esté pronto si no me ayudas —respondo, sin rodeos—. Necesito una extracción.

El silencio que sigue no me gusta.

—Sabes que esto no es tan simple —dice finalmente.

—Nunca lo ha sido. Pero puedes hacerlo.

—¿Por qué debería arriesgarme por ti, Ares?

—Porque Hades murió por algo grande, y yo estoy a punto de descubrir qué fue.

Otra pausa. Luego, una respiración profunda.

—¿Cuántos? —pregunta al otro lado.

—Tres. Y un niño.

Silencio.

—Te debo una, Ares. Te enviaré unas coordenadas. Al amanecer. Si no lo logras, no vuelvas a llamarme.

—Allí estaré.

La llamada termina, y miro el teléfono con el ceño fruncido. Algo en el tono de su voz me dice que esto no será tan fácil como quiero creer.

Llega un mensaje: un punto de extracción. Me gustaría pensar que estamos a punto de salir de esta, pero no puedo, no todavía. Vuelvo al coche.

—Tenemos un punto de encuentro. Nos esperan en la frontera, pero tenemos que llegar antes del amanecer.

—¿De verdad confías en esa persona? —pregunta Valeria, con escepticismo en la mirada.

—Claro que no. Pero es nuestra mejor opción.

Ella resopla, pero no discute más.

—La medicina, plomo —digo.

Asiente, tomo el antibiótico de la mochila y se lo doy, igual que el antipirético, parce que la fiebre ha bajado algo, pero sé que

debo llevarla a un hospital lo antes posible.

—Buena chica —digo colocando mi mano sobre su cabeza.

Alza los ojos y veo esa chispa que me ha vuelto loco desde que la vi por primera vez.

—Cuando esté recuperada… me vengaré —amenaza. Eso hace que sonría de nuevo.

—Estoy deseando saber que castigo tienes preparado para mí —susurro a la vez que la beso. Un simple roce de labios que necesito como el aire, aunque no esté dispuesto a reconocerlo.

Me monto de nuevo en el coche y piso el acelerador. Aún no estamos fuera de peligro. De hecho, algo me dice que el verdadero infierno no ha hecho más que empezar.

Capítulo 29 El Precio de la Traición

Benítez

El amanecer se cierne sobre nosotros como una promesa vacía. Llevamos horas conduciendo sin descanso, y la fatiga pesa en los hombros de todos. Nadia sostiene a Malik con fuerza, acariciando su cabello mientras el niño duerme profundamente. Valeria también está agotada, pero su mirada sigue atenta a la carretera, como si esperara que en cualquier momento el infierno se desatara sobre nosotros. Me deja claro que ha aprendido algo estos días.

Cuando el marcador del combustible baja demasiado y Malik empieza a removerse inquieto, decido detener el coche en un lugar apartado, lo bastante lejos de la carretera principal. Un antiguo puesto de vigilancia abandonado, apenas un esqueleto de lo que alguna vez fue una base militar. Me bajo y escaneo el entorno con precaución.

—Descansamos diez minutos. Lo justo para que el niño coma y podamos reorganizarnos —digo, sin apartar la vista del horizonte.

Nadia asiente, abriendo una pequeña bolsa con algo de comida para su hijo. Yo me acerco a Valeria, sigue con fiebre, aunque le esté dando la medicación sin olvidar ninguna toma.

—Voy a ver qué encuentro —afirmo molesto, no con ella, sino con todo lo que está sucediendo. Molesto conmigo por no poder llevarla hasta un punto médico.

Hay algunos vehículos abandonados, busco una garrafa y una goma y me dedico a reventar los depósitos en busca de algo de alimento para el todoterreno.

—Joder, algo de suerte por fin —murmuro cuando del tercer vehículo extraigo algo más de tres litros de gasolina.

Regreso al vehículo y vuelco el contenido de la garrafa, después saco una barrita energética y miro las coordenadas que me han facilitado para reconocer el terreno.

—Solo quería darte las gracias, Ares....

Levanto la mirada y veo que Nadia se tensa de repente.

—No... no puede ser —murmura con un hilo de voz.

—¿Qué pasa?

Ella alza la vista, con el miedo dibujado en cada línea de su rostro.

—Rodrigo me habló de este sitio.

—¿Rodrigo te habló de este sitio?

—Sí, es un aeródromo militar en desuso, ¿verdad? —afirmo con lentitud, no le he dicho qué era, así que estoy ansioso por saber qué va a decir a continuación—. Me dijo que, si alguna vez alguien me pedía ir ahí, significaba que había sido vendido. Que era una trampa.

El aire se vuelve denso. Un escalofrío me recorre la espalda al comprender la magnitud de lo que acaba de decir.

—¡Mierda! —gruñe Valeria desde el asiento trasero.

—Tú descansa —ordeno, aunque, para ser sincero, me ha quitado la palabra de la boca.

Mi mente trabaja rápido. No podemos seguir adelante, pero tampoco podemos quedarnos aquí. Miro mi teléfono, el contacto que nos dio la extracción. Si Rodrigo sabía que esto era una trampa, entonces la persona que me envió aquí es... quien lo vendió. No Murad. Alguien con rango. Alguien de dentro.

—¡Puta hostia! —grito—. No, no puede ser. Joder. ¡Joder!

—Andrés —escucho la voz de Valeria a lo lejos.

—El muy cabrón... confiábamos en él, Valeria… y nos ha vendido. Estaba esperando esa llamada, ¡hijo de puta! —grito a la vez que suelto un puñetazo a la carrocería del coche.

Necesito descargar la ira que me consume por dentro. Todo parece encajar de una forma extraña, dantesca, y, sin embargo, a la vez, tiene sentido.

—¿Vamos a ir? —susurra Valeria sin atreverse a alzar la voz.

La miro a los ojos aún febriles, el tiempo está contra mí, no puedo demorar más que la vean en un hospital, pero nada me sale bien a la primera…

—Claro que no, dame un segundo que piense.

Suelto un suspiro y tomo el teléfono. Solo tengo una opción.

Marco un número que no he llamado en años. Tarda en responder.

—Ares... —La voz al otro lado es baja, cautelosa.

—Adil, necesito un favor.

—¿Otro?

—Otro.

Silencio. Luego, una risa seca.

—Sabía que volverías a mí. ¿La chica sigue viva?

—Sí, todavía.

—Es una buena noticia. ¿Qué necesitas?

—Cruzar la frontera hacia China. Rápido y sin dejar rastro. Me han vendido.

—¿El mismo que vendió a Rodrigo?

—Sí —afirmo sin más.

El silencio se prolonga.

—Dame diez minutos.

Cuelgo sin decir nada más.

—¿Andrés? —interroga Valeria.

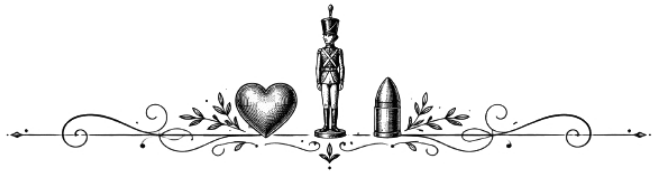
Alzo la mirada y la veo de pie, a unos metros de mí.

—¡Joder, plomo! ¿Cómo se te ocurre ponerte en pie?

—Necesito estirarme un poco —afirma con voz baja, apenas un susurro que me preocupa mucho más que si me estuviera amenazando con resucitarme para matarme de nuevo.

—Tienes que guardar reposo, necesitamos un hospital…

—¿Qué vamos a hacer ahora? —interroga. Nadia se acerca con Malik en brazos, lo sujeta como si le fuera la vida en ello y, por desgracia, así es.



Diez minutos después, recibo un mensaje de Adil con unas coordenadas y un nombre de contacto. No necesito que me dé más detalles, tengo claro que lo primordial es llegar a la frontera con China, después… Dios dirá.

—Nos ponemos en marcha —ordeno.

Ambas mujeres aceptan la orden sin rechistar. Arranco el coche de nuevo y cambiamos la ruta, alejándonos del lugar en el que nos esperaban.

—Si no me equivoco, habrá enviado a gente para que nos vigile, cuando se den cuenta de que hemos cambiado de rumbo… la cosa se pondrá fea.

—Ya está fea, no somos los únicos en la carretera —susurra Valeria.

Las luces de un vehículo aparecen en el espejo retrovisor. Uno. Dos. Tres.

—¿Nos siguen? —pregunta Nadia con la voz tensa.

Piso el acelerador.

Los coches tras nosotros aceleran también. Vienen a por nosotros. Maldigo entre dientes y tomo una curva cerrada, intentando perderlos.

—Agarra bien al niño —le advierto a Nadia, mientras Valeria trata de incorporarse.

—Ni se te ocurra.

—Dame una buena razón para no intentar volarles la cabeza ahora mismo —se queja.

—Tengo varias. Primera: estás hecha una mierda. Segundo: necesitamos llegar con vida. Cuando estemos en la frontera os dejaré a salvo al otro lado.

—¿Nos…? ¿Y tú?

—Yo tengo cuentas pendientes con ese cabrón… —gruño.

La persecución se intensifica. Los disparos empiezan a sonar. Maldigo y giro el volante con brusquedad, desviándonos de la carretera principal y adentrándonos en un camino de tierra accidentado. El coche rebota con violencia, pero sigo adelante.

—Valeria, ¿puedes disparar? —pregunto, aunque sé la respuesta. Tiene un puto brazo partido, ¿cómo cojones va a

disparar?

—Yo sí —afirma Nadia con seguridad.

—¿Sabes disparar?

—Que no tenga armas, no significa que no sepa usarlas. ¿Te olvidas de quién era mi marido? —pregunta.

Esbozo una leve sonrisa, claro que me vale; si le enseñó Rodrigo, acertará.

—Me vale. Pon al niño abajo, entre tus pies. Abre la ventanilla, pero no dispares hasta que te lo ordene. ¿Entiendes?

—Entendido —afirma sin que la voz le tiemble.

—¡Ahora! —grito. Ella dispara. Una de las llantas del primer vehículo revienta y el coche se tambalea, perdiendo el control y volcando. Los otros dos no se detienen, lo esquivan y continúan tras nosotros.

—Nos quedan dos —afirma Valeria.

—Sujetaos —gruño y giro el volante de nuevo, tomando un camino aún más estrecho entre colinas. La velocidad y el terreno juegan a nuestro favor—. Nadia, ¡ahora! —repito la orden.

Dispara de nuevo, vuelve a acertar a la rueda.

—¡Joder! ¡Qué buena eres! —grito.

El tercer vehículo choca contra el que le precede, pero no se detiene tras embestirlo, nos sigue. Sin embargo, me doy cuenta de que el golpe ha dejado tocada una de las ruedas, con suerte el eje irá mal. Después de varios minutos de maniobra, los perdemos.

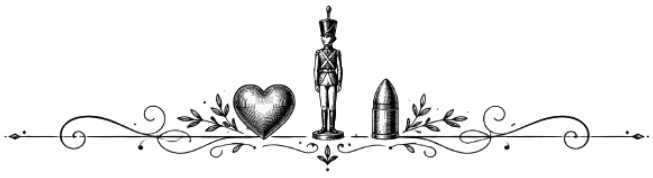
Silencio.

Mis manos siguen aferradas al volante, mi corazón late con fuerza.

—¿Lo logramos? —pregunta Nadia en un susurro.

—Por ahora —respondo.

Nos acercamos al punto de encuentro con el contacto de Adil. La frontera con China está cerca.



La frontera es un lugar caótico. Camiones, refugiados, personas intentando cruzar sin ser detectadas.

Encuentro al contacto de Adil con rapidez, un hombre de aspecto curtido que nos indica que Nadia y Malik pueden cruzar en el siguiente transporte.

Me giro hacia ella.

—Este es el fin del camino para vosotros.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero asiente.

—Gracias, Ares.

—Asegúrate de que Malik tenga una vida lejos de esto —le digo.

Ella besa la frente del niño y me lanza una última mirada antes de desaparecer entre la multitud.

Respiro hondo. Hemos logrado algo bueno hoy. Voy a por Valeria, no va a querer, pero la voy a hacer cruzar sin mí, necesita atención médica con urgencia.

Me apresuro hacia el todoterreno, no quiero llamar demasiado la atención, así que camino a una velocidad más o menos normal. Cuando estoy llegando noto que algo no va bien, la puerta trasera está abierta y eso hace que me ponga alerta. Comienzo una carrera descontrolada, cada paso que me acerca al vehículo me deja más claro que Valeria no está.

—¡Benítez! —grita Valeria a lo lejos.

Giro la cabeza hacia el sonido de su voz, mi corazón se acelera en el acto. La veo forcejeando, dos cabrones la sujetan con fuerza mientras ella patea y se revuelve como una fiera

Y, entonces, le dan un golpe en la cabeza. Valeria se desploma. Su cuerpo se queda inerte en sus brazos, mientras los dos hombres la meten a rastras en una furgoneta oscura.

—¡No! —grito con toda la rabia que me incendia por dentro.

Salgo disparado hacia ella, sin ver nada más. Nada importa en este momento salvo llegar hasta ella**.** Pero algo me hace perder el equilibrio, mi pie tropieza con algo que hace que caiga al suelo con fuerza.

Maldición. No he sido capaz de verlo… Cuando me incorporo noto un latigazo en la pierna, pero no puedo hacerle caso ahora mismo. Corro en la dirección en la que estaba el vehículo, pero ya no está. Ha desaparecido entre la multitud y el caos que reina en el lugar.

La ira me golpea como una ola brutal. Se la han llevado. Y no saben lo que han hecho, voy a arrasar con todos. No dejaré ni un árbol en pie.

El teléfono vibra en mis manos, en la pantalla aparece su llamada.

—Si la quieres de vuelta, ven solo. Ya sabes el lugar. Trae todas las pruebas.

—Si le pones un solo dedo encima, maldito hijo de puta, no va a haber rincón en el mundo en el que estés a salvo.

Su risa es lo último que escucho antes de que cuelgue, un segundo después. Un escalofrío me recorre la espalda... es una amenaza.

Aprieto el teléfono con fuerza. Me han quitado demasiado en esta vida. No pienso dejar que se la lleven también.

Levanto la mirada hacia la multitud, mis puños cerrados con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Tomo una decisión en el acto.

—Voy a por ti, plomo —mi voz es un susurro cargado de una promesa letal—. Y, esta vez, no habrá piedad.

Capítulo 30 Caza Nocturna

Benítez

El eco de mi propia respiración me aturde. El sabor metálico a sangre se extiende por toda mi boca. La pierna me palpita con fuerza, pero nada de eso importa. No tengo tiempo para nada más que para ir a por ella, así que camino hasta el todoterreno. Una voz traicionera me golpea tan fuerte que me hace caer de rodillas junto al maletero. Valeria no está. Se la han llevado. Miro a mi alrededor de nuevo, con desesperación, pero la furgoneta en la que la metieron ya ha desaparecido entre el caos de la frontera. Aprieto los dientes con furia, sintiendo la rabia arder en mis entrañas. Me han quitado demasiado en esta vida. No pienso permitir que también se la lleven a ella.

Me levanto y me siento en la parte de atrás del maletero, reviso mi estado. La pierna tiene un corte profundo y no puedo permitirme perder más sangre. Rompo un trozo de mi camisa y me hago un torniquete rápido. No es la mejor solución, pero me mantendrá en pie lo suficiente. Cuando me dirijo a la parte delantera, me doy cuenta de que han rajado los neumáticos. Tenían claro que tenían que retrasarme para darles tiempo para huir. Alzo la vista y escaneo la zona. Necesito otro coche. Me levanto como puedo y avanzo con la determinación de un hombre al que ya no le queda nada que perder. Veo un Jeep aparcado en un rincón, con el motor encendido. Un contrabandista descarga cajas de algo que no me interesa, así que no lo pienso dos veces. Me acerco por detrás y lo agarro por el cuello, bloqueándolo antes de que pueda reaccionar. Lo estrello contra el capó y lo dejo inconsciente con un golpe seco en la cabeza.

—Gracias por el coche, amigo —murmuro, subiendo al Jeep y pisando el acelerador.

No dejo de pensar en que no puedo ir así a ese lugar, sin estar preparado. Tengo claro que en cuanto tenga lo que quiere ni Valeria ni yo vamos a salir vivos de ahí. Sí ese es un error que va a

cometer, el de subestimarme. Necesito armas, munición y, sobre todo, información. Me desvío hacia un mercado negro en las afueras. Conozco el lugar de otras veces, un punto de intercambio donde todo se compra y se vende, desde pasaportes falsos hasta fusiles de asalto. Entro con el rostro cubierto por un pañuelo y me dirijo a uno de los traficantes.

—Necesito armas —digo sin rodeos. El tipo, un viejo con la cara curtida por la vida, me observa con recelo.

—Todo tiene un precio, amigo. Saco un fajo de billetes y los dejo sobre la mesa.

—Pago en efectivo. Y si intentas joderme, será lo último que hagas. El viejo suelta una carcajada seca y asiente. Minutos después, tengo una pistola, un fusil de asalto y munición suficiente para acabar con un escuadrón entero. También consigo explosivos pequeños. No voy a entrar en ese lugar solo con balas. Voy a hacerlo explotar si es necesario.

Ya en el coche, un poco más calmado, algo se ilumina en mi mente; antes de meterme en un callejón sin salida… necesito asegurar una vía de escape. Saco el teléfono y marco un número que no he usado en mucho tiempo.

—Lara —responde con su voz grave y llena de cansancio.

—Soy yo. Un silencio pesado se instala en la línea.

—¿Benítez? Joder, no sabíamos nada de ti. Estábamos preocupados… pensamos que tal vez…

—Todavía no —contesto interrumpiendo sus palabras—. Pero si no me ayudas, lo estaré. Pronto—. Lara suspira.

—Dime qué necesitas.

—Voy a hacer algo jodidamente estúpido y solo puedo confiar en ti. Necesito que tengas listo un equipo para sacarme de aquí si las cosas se complican.

— ¿Dónde estás? —Le doy mi ubicación exacta—. Dame un par de horas.

—No tardes —le ruego—. Y Lara...

—¿Qué? —Si no salgo de esto… Silencio. Luego, un gruñido resignado.

—Saldrás. No tienes permiso para morirte.

—¿No tengo permiso para morirme? —repito atónito.

—No hasta que yo te lo dé —afirma de nuevo rotundo.

—A sus órdenes, mi capitán —afirmo con una media sonrisa en la boca. Cuelgo y dejo el teléfono a un lado. Ahora solo queda la parte difícil.

Llego a las coordenadas y estudio el terreno. Es un complejo industrial en ruinas, un antiguo hangar de aviones con mercenarios apostados en cada esquina. Está claro que esperan que entre como un idiota y tener la oportunidad de matarme antes de llegar a Valeria. No les voy a dar ese placer. El camino hacia el no es fácil, hay más vigilancia de la esperada. Me muevo con sigilo, pegándome a los escombros y usando cada sombra a mi favor.
Dos guardias están apostados en una torre de vigilancia improvisada, una estructura oxidada que probablemente colapsaría con un soplo de viento.

Los observo, analizando el ritmo de sus movimientos, como un depredador. Cuando uno de ellos se gira, saco el cuchillo y me acerco por detrás. Un corte limpio en la garganta y el primer guardia cae sin hacer ruido. El segundo apenas tiene tiempo de darse cuenta antes de que lo arrastre hacia la oscuridad y le rompa el cuello.

Me deslizo entre las sombras, eliminando a los guardias uno por uno. Cada vez que uno cae, lanzo el cuerpo fuera de mi vista. Me muevo rápido y letal, como un fantasma. Llego a la entrada del hangar y me escondo tras una pared. Dos hombres están en la puerta. Lanzo una piedra a la izquierda y, cuando uno de ellos se gira, le corto el cuello con un cuchillo. Antes de que el otro pueda reaccionar, le disparo en la cabeza con un silenciador. Estoy dentro. El hangar está oscuro y huele a óxido y aceite quemado. En el centro, iluminada por un foco que se balancea de una viga del techo, está Valeria atada a una silla, con la cabeza hacia abajo y el pelo cubriéndole el rostro.

Parece inerte, sin vida. Un escalofrío me recorre la columna. No. No puede ser. Me acerco con cautela, mi corazón martilleando contra mi pecho. Me arrodillo junto a ella y le levanto el rostro con suavidad. Su piel está fría, sus labios pálidos.

—Valeria... —susurro, pero no hay respuesta.

Fría. Pálida. Muerta… La idea de no haber llegado a tiempo hace que la vista se me nuble un segundo.

—Valeria... —la llamo de nuevo y la voz me tiembla como el resto de mi puto cuerpo. Sigue sin haber respuesta. Mi pecho se oprime. La sacudo, desesperado. Y, entonces, parpadea.

Un alivio feroz me invade, pero antes de que pueda reaccionar, oigo el sonido inconfundible de un arma cargándose a mi espalda. Me giro. El hijo de puta que nos vendió está aquí. Frente a mí. Su sonrisa es cruel.

—Sabía que vendrías, Ares. Siempre fuiste predecible. Mierda. Levanto la mirada. Ojos oscuros, piel curtida, una cicatriz corriendo desde la sien hasta la mandíbula. El verdadero infierno acaba de comenzar. Y tiene nombre propio: Marcus Hale.

Un cabrón con el que compartí más de una misión. Un hombre que decía que el honor lo era todo, que nunca traicionaría a los suyos.

Y míralo ahora.

Me pregunto en qué momento se torció todo. ¿Cuándo dejó de ser un soldado y se convirtió en un mercenario sin alma?

Murad ha sido solo un peón. El verdadero monstruo siempre estuvo entre nosotros.

Rodrigo tenía razón. Él lo sabía… y lo mataron por ello. Aprieto la mandíbula.

«Voy a hacer que pagues por cada gota de sangre que derramaste, cabrón».

—Déjala ir —gruño. Su sonrisa se ensancha.

—¿Por qué haría eso? —ladea la cabeza—. Está aquí por ti. Silencio.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto. No puedo evitar recordar al hombre que sirvió a mi lado, leal, honesto, un hombre que luchaba por la paz…

—Nada, soy el mismo de antes.

—Ni de lejos. Ahora das asco… Su carcajada rebota por las paredes vacías del hangar y regresan para meterse por mi cabeza.

—Siempre supe que volverías, Ares, esta tierra no se olvida. Además… ¿cómo podría el gran Ares luchar contra su propia

naturaleza? En el fondo, eres igual que yo.

—No es cierto. No me vendo por dinero.

—Estás equivocado, lo haces. ¿O acaso no estabas de mercenario en África? —Me quedo en silencio, ¿sabía dónde estaba? —. No te sorprendas, os sigo la pista a todos. Hago lo mismo que antes, solo que ahora me pagan más… —Se ríe, con diversión. —Era tu amigo —le echo en cara, no hace falta que mencione el nombre de Rodrigo para que sepa de quién hablo.

—Hades…, cometió el mismo error que tú. Descubrió la verdad y pensó que podía desvelar todo lo sucedido… nunca he entendido eso de tener tanta conciencia…

—Déjala ir, ella no pinta aquí nada —insisto. Necesito ponerla a salvo.

—¿Por qué tanta prisa? No es ella la que está en peligro. Eres tú.

Aprieto los puños, lo último que necesito ahora es perder la calma.

—No voy a jugar a este juego —digo, con voz baja y contenida.

—Claro que sí. Ya estás dentro.

Valeria gime débilmente, su cabeza moviéndose apenas. Sigue viva. Eso es lo único que importa.

—Me estabas esperando, ¿no? Ya me tienes, suéltala —pienso a toda prisa, me he dejado cegar por la necesidad de ponerla a salvo y he convertido la situación en una trampa. Estoy cara a cara con el demonio y hay tres armas apuntándome ahora.

—¿De qué serviría? ¿Crees que podría llegar sola a la entrada?

Joder, sé que tiene razón, pero necesito que se aleje de aquí.

—Tengo lo que buscas, te daré todo, solo si me deja que la lleve al Jeep —pido.

—No hay espacio para negociar, Ares, te olvidas de que yo tengo la mano ganadora.

—Comandante… —susurro—, no te mereces ese honor.

—¿Honor? ¿De qué vale el honor si luego te mueres de hambre, Ares? Dime…

—Rodrigo te admiraba, te respetaba…

—He aprendido que el respeto se compra.

—¿Y Murad?

—Alguien tiene que cargar con las consecuencias, ¿verdad? En la misión F-14 os tocó a De la Torre y a ti… —suelta sin más. La ira me corroe.

—No eran más que niños, Marcus…

—Despojos. Niños entrenados para matar soldados, no merecían vivir.

—Igual que tú.

—¿Ya no me vas a llamar comandante?

—No, no respondo ante asesinos…

—Asesino…, ¿eh? Pues déjame que te diga —hace una pausa acercándose a mí, yo cubro con mi cuerpo a Valeria. De repente su mano roza la mía, intento que no se dé cuenta. Saco de mi bolsillo trasero una pequeña navaja que le doy, espero que entienda qué quiero decir, ¡joder! Necesito que lo entienda—, que el siguiente en mi lista eres tú.

—Y ¿a qué esperas? —provoco, alzando las manos. Trato de cubrir con mi cuerpo el de Valeria, los dos tipos no dejan de mirar la escena y sonreír, sin prestarle atención. Y eso juega a mi favor.

—Quiero que sufras antes de morir. Mi mandíbula se tensa. Bajo las manos y llevo una hacia atrás, noto la mano libre de Valeria, se ha soltado.

—Déjala ir, déjala que vaya al jeep —repito. No es para él, el mensaje es para ella.

—No tengas prisa, te he dicho que está a salvo… de momento.

—Déjala ir, Marcus, si quieres esos putos papeles déjala ir o les prenderé fuego con esta bengala —digo. «Bengala. Peligro. Sabré donde estás…». Rezo porque pille la indirecta.

—Adelante, eso me ahorrará trabajo, si desaparecen… quizás no te mate —suelta con una risa que me hiela la sangre, no reconozco en ese hombre al que fue mi amigo. Por dentro mi estómago se retuerce.

—Pues tú, Marcus, tienes una cita con el infierno —afirmo. Disparo sin pensar a los dos hombres y un segundo después detono los explosivos que dejé en la entrada. No miro hacia atrás, pero escucho la silla caer al suelo, ella se ha ido. Y esa es la señal que necesitaba. El infierno acaba de empezar.

Capítulo 31 La Última Batalla

Benítez

El humo todavía se alza en el aire, esparciendo cenizas y polvo en todas direcciones. La detonación ha dejado el hangar tambaleándose, con vigas de metal retorciéndose y chispas cayendo como un infierno en plena tierra. La explosiva entrada que preparé ha servido para que Valeria tenga la oportunidad de escapar, pero también ha reducido mi margen de maniobra.

Marcus sigue en pie, con una sonrisa torcida, impasible ante el desastre a su alrededor. En la penumbra de las llamas, su silueta parece la de un demonio al que ni el fuego del infierno podría consumir.

—Siempre supe que acabaríamos así, Ares —dice, sacando un cuchillo de combate de su funda—. Dos soldados. Un solo desenlace.

Suelto una risa seca, mi mano firme sobre el arma, pero no disparo. No todavía.

—Si es así, date por muerto.

Marcus sonríe aún más. Un depredador midiendo a su presa.

—Vaya, vaya, Ares… Veo que todavía te quedan cojones. Pensé que los habías dejado dentro de esa fulana que apenas se tiene en pie.

Su voz retumba en mi cabeza, cargada de burla. Siento el peso del arma en mi mano, mi dedo apretando el gatillo por instinto, pero algo me dice que esto no terminará con un simple disparo.

—No hay dónde correr, Marcus. —Mi voz es un gruñido bajo, el rugido de un predador que por fin ha acorralado a su presa.

—No voy a correr, muchacho. Nunca lo he hecho.

Antes de que pueda disparar, algo silba en el aire. Marcus se mueve rápido, más de lo que esperaba. Un cuchillo brilla en la penumbra antes de clavarse en mi brazo izquierdo. Un dolor ardiente me atraviesa la carne. Aprieto los dientes, pero no me permito soltar

un solo quejido. Este cabrón no se va a dar el gusto de verme tambalearme.

—Vamos, Ares —su voz es un susurro venenoso mientras se acerca—, demuestra que sigues siendo el soldado letal que fuiste en F-14. Ese al que no le importó matar niños…

Mi sangre se hiela. Ese número maldito.

F-14. La misión que lo jodió todo. La razón por la que Rodrigo está muerto. La razón por la que yo llevo su fantasma a mis espaldas.

Amartillo el arma.

—Vamos, ¿de verdad vas a matarme así? —alza las manos con burla—. ¿Sin ensuciarte un poco las manos? ¿O es que la conciencia todavía te pesa?

Me lanza otro cuchillo.

Esta vez lo atrapo en el aire sin dudar. Nos miramos a los ojos y, en ese instante, sabemos lo que va a pasar.

La pelea comienza en el segundo en que doy un paso adelante. Marcus se mueve demasiado rápido para alguien que ha pasado años en las sombras traicionando a los suyos. Pero no más rápido que yo.

Esquivo el primer golpe, sin embargo, el segundo me alcanza en la pierna, justo en la herida. El dolor explota con fuerza, una tímida voz en el fondo de mi cabeza me pide que me arrodille, que así el dolor pasará, pero la ignoro. Contraataco, mi puño impacta en su mandíbula y lo hago tambalearse. Marcus escupe sangre y sonríe.

—¿Eso es todo lo que tienes, Ares?

La rabia hace que me mueva con más brutalidad. Golpeo de nuevo, esta vez en el estómago, cortando su aire. Se tambalea hacia atrás, pero se recupera rápido. Me ataca con el cuchillo, una estocada rápida que roza mi costado. El ardor es inmediato, la sangre empapa mi camisa, pero no cedo.

Nos enzarzamos en un forcejeo mortal. Sus manos intentan clavarme el cuchillo, las mías buscan quitárselo. La adrenalina convierte cada segundo en una eternidad. Él me empuja contra una mesa oxidada, pero uso el impulso para girarnos y estrellarlo contra la pared.

Marcus gruñe y me suelta un rodillazo en el estómago. El aire se me escapa, pero me niego a caer. Con un movimiento rápido, bloqueo su brazo y le retuerzo la muñeca hasta que suelta el cuchillo. El arma cae al suelo y ambos nos lanzamos a por ella. Colisionamos contra el suelo con la fuerza de dos bestias en guerra.

Rodamos entre escombros y cenizas. El filo del cuchillo sigue tratando de alcanzarme. Cada golpe que doy está cargado de rabia, de años de preguntas sin respuesta, de dolor y de un odio que se ha vuelto tan parte de mí como mi propia piel. Hasta que el cuchillo me detiene, presionando mi garganta. Marcus se inclina sobre mí, jadeando.

—¿Sabes qué fue lo último que dijo Hades antes de morir? —Su sonrisa es cruel, llena de veneno.

El silencio es ensordecedor.

—Dijo tu nombre —susurra, disfrutando cada palabra—. No el de su hermana. No el de su mujer. No. Dijo «Ares».

Algo dentro de mí se rompe.

—¿Sabes qué significa eso? Que hasta en su último aliento creyó que vendrías a salvarlo.

Mi respiración se agita.

—Cállate… —mascullo con los dientes apretados.

—¿Y qué hiciste tú? —Su tono es puro veneno—. Lo dejaste pudrirse en la arena. Igual que harás con ella. —Señala con la cabeza en la dirección en la que Valeria ha huido—. Siempre llegas tarde, Ares.

Un temblor recorre mi cuerpo. Mis músculos se tensan, el dolor desaparece, la rabia se convierte en algo frío, letal.

Suelto una risa seca, oscura.

—¿Y tú? ¿Crees que vas a vivir para ver el amanecer? —Marcus parpadea, un atisbo de duda cruzando su rostro—. Te equivocas, Marcus. No soy el que está atrapado aquí contigo. —acerco mi rostro a él, mostrando una sonrisa afilada—. eres tú quien está atrapado aquí conmigo.

Mi rodilla se eleva con fuerza y lo golpea en la entrepierna. Marcus jadea de dolor y el cuchillo se afloja lo suficiente para que lo

arrebate de sus manos. Me impulso, giro sobre él y lo derribo con violencia contra el suelo.

Se revuelve, pero yo ya estoy encima de él, el cuchillo en mi mano, el filo presionando contra su garganta.

—No tienes idea de lo que perdí por tu culpa —escupo, sintiendo el filo temblar en mi mano—. Rodrigo confiaba en ti. ¡Yo confiaba en ti!

Marcus escupe sangre y sonríe, con los ojos oscuros brillando con desafío.

—No te hagas el héroe, Ares. Siempre fuiste un perro de guerra. Igual que yo.

—Rodrigo confiaba en ti —repito, estampando su cabeza contra el suelo de cemento.

Marcus se carcajea, un sonido desquiciado, y me patea en el estómago, lanzándome hacia atrás. Me incorporo tosiendo sangre, pero con la mirada fija en él.

—Rodrigo era un ingenuo —escupe con desprecio—. Creyó que el honor significaba algo. Que podía jugar a ser el héroe y seguir con vida.

Mis puños se cierran. Lo embisto de nuevo, chocamos contra una mesa volcada, repartiéndonos golpes con la furia de dos hombres que saben que esto no terminará hasta que solo uno siga en pie.

—¡Tú lo vendiste! ¡Tú lo enviaste a la muerte! —le gruño, lanzando un golpe directo a su costado.

Marcus retrocede, escupiendo sangre, pero sigue sonriendo.

—¡Claro que lo hice! ¿Sabes qué es lo más irónico? ¡Rodrigo no murió por su país, ni por su equipo! ¡Murió porque era demasiado terco para ver la realidad!

Me lanzo otra vez, pero Marcus esquiva mi ataque. Mi herida en la pierna me traiciona y tambaleo un segundo. Eso le basta para sujetarme por la chaqueta y estrellarme contra una de las vigas con tanta fuerza que me deja sin aire. Algo cruje en mi espalda, un dolor punzante me atraviesa el torso. Mierda, creo que me ha roto una costilla.

Mi visión se nubla un instante, pero no pierdo el enfoque. Suelto una risa amarga, sintiendo la sangre resbalarme por la ceja. Antes de que pueda recuperarme, Marcus me lanza contra el suelo con un giro calculado. El impacto es brutal. La cabeza me da vueltas y la vista se me nubla de nuevo. Intento incorporarme, pero él ya está encima de mí, su rodilla clavada en mi pecho, presionando justo donde el dolor es más agudo.

—Mírate, Ares. —Su voz es un susurro cruel mientras acerca su cuchillo a mi garganta—. Patético. Siempre creí que serías el último en caer, pero aquí estás. Rendido, como todos los demás. Como Rodrigo.

El filo del cuchillo roza mi piel, abriendo un corte superficial. Intento moverme, pero la presión en mi pecho y el mareo me mantienen atrapado. Marcus me observa con burla.

—Voy a ser generoso —susurra—. Te daré cinco segundos para suplicar.

Mi mandíbula se tensa. Sé que, si no hago algo ahora, esto termina aquí. Miro más allá de su hombro y sonrío. Un truco viejo, pero efectivo. Frunce el ceño, por un segundo su atención se desvía. Justo lo que necesito.

Aprieto los dientes y uso la única ventaja que me queda: el dolor. Hago fuerza con el torso, ignorando el ardor de la costilla rota, y lanzo mi cabeza hacia adelante con toda la fuerza que me queda. Mi frente impacta contra su nariz con un chasquido húmedo.

Marcus suelta un gruñido de dolor, llevándose una mano a la cara.

El cuchillo se afloja en su agarre. No pierdo tiempo. Giro y lo derribo al suelo, rodando sobre él.

Ahora la pelea ha cambiado.

—¡Tú eras su amigo! —aúllo.

Marcus ladea la cabeza, burlón, pero hay algo en su mirada que me dice que también está agotado.

—El respeto no te da de comer, Ares. Me harté de arriesgar mi vida por un país al que no le importamos. Al menos ahora me pagan bien.

Me quedo quieto. Por un segundo, casi lo entiendo. Casi. Pero entonces habla de nuevo.

—Si Rodrigo no hubiese sido tan estúpido, podría haber estado aquí, a mi lado. Como tú podrías estarlo ahora, si no te aferraras a tu maldito sentido de lealtad.

El mundo se detiene. Mi pulso martillea en mis oídos. Y en ese instante, lo sé. Lo entiendo. No hay redención para él. Con un solo movimiento, el cuchillo atraviesa su garganta.

Marcus se sacude violentamente, su boca se abre como si intentara hablar, pero solo un gorgoteo ahogado escapa de sus labios. Sus ojos se encuentran con los míos por última vez, antes de que la vida los abandone.

O eso creo.

Su cuerpo tiembla en espasmos, la sangre se derrama entre sus labios, pero intenta levantar la cabeza. Su boca se abre de nuevo, formando palabras que no llegan a pronunciarse.

—Tú… —intenta decir, pero la voz se le quiebra.

No sé si está intentando escupirme una maldición, una súplica o una verdad que nunca llegué a conocer.

Y nunca lo sabré.

Levanto mi arma y disparo dos veces. Una bala en la cabeza, por Rodrigo, otra en el pecho, por Valeria. Ahora sí.

El eco de los disparos se extingue en la noche, pero la pregunta sigue ahí, latiendo en mi mente. ¿Qué demonios iba a decir? No lo sé. No quiero saberlo. O quizás sí. Aunque ya es demasiado tarde.

El silencio cae sobre el hangar.

Me quedo allí, con el arma aún en mi mano, mi pecho subiendo y bajando con fuerza. No hay satisfacción en esto. No hay gloria. Solo el final de un hombre que eligió el camino equivocado.

Tomo aire, limpio la sangre de mis manos y me giro.

El hangar se siente en silencio. Solo mi respiración entrecortada llena el aire. Me tambaleo, agotado, pero me obligo a caminar hacia la salida. No me giro para ver su cuerpo. No lo merece.

El juicio ha terminado. Y, por primera vez en años, me siento libre.

Capítulo 32 Retorno del Infierno

Benítez

El hangar es un cadáver en llamas.
El fuego crepita, devorando lo que queda de la estructura, iluminando todo con un resplandor anaranjado. El humo denso se alza hacia el cielo como si el infierno mismo estuviera reclamando su pago.

Mi respiración es un gruñido áspero, mis músculos laten con el cansancio acumulado de una batalla que me ha costado más de lo que estoy dispuesto a admitir. Cada herida, cada corte, cada golpe recibido me pesa más en los huesos, aunque menos en el alma. No me detengo: Valeria.

Mis piernas avanzan entre los escombros, sorteando los cuerpos caídos, el metal retorcido y los restos de la explosión. La sangre resbala por mi costado, empapando mi ropa, pero la ignoro. Solo hay un pensamiento en mi mente: encontrarla.

Y entonces la veo.

Tirada en el suelo junto al jeep, apenas se mueve. Tiene la piel pálida, su cabello desordenado cae sobre su rostro. Por un momento, el miedo me paraliza. Pero cuando su pecho se alza con un suspiro entrecortado, la desesperación me empuja hacia ella. Pero ese segundo de incertidumbre pesa como una losa. Y si no respira lo suficiente. Y si... La idea de perderla me golpea con tanta brutalidad que mis piernas flaquean por primera vez. Me dejo caer de rodillas a su lado, mis dedos temblorosos buscan su pulso en su cuello. Un segundo. Dos. La angustia me aprieta la garganta hasta que siento un latido débil, irregular. El alivio me golpea con tanta fuerza que me dejo caer hacia adelante, mi frente tocando la suya por un instante. Está viva. Apenas, pero lo está.

—Plomo… —susurro, sosteniéndola con cuidado.

Sus ojos parpadean con esfuerzo y una sonrisa apenas perceptible se dibuja en sus labios.

—Tardaste mucho… — su voz es un hilo frágil, un susurro que apenas puedo escuchar por encima del rugido del fuego.

La aprieto contra mí, sintiendo el calor de su cuerpo.

—No volveré a llegar tarde —prometo.

Ella se aferra a mi camisa con la poca fuerza que le queda, su respiración débil pero constante. Sé que tengo que sacarla de aquí, y rápido.

Entonces, a lo lejos, el sonido de hélices rompiendo el aire me obliga a levantar la vista. Es lo único que podría hacer que despegue mis ojos de ella: ayuda. La ayuda ha llegado justo a tiempo.

La radio crepita en mi bolsillo y, con una mano temblorosa, la llevo a mi oído.

—Benítez, ¿sigues respirando o tengo que bajar a recoger tu puto cuerpo en descomposición? —La voz de Sight es un alivio que se cuela en mi pecho como oxígeno puro.

—Dame cinco minutos más, Sight, y podré responderte con certeza.

—Tenemos visual del hangar. Joder, Benítez, ¿qué coño hiciste ahí? Parece que hubieras volado media ciudad.

«Por ella hubiera arrasado con todo el país».

—Limpieza profunda. Necesito una extracción, dos personas.

—Recibido. Mantente en posición. Vamos por ti.

—Por cierto, ¿qué coño haces aquí?

—Me pillaba de paso —responde su voz al otro lado—, no tiene ni idea de cuánto me alegro.

Las luces del helicóptero atraviesan el humo, acercándose como un ángel en medio del infierno.

—Valeria, aguanta. Solo un poco más. Ya casi estamos.

Ella cierra los ojos, su mano aún aferrada a mi camisa. No sé si me ha escuchado, pero sé que sigue aquí. Eso es suficiente.

—¿Has vengado a mi hermano? —interroga tan bajito que apenas la escucho.

—Sí.

—¿Cómo?

—No creo que necesites saberlo —. alza la mirada, no dice nada, pero no es necesario, esbozo una media sonrisa cansada, la

chispa brilla en el fondo de sus ojos, ella sigue ahí—. Un disparo en la cabeza, por Rodrigo, otro en el corazón, por ti…

Asiente, cierra los ojos y deja que el cansancio, la fiebre y el dolor la venzan. Con el poco aliento que me queda, la levanto en brazos y camino hacia nuestra salida.

Cuando el helicóptero desciende lo suficiente, veo la silueta de Sight saltar antes de que el aparato toque el suelo. Llega con el rifle en la mano, sus ojos escanean la escena. Cuando me ve cargando con Valeria entre mis brazos, sus ojos se abren.

—Mierda, Benítez —murmura, su voz por un segundo sin la burla habitual—. ¿Otra vez salvando damiselas en apuros?

—Ni es una damisela, ni está en apuros… nunca lo ha estado… —gruño, aunque no tengo ni una pizca de energía para discutir.

Sight deja escapar una risa breve antes de inclinarse para ayudarnos.

—Joder, tío… pareces un puto cadáver andante. No tengo claro si evacuarte o cavar tu tumba.

—No es para tanto, solo necesito un trago y un cigarro.

—Claro, pero primero voy a sacarte de esta mierda. ¿Vas a poder subir por tu cuenta o tengo que cargarte como a una princesita de cuento?

—Aunque no lo creas, todavía tengo la fuerza suficiente para darte una paliza —amenazo. Él estalla en una carcajada que me hace esbozar otra.

Cuando el helicóptero comienza a elevarse, veo cómo el hangar se convierte en un simple punto en el infierno que dejamos atrás. El fuego sigue ardiendo, las cenizas flotan en la oscuridad como restos de una guerra que ha cobrado demasiadas vidas. Cierro los ojos un instante, sintiendo el peso de todo lo que hemos perdido. Pero cuando abro los ojos y veo a Valeria respirando a mi lado, sé que aún nos queda algo por lo que luchar.

He pasado toda mi vida persiguiendo sombras y huyendo de ellas. Tal vez sea hora de aprender a vivir. Después de todo, la guerra no ha terminado, pero hemos sobrevivido al infierno.

Epílogo Despertar en el Infierno

Benítez

Despierto con la certeza de que estoy muerto.
Todo mi cuerpo es dolor, un peso insoportable que me mantiene clavado a la cama. El aire es cálido, seco, con un aroma extraño a desinfectante y un aroma muy familiar a árida tierra. No hay ruido de balas, ni explosiones. Solo el lejano murmullo de voces y el pitido incesante de una máquina cercana.

Parpadeo. El techo es blanco, agrietado en las esquinas. Una luz mortecina entra por una ventana con cortinas ajadas. Hospital. Estoy en un hospital.

Intento moverme y un tirón feroz en el costado me deja sin aire. Joder.
Mi brazo izquierdo pesa como el puto hormigón. Bajo la vista y veo la férula que lo inmoviliza, vendajes gruesos cubriendo la piel. Unos puntos oscuros sobresalen de mi costado, donde el dolor es más intenso. ¿Cuánta sangre habré perdido esta vez?

Giro la cabeza con esfuerzo y veo una figura en la puerta.

—Si intentas moverte otra vez, te sedo hasta la próxima semana. —La voz de Elena es firme, con ese tono de médico harto de ver soldados haciendo estupideces con su cuerpo.

—¿Elena…? —mi voz es un desastre, áspera como papel de lija.

Elena suspira y se acerca, revisando la máquina a mi lado.

—Estás en África, en el hospital. Gracias a la brillante idea de Sight, que decidió que la mejor forma de salvarte era cruzar medio maldito continente con dos personas desangrándose en un helicóptero.

Parpadeo, intentando procesar.

—¿África?

—Sí. —Me lanza una mirada seca—. ¿Y sabes lo peor? Que no fue una idea tan mala. Si te hubieras quedado en la frontera, habrías muerto en menos de seis horas.

Respiro hondo, sintiendo el dolor latir con fuerza en cada costilla.

—¿Cuánto…?

—Tres cirugías. Una para arreglar el desastre de tu costado. Otra para detener la hemorragia interna que nadie notó hasta que llegaste aquí. Y la tercera para remendarte la pierna, la tenías hecha una mierda.

Cierro los ojos, procesando.

—¿Valeria?

Elena se cruza de brazos.

—Sigue viva —. La tensión abandona mis músculos por un segundo—. De milagro, no está mejor que tú —continúa—. Su fiebre ha bajado, pero la infección la dejó hecha polvo. No sé en qué mierda de condiciones habéis estado sobreviviendo, pero tenía el brazo hecho un desastre y las costillas golpeadas como si hubiera pasado por una trituradora.

Cada palabra me retuerce por dentro. Sé exactamente por qué está así. Porque me siguió. Porque se quedó.

—Quiero verla.

Elena suspira.

—Benítez…

—Quiero verla —digo con un tono más firme—. Lo necesito, por favor —termino con una súplica que no me molesto en ocultar.

Nos quedamos en silencio, ninguno dispuesto a ceder. Ella es la doctora, pero yo soy demasiado terco para aceptar un no por respuesta. Finalmente, resopla.

—Tienes cinco minutos. Si te desplomas, te arrastro de vuelta.

Me cuesta moverme. Cada paso es un puto calvario, pero no me detengo. Me aferro a la pared, avanzando con respiraciones forzadas hasta llegar a la habitación contigua.

Empujo la puerta con el hombro y entro.

Valeria está en la cama, con el rostro más pálido de lo que jamás la he visto. Su brazo está vendado y protegido por un cabestrillo, hay un gotero conectado a su muñeca y su respiración es tranquila, aunque débil.

Por un momento, solo me quedo allí. Mirándola.

—Me ha mandado para vigilarte —la voz de Lara, tan familiar, se cuela por mi cabeza. No digo nada, solo asiento—. Tengo que obedecer, ella manda —afirma con una sonrisa en su cara que, aunque no vea, se percibe—. Es importante para ti, ¿no?

—Pensé que la perdería —susurro sin más. ¿Es importante para mí? No me lo había preguntado hasta ahora, pero esto que siento en el pecho tiene que ser que sí.

—Hubiera arrasado Afganistán hasta los cimientos por ella, responde eso a tu pregunta —.

—Por supuesto, es lo mismo que siento yo por Elena.

No decimos nada por un momento, tan solo estamos uno al lado del otro. Él me deja claro que siempre podré confiar en él y eso llena un poquito este vacío que la muerte de Rodrigo ha dejado en mi pecho.

—Tenía unos documentos…

—Enviamos una copia a los altos mandos, ya están al tanto de todo.

Giro la cabeza y asiento, agradecido. No tengo claro haber podido gestionar toda esa puta burocracia yo mismo.

—Te dejo un rato a solas con ella —dice antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí.

Me arrastro, porque no se puede decir que ande, hasta su lado, tomo una silla y me siento en silencio. Su respiración me hipnotiza y pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto llevo aquí hasta que sus ojos se abren poco a poco, con esfuerzo.

Su mirada encuentra la mía, al principio su expresión muestra que está tan perdida como lo he estado yo, pero poco a poco se enfoca solo en mí. Y sonríe.

—¿Sigues vivo? Qué decepción…

Una carcajada baja me sacude el pecho, pero me duele demasiado para reírme en serio. Me acerco con esfuerzo y me dejo caer junto a su cama.

—Joder, plomo, ni muriéndote puedes dejar de tocarme los huevos.

Su sonrisa se ensancha apenas.

—Tienes cara de mierda.

—Gracias. Tú tampoco ganas ningún concurso de belleza ahora mismo.

Ella suelta un leve suspiro y cierra los ojos un segundo.

—Entonces… lo logramos.

No es una pregunta.

Asiento.

—Sí. Se acabó.

No dice nada por un momento, pero su mano, con suavidad, busca la mía sobre la sábana. La cubro con la mía sin pensarlo.

Su piel sigue caliente.

Su respiración sigue aquí.

Yo sigo aquí.

Me inclino un poco hacia ella, bajando la voz.

—No vuelvas a hacerme pasar por esto, Valeria.

—Ni tú tampoco.

Una sonrisa se cruza entre ambos, pequeña, cansada, pero real.

Silencio.

Entonces, su pulgar se mueve, trazando un pequeño círculo en mi mano.

—¿Benítez…?

—¿Qué?

Sus pestañas tiemblan antes de que sus labios se curven en una media sonrisa traviesa.

—Cuando salgamos de aquí…, ¿vas a invitarme a bailar?

Suelto una risa ronca, inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Bailar?

—Me dijeron que estamos en África, quiero verte mover la cadera con un ritmo africano, y también quiero una copa, ¡joder! —se queja.

—Eres increíble.

Ella entreabre un ojo, con una chispa de diversión.

—Eres lento, mira que has tardado en darte cuenta…

—No he tardado en darme cuenta, solo en reconocerlo —me defiendo.

—¿Y ahora?

—Ahora…, esperaremos a ver qué viene.

—¿Juntos?

—Juntos.

—Tenía que haberte advertido.

—¿De qué?

—De que soy adictiva —. La risa llega a mi boca de nuevo, pero la sacudida me provoca un terrible dolor en la zona de las costillas.

—Lo eres, soy un adicto empedernido, ahora no podrás deshacerte de mí.

—Trato hecho —contesta con rapidez y eso hace que mi corazón se acelere.

—¿Así, sin más?

—Solo hay una condición.

—¿Solo una? —interrogo levantando una ceja.

—Si dejas que te maten, te revivo y te mato de nuevo.

De nuevo la risa llega fácil, eso parece haberle costado un esfuerzo titánico, cierra los ojos, su respiración se suaviza de nuevo y puedo ver cómo se deja vencer por el cansancio que tira de ella con fuerza.

La observo en silencio un largo rato.

Sé que esto no es el final.

El camino que tenemos por delante es incierto, y no me importa. No estoy solo. Y eso lo cambia todo.

Cuidaré de ella, Rodrigo. Lo juro.

FIN

Si te ha gustado, me encantaría saber tu opinión.

Si te apetece un smalltonw con segundas oportunidades, esta podría ser tu próxima lectura:

Prólogo

—Necesito tiempo, no soy feliz.

Esas palabras son el detonante de todo, nunca esperas que lleguen. Nunca esperas tener que decirlas, o escucharlas. Crees que tu relación sí va a tener el ansiado «felices para siempre», pero no es así. Casi nunca es así, no todas las parejas son como las de mi hogar, las de mi pequeño pueblo al sur de Alabama. No todos los lugares son como Magnolia Springs.

—¿Quieres tiempo? —pregunta omitiendo la parte en la que he dicho que no soy feliz.

—Sí, tengo que poner en orden mis pensamientos, mis sentimientos…

—No te preocupes, Summer, te lo pondré fácil. No soy tonto, sé a la perfección lo que significa que necesitas tiempo: que hay otro.

—No hay otro —susurro, y hasta a mí me suenan falsas esas palabras. Claro que hay otro, siempre lo ha habido—. No es necesario que te vayas, me iré yo —afirmo rotunda, con una seguridad que estoy muy lejos de sentir.

Contengo las lágrimas como puedo, cuesta, pero tengo que hacerlo. Si ve que dudo hará todo lo que esté en su mano para retenerme y necesito irme. Necesito volver y averiguar qué demonios es esto que ronda molesto en mi interior desde que me lo crucé de casualidad hace semanas. Es ridículo, lo sé, él ni siquiera me vio.

Me acerco al armario que compartimos y saco mi maleta, la misma con la que llegué a New York hace ya tanto que ni lo recuerdo. La coloco sobre la cama, no me importa el polvo que acumula, la misma cantidad que años llevo sin usarla. La abro con una tranquilidad que no siento y comienzo a llenarla con mis cosas.

—No es necesario que… te vayas —susurra. Su voz suena débil, me niego a mirarlo. Si lo hago perderé, nadie dijo que poner fin a algo sea fácil, ni siquiera para quién da el primer paso.

—Sí, lo es, Leonard. No puedo seguir aquí, contigo, sabiendo que no soy feliz. Que no eres feliz…

Sueno segura de mí misma, mi voz no tiembla, algo curioso ya que tiemblo por dentro sin parar.

—Vamos, Summer, no… no puedes dejarlo todo así, de la noche a la mañana —trata de conversar. Guardo silencio, en realidad esta relación estaba condenada al fracaso desde que Leonard puso su mirada en mí. Lo sabía, aún así seguí creyendo que podría empezar de cero—. Espera, es… ¿es por él, Summer? —interroga sin dar crédito. Está claro que me conoce.

Ahogo el bufido que deseo soltar, no tengo la templanza suficiente para tener esta conversación con él. No ahora.

—Claro que es por él… —repite sin dudas esta vez.

Sigo metiendo mis cosas dentro, él se aleja unos pasos y comienza a caminar en círculos, llevándose las manos a la cabeza, veo cómo enreda los dedos entre su cabello oscuro.

—Summer…, ¿estás segura? —pregunta. Sigo en silencio, lo cierto es que no sé bien qué decir, ¿que lo vi hace semanas en una tienda?, ¿que ni siquiera hablamos y aún así no he podido

quitármelo de la cabeza? No puedo, parecería una demente y lo estoy, esto lo deja claro. Pero… ¿cómo casarme con Leonard cuando tengo tantas dudas dentro? ¿Cómo decirle que sí cuando me siento triste e infeliz, extrañando como loca todo lo que dejé atrás?

—Para, detente, Summer —pide sosteniendo mis manos de las que cuelgan un puñado de perchas con vestidos en ellas—. No te vayas, me iré yo unos días a casa de mi hermana, si después sigues pensado lo mismo… —trata de alargar el final, de retenerme a su lado.

—Si no me marcho siempre estaremos igual —afirmo rotunda.

—¿Te has acostado con él? —demanda molesto.

—Claro que no, no seas ridículo —espeto.

—¿Me llamas ridículo a mí, Summer? —bufa. Está perdiendo la paciencia, puedo verlo y no le falta razón, parezco aquella adolescente de nuevo. Ni siquiera sé si sigue soltero, si tiene esposa, hijos… una vida sin mí.

—No me he acostado con él ni con ningún otro desde que estoy contigo, Leonard.

—No lo entiendo —continúa con las manos enredando su oscuro cabello.

—Yo tampoco —confieso—, solo sé que lo vi y no puedo dejar de pensar en él y me siento infeliz aquí Leonard. Necesito ir, verlo, hablar, aclarar todo y tal vez, después…

—Después, ¿qué? ¿Vas a dejar de estar enamorada de él? No has podido olvidarlo en todos estos años, siempre ha sido como luchar contra el recuerdo de tu difunto esposo, solo que no fue tu esposo ni está muerto… para mi desgracia —suelta a bocajarro, furioso como pocas veces lo he visto.

—Es solo que estoy hecha un lío… Solo necesito…

—Solo necesitas… No paras de repetirlo. ¿Y qué hay de lo que necesito yo? Te dejaré algo claro, lo que no necesito es una mujer

que no sabe si seguir con su prometido o volver con su primer amor.

La tensión entre nosotros es espesa y oscura, como su mirada. No dice nada más, aunque que no hable no significa que no sepa todo lo que pasa por su cabeza, ni que no pueda ver el odio que destila su mirada. Un odio que va dirigido a él cuando la causa soy yo. Supongo que eso es el amor.

—Por eso es mejor que me vaya, Leo, que aclare todo esto que me confunde. Mereces una mujer que tenga claros sus sentimientos.

—Y esa no eres tú… —admite.

Lo miro a los ojos y veo la derrota en ellos, se ha dado por vencido. Demasiado pronto y eso, de cierta forma, me decepciona.

Termino de llenar la maleta, dejo algunas cosas que no caben y otras que no quiero llevarme. Miro el hueco en el armario y suspiro. Tomo el abrigo y comienzo a salir de esa habitación en la que hemos sido confidentes, amigos, amantes… Esa habitación en la que hemos sido dos durante muchos años. Esa habitación que dejo ahora porque desde hace unas semanas dejamos de ser dos, para ser tres y eso me está matando.

Duele, como mil cuchillas, pero si de algo estoy segura es de que no hay espacio en mi vida para que seamos tres. Las relaciones se acaban por diferentes motivos. Y si algo me enseñó perder a mi primer amor fue que de amor nadie se muere. Aunque te deja jodido para el resto de tu vida.

1 Summer ha vuelto

Liam

El Clover está a reventar, como siempre. Desde fuera veo las mismas caras, escucho las mismas voces y respiro el mismo ambiente de siempre. Es algo que me gusta, la jodida rutina. Cuando la rutina cambia, suele ser para mal. Es algo que me tocó aprender.

Abro la puerta y, para mi sorpresa, noto el ambiente diferente. Hace tres semanas que no aparezco por aquí, mi viaje de negocios ha tardado más de lo pensaba, tal vez sea por eso. Sin embargo, una corriente atraviesa mi cuerpo y eriza cada vello que lo cubre.

Miro alrededor y veo que hay algo de alboroto, pero antes de que pueda ver qué sucede, Charly alza la mano desde la barra para llamar mi atención.

—Ven, ven —apremia.

Camino sin dejar de lado la extraña sensación que me avisa de que algo ha sucedido, pero no tengo ni la más remota idea de qué ha podido pasar. Todo parece normal.

—Dick, ponle una jarra a Liam —pide por mí.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar cómo me ha ido, Charly?

—No, esto es más importante. Tengo que contarte…

Se interrumpe y desvía la mirada. De pronto me doy cuenta de que todo el mundo mira hacia la puerta, no solo Charly que está más blanco que la cebolla, parece que haya visto un fantasma y Dick se ha quedado con la jarra en la mano sin dejarla sobre la barra. No son los únicos: el resto también ha bajado el tono de voz y no deja de cuchichear mirando hacia fuera.

—Joder, ¿qué pasa? ¿Habéis visto un fantas…? —empiezo a preguntar mirando al mismo lugar, pero las palabras se me cortan en seco cuando veo quién hay en la entrada.

Han pasado muchos años, no es que lleve la cuenta, pero han sido ocho años, cuatro meses y dos días, desde que me dejó jodido. Todavía lo estoy, ¿a quién quiero engañar?

Está más guapa que cuando se fue, ¿eso es posible? Lo es, la tengo frente a mí. Va junto al grupo de amigas de siempre, lo que me hace preguntarme para qué ha venido. Desde que se largó a La Gran Manzana no había vuelto, como si de pronto su hogar le provocara urticaria.

Creo que me he olvidado de respirar y cuando su mirada se tropieza con la mía no puedo hacer más que girarme hacia la barra, coger la jarra de cerveza de la mano de Dick, que sigue pasmado mirando de ella a mí, y darle un buen trago. Tengo que tragarme todo esto que me ahoga.

El grupo pasa a mi espalda, se me eriza el vello de la nuca de nuevo. No quiero tener que saludarla, ni preguntarle cómo le va, supongo que si ha venido será para invitar a todos a su gran boda con ese abogado de famosos con el que tiene una relación.

—Dick, lleva a la mesa de siempre dos jarras de cerveza y seis vasos. —Escucho la voz de Lily decir—. Charly —lo saluda con voz seductora, llevan así desde el instituto, a veces me dan ganas de darle una colleja a ver si se decide de una puta vez a pedirle una cita.

—Buenas noches, Lily… —la saluda de vuelta, con timidez.

—¿Qué hay, Liam? Hacía tiempo que no te veía.

—Negocios —murmuro seco.

—Genial. Bueno —sigue al darse cuenta de que no vamos a darle charla—, voy a sentarme con mis amigas. No todos los días tenemos a Summer por aquí. —Deja caer para asegurarse de que me he dado

cuenta, o de que la he reconocido. Como si fuera posible olvidarme de la joven que me dejó el corazón hecho un puto colador.

—Hasta luego… Lily —murmura Charly.

—Joder, tío, ¿cuándo vas a pedirle una cita? Lleváis jugando a esto desde el instituto, ya cansa —suelto de malas formas.

—Quería avisarte para que estuvieras prevenido, pero no me ha dado tiempo. Lo siento —se disculpa Charly sin darle importancia a mi tono seco.

—¿Avisarme? ¿Que estuviera prevenido? —bufo indiferente.

—Sí, quería decirte que Summer ha vuelto —termina.

Damos otro sorbo a la cerveza, no levanto la cabeza de la barra, al parecer los arañazos que acumula en su superficie de repente tienen un encanto especial.

—¿Se va a casar? —pregunto al fin, y me doy cuenta de que mis palabras están llenas de rencor y dolor. Todavía duele. Es lo que pasa cuando estás jodidamente enamorado y te dejan de la noche a la mañana sin una explicación.

No saber el por qué te reconcome por dentro, se cuela en tu piel para clavar sus garras en tu alma y recordarte que perdiste algo perfecto sin saber qué coño hiciese mal, porque todos nos culpamos. Nos sentimos la causa. Algunos dirán que hace ya muchos años, que ya no es la persona que era… Tienen razón, aún así… Aún así, todavía duele. Todavía quiero saber por qué cojones pisoteó lo nuestro, por qué cojones se largó y se olvidó de devolverme esa parte de mí que se llevó consigo sin permiso.

—No lo sé, la verdad. Solo sé que apareció de repente en el pueblo formando un escándalo. Ya sabes que por aquí no sucede mucho, así que, que «la hija pródiga» haya regresado ha sido la comidilla de todos durante esta semana.

—Tampoco es que me importe —miento dando un trago a la cerveza tan largo que, cuando me doy, cuenta lo he terminado.

—¿Otra? —interroga Dick tras la barra. Me conoce bien, sabe que estoy jodido, supongo que se me nota, aunque no quiera. Llevamos juntos desde que usábamos pañales, los tres, así que no hacen falta muchas palabras entre nosotros.

—Sí, pero ahora quiero una Corona, con rodaja de limón incluida —pido.

—Esa es una mala señal —afirma Charly mirando a Dick.

—Solo estoy celebrando —me excuso.

—¿Que haya vuelto? —bromea Charly.

Me contengo de darle un puñetazo, aunque se lo merece. No, no es verdad, no se lo merece, el que sigue jodido por ella soy yo, nadie tiene la culpa de que su paso por mi vida fuera como un huracán. Desde luego me dejó igual de desolado.

—El negocio que he cerrado —les comento.

—¿Ha salido bien? —curiosea Dick.

—Si no se estropea, será el empujón que necesita el rancho. Me aseguraré trabajo para… para toda la vida.

—Brindemos por eso.

Charly levanta la jarra, Dick se sirve un vaso con cerveza, pequeño, lo justo para el brindis y lo hago. Brindo porque mi negocio vaya bien y, si soy sincero, una parte de mí brida porque ella ha regresado. Todavía no sé el por qué, pero sé que es bueno volverla a ver. ¡Joder! Summer ha vuelto .

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ **«UN LOVERS TO ENEMIES TO LOVERS QUE TE HARÁ SUSPIRAR»**.

«Es un libro, de los que te hacen sentir mariposas en el estómago, el ponerte en la piel de Sum, es vivir y sentirse enamorada, me ha

encantado». Encarna de la Paz.

«Una hermosa historia llena de emociones, pasiones, tristeza y desamor. Como volver con el primer amor cuando nunca lo olvidaste. Maravillosa y muy recomendable». Begoña.

Summer «Huracán» Lee ha vuelto. Es en todo lo que puede pensar Liam cuando la ve de nuevo después de tantos años. Y, ¡joder!, sigue siendo tan ella que los recuerdos lo asaltan sin piedad. Pero, aunque su corazón le grite que sigue **jodidamente enamorado** de ella, su cabeza le recuerda que no puede perdonar lo que sucedió años atrás.

Sin embargo, Summer ha vuelto decidida a recuperar lo que la obligaron a dejar atrás. No le importa el odio que ve en los ojos de Liam cuando la mira, hará lo que sea necesario para intentar recuperar lo que tanto anhela. Hará lo posible por esa **segunda oportunidad** que ha venido a buscar.

«Déjate arrastrar a Magnolia Springs y vive de lleno este **small town romance** lleno de momentos entrañables».

¿Te animas? Pincha aquí

SOBRE MÍ

Nací en Granada, aunque mi ajetreada vida me ha llevado a vivir en Fuerteventura, Murcia y ahora en el Aljarafe Sevillano.

Desde mi adolescencia me sumergí en el mundo de la escritura, destacando en literatura romántica, juvenil y de fantasía. Entre mis títulos destacan los bestsellers «La Elección», «La Andaluza» o «Juego Sucio», entre otros. También ha sido galardonada con una Mención Especial mi obra «Tiritas de Amor», en el VI Premio Kiwi RA y mi obra «Bad Romance», en el VII Premio Kiwi RA.

Otros de mis títulos son: «Velos, ¿estás lista para el Diablo?», «Adam Black», la serie «Operación Khaos» o «Cenizas», que ha sido editada en la colección Mil Amores en colaboración con Mediaset.

En la actualidad resido en Tomares (Sevilla) con mi marido, mis tres hijos, mis gatos Cleopatra, Nube y Nilo, y un montón de plantas. Sobre todo suculentas.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas a mi familia, mi brújula constante en este viaje impredecible llamado vida. Vuestro apoyo, paciencia y amor son mi refugio más seguro y mi inspiración más profunda.

A vosotras, mis maravillosas lectoras. Gracias por recorrer conmigo cada destino oscuro, por confiar en cada historia y por ser la razón que me impulsa a seguir creando. Este libro es tan vuestro como mío.

Gracias por formar parte de mi destino. Aunque, en ocasiones, sea oscuro.

---

[1] ¡¿Te tsook?!: ¡¿Quién eres?!, en pastún una de las dos lenguas de la región. La otra es el dari.

[2] Marg: La muerte, en pastún.